



EL PODER
DE LA
SANGRE
DE JESÚS

ANDREW MURRAY

El poder de la sangre de Jesús

Andrew Murray

Contenido

Lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre

Redención por sangre

Reconciliación a través de la sangre

Limpieza a través de la sangre

Santificación por medio de la sangre

Limpiados por la Sangre para Servir al Dios Vivo

Habitar en el “Lugar Santísimo” a través de la Sangre

La vida en la sangre

Victoria a través de la sangre

Gozo celestial a través de la sangre

Lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre

“No sin sangre”—Hebreos 9:7 y 18.

Dios nos ha hablado en las Escrituras en diversas porciones y de diversas maneras; pero la voz es siempre la misma, es siempre la *Palabra* del mismo *Dios*.

De ahí la importancia de tratar la Biblia como un todo y recibir el testimonio que da en sus diversas porciones sobre ciertas verdades definidas. Es así como aprendemos a reconocer el lugar que estas verdades ocupan realmente en la Revelación, o más bien en el *Corazón de Dios*. Así también comenzamos a descubrir cuáles son las verdades fundamentales de la Biblia, que más que otras exigen atención. Puesto que ocupan un lugar tan destacado en cada nuevo punto de partida de la revelación de Dios y permanecen inalteradas cuando cambia la Dispensación, llevan consigo una indicación divina de su importancia.

Mi objetivo, en los capítulos que siguen a este introductorio, es mostrar lo que las Escrituras nos enseñan acerca *del Glorioso Poder de la Sangre de Jesús*, y las maravillosas bendiciones obtenidas para nosotros por medio de ella; y no puedo sentar una mejor base para mi exposición, ni dar una mejor prueba de la gloria superlativa de *Esa Sangre como el Poder de Redención*, que pidiendo a mis lectores que me sigan a través de la Biblia, y así vean el lugar único que se le da a *la Sangre* desde el principio hasta el final de la revelación de Dios de Sí mismo al hombre, como está registrado en la Biblia.

Quedará claro que no hay una sola idea bíblica, desde Génesis hasta Apocalipsis, mantenida más constante y prominentemente en mente que la expresada por las Palabras: “*La Sangre*”.

Nuestra pregunta entonces es qué nos enseñan las Escrituras acerca de *La Sangre*.

Primero, en el Antiguo Testamento;

En segundo lugar, en la Enseñanza de Nuestro Señor Jesús mismo;

En tercer lugar, en Lo que enseñan los Apóstoles; y

Por último, lo que nos dice San Juan en el Apocalipsis.

I. Aprendamos lo que enseña el Antiguo Testamento. Su relato sobre *la Sangre* comienza en las puertas del Edén.

No entro en los misterios no revelados del Edén.

Pero en relación con el sacrificio de Abel todo es claro. Él trajo de “las primicias de su cabellera” al Señor como sacrificio, y allí, en relación con el primer acto de adoración registrado en la Biblia, se derramó sangre. Aprendemos de Hebreos (xi. 4) que fue “por fe” que Abel ofreció un sacrificio aceptable, y su nombre ocupa el primer lugar en el registro de aquellos a quienes la Biblia llama “creyentes”. Él recibió este testimonio de “haber agradado a Dios”. Su fe, y el beneplácito de Dios en él, están estrechamente relacionados con la sangre del sacrificio.

A la luz de la revelación posterior, este testimonio, dado al comienzo mismo de la historia humana, es de profunda importancia. Muestra que no puede haber acercamiento a Dios, ni comunión con Él por la fe, ni goce de Su favor, aparte de *La Sangre* .

Las Escrituras sólo nos dan una breve descripción de los siguientes dieciséis siglos. Luego vino *el diluvio* , que fue el juicio de Dios sobre el pecado, mediante la destrucción del mundo de la humanidad.

Pero Dios hizo surgir una nueva tierra a partir de ese terrible bautismo de agua. Sin embargo, observemos que la nueva tierra debe ser bautizada también con sangre, y el primer acto registrado de Noé, después de haber salido del arca, fue la ofrenda de un holocausto a Dios. Al igual que con Abel, el nuevo comienzo de Noé no fue “ **sin sangre** ”.

El pecado prevaleció una vez más, y Dios puso un fundamento completamente nuevo para el establecimiento de Su Reino en la tierra.

Por el llamado divino de Abram y el nacimiento milagroso de Isaac, Dios emprendió la formación de un pueblo que le sirviera. Pero este propósito no se cumplió sin el derramamiento de *la Sangre* . Esto es evidente en la hora más solemne de la vida de Abraham.

Dios ya había entrado en una relación de pacto con Abraham, y su fe ya había sido puesta a prueba severamente, y había pasado la prueba. Le fue contada por justicia. Sin embargo, él debía aprender que Isaac, el hijo de la promesa, que pertenecía completamente a Dios, sólo puede ser verdaderamente entregado a Dios mediante la muerte.

Isaac debe morir. Para Abraham, al igual que para Isaac, sólo mediante la muerte se podía lograr la liberación de la vida del yo.

Abraham debe ofrecer a Isaac en el altar.

No se trataba de un mandato arbitrario de Dios, sino de la revelación de una verdad divina: que sólo por medio de la salud es posible una vida verdaderamente consagrada a Dios. Pero era imposible que Isaac muriera y resucitara de entre los muertos, porque a causa del pecado, la muerte lo retendría. Pero, ved, se le perdonó la vida y se ofreció un carnero en su lugar. Por la sangre que fluyó entonces en el monte Morisco se le perdonó la vida. Él y el pueblo que descendió de él viven delante de Dios “ *no sin sangre* ”. Sin embargo, por esa sangre, en una figura, fue resucitado de entre los muertos. Aquí se enseña claramente la gran lección de la sustitución.

Pasaron cuatrocientos años, e Isaac se había convertido, en Egipto, en el pueblo de Israel. Mediante su liberación de la esclavitud egipcia, Israel iba a ser reconocido como el primogénito de Dios entre las naciones. Aquí, también, se dice “ *no sin sangre* ”. Ni la gracia electiva de Dios, ni su pacto con Abraham, ni el ejercicio de su omnipotencia, que tan fácilmente podría haber destruido a sus opresores, podían prescindir de la necesidad de *la sangre* .

Lo que *la Sangre* logró en el Monte Moro por una persona, que era el Padre de la nación, ahora debe ser experimentado por esa nación. Mediante la aspersion de los marcos de las puertas de los israelitas con la *Sangre* del cordero pascual; mediante la institución de la Pascua como una ordenanza permanente con las palabras: “Cuando vea la *Sangre* pasaré de vosotros”, se le enseñó al pueblo que la vida puede obtenerse únicamente por la muerte de un sustituto. La vida era posible para ellos únicamente mediante *la Sangre* de una vida dada en su lugar, y apropiada por “la aspersion de esa sangre”.

Cincuenta días después, esta lección se puso en práctica de una manera sorprendente. Israel había llegado al Sinaí. Dios había dado Su Ley como fundamento de Su pacto. Ese pacto debía ahora establecerse, pero como se afirma expresamente en Hebreos 9:7, “ *No sin sangre* ”. La *Sangre del Sacrificio* debía ser rociada, primero sobre el altar, y luego sobre el libro del Pacto, que representaba la parte de Dios de ese Pacto; luego sobre el pueblo, con la declaración: “Esta es *la Sangre del Pacto* ” (Éxodo 24).

El pacto tenía su fundamento y su poder en esa *sangre* . Sólo por *la sangre* Dios y el hombre pueden entrar en comunión mediante el pacto. Lo que había sido prefigurado en la Puerta del Edén, en el Monte Ararat, en Moriah y en Egipto, ahora se confirmaba al pie del Sinaí de la manera más solemne. Sin *sangre*, el hombre pecador no podía tener acceso a un Dios Santo.

Sin embargo, hay una marcada diferencia entre la manera de aplicar la sangre en los primeros casos y en los segundos. En Moriah la vida era redimida por el derramamiento de la sangre. En Egipto se rociaba sobre los postes de las puertas de las casas; pero en el Sinaí, se rociaba sobre las personas mismas. El contacto era más cercano, la aplicación más poderosa.

Inmediatamente después del establecimiento del pacto, se dio a los que dieron la orden: “Que me hagan un santuario, y habite en medio de ellos” (Éxodo 25:8). Debían disfrutar de

la plena bendición de tener al Dios del pacto habitando entre ellos. Por medio de Su gracia podrían encontrarlo y servirlo en Su casa.

Él mismo dio, con el más minucioso cuidado, instrucciones para la disposición y servicio de esa casa. Pero note que *la Sangre* es el centro y la razón de todo esto. Acérquese al vestíbulo del templo terrenal del Rey Celestial, y lo primero que se ve es el *Altar del Holocausto*, donde la aspersión de la sangre continúa, sin cesar, desde la mañana hasta la tarde. Entre en el Lugar Santo, y lo más visible es el altar de oro del incienso, que también, junto con el velo, está constantemente rociado con la *Sangre*. Pregunte qué hay más allá del Lugar Santo, y se le dirá que es el *Lugar Santísimo* donde Dios mora. Si pregunta cómo mora Él allí, y cómo se llega a Él, se le dirá " *No sin Sangre*". El trono de oro donde brilla Su gloria, es rociado con *La Sangre*, una vez al año, cuando solo el Sumo Sacerdote entra para traer *la Sangre* y adorar a Dios. El acto más alto en ese culto es la aspersión de *La Sangre*.

Si indagáis más, se os dirá que siempre y en todo lo necesario es *la Sangre*. En la consagración de la Casa o de los Sacerdotes; en el nacimiento de un niño; en la penitencia más profunda por el pecado; en la fiesta más alta; siempre y en todo, el camino para la comunión con Dios es sólo a través de *la Sangre*.

Esto continuó durante mil quinientos años. En el Sinaí, en el desierto, en Silo, en el Templo del Monte Moriah, continuó hasta que nuestro Señor vino a poner fin a todas las sombras trayendo la sustancia y tratando de establecer una comunión con el Santo, en espíritu y en verdad.

II. Lo que Nuestro Señor Jesús Mismo Enseña Sobre la Sangre

Con su venida las cosas viejas pasaron, y todas fueron hechas nuevas.

Él vino del Padre Celestial y puede decirnos con palabras divinas el camino al Padre.

A veces se dice que las palabras “ *no sin sangre* ” pertenecen al Antiguo Testamento. Pero, ¿qué dice nuestro Señor Jesucristo? Observemos, en primer lugar, que cuando Juan el Bautista anunció Su venida, habló de Él como si cumpliera un doble oficio, como “ *el Cordero de Dios* que quita el pecado del mundo”; y luego como “el que bautizaría con el Espíritu Santo”. El derramamiento de la *Sangre* del Cordero de Dios debe tener lugar antes de que se pueda otorgar el derramamiento del Espíritu. Sólo cuando se haya cumplido todo lo que el Antiguo Testamento enseña acerca de *la Sangre* , puede comenzar la Dispensación del Espíritu.

El Señor Jesucristo mismo declaró claramente que su muerte en la cruz era el propósito por el cual Él vino al mundo; que era la condición necesaria para la redención y la vida que Él vino a traer. Él claramente afirma que en conexión con Su muerte era necesario el derramamiento de Su *Sangre* .

En la sinagoga de Cafarnaúm habló de Sí mismo como “ *el Pan de Vida*”; de Su carne, “que Él la daría por la vida del mundo”. Cuatro veces dijo con el mayor énfasis: “Si no bebéis mi *Sangre*, no tenéis vida en vosotros”. “El que bebe mi *Sangre* , tiene vida eterna”. “Mi *Sangre* es verdadera bebida”. “El que bebe mi *Sangre*, permanece en mí y yo en él” (Juan 6). Nuestro Señor declaró así el hecho fundamental de que Él mismo, como Hijo del Padre, que vino a restaurarnos nuestra vida perdida, no puede hacerlo de otra manera que muriendo por nosotros; derramando Su sangre por nosotros; y luego haciéndonos partícipes de su poder.

Nuestro Señor confirmó la enseñanza de las Ofrendas del Antiguo Testamento: que el hombre sólo puede vivir a través de la muerte de otro, y así obtener una vida que mediante la Resurrección se ha vuelto eterna.

Pero Cristo mismo no puede hacernos partícipes de esa vida eterna que Él nos ha procurado, a menos que derrame Su sangre y nos la haga beber. ¡Qué hecho maravilloso! “ *Sin sangre* ” no podemos tener vida eterna.

Igualmente sorprendente es la declaración que nuestro Señor hizo de la misma verdad en la última noche de su vida terrenal. Antes de completar la gran obra de su vida al darla “en rescate por muchos”, instituyó la Santa Cena, diciendo: “Esta copa es el nuevo pacto en *mi sangre* , que por vosotros y por muchos se derrama para remisión de los pecados. Bebed de ella todos” (Mateo 26:28). “Sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados”. Sin remisión de pecados no hay vida. Pero por el derramamiento de su *sangre*, Él ha obtenido una nueva vida para nosotros. Por lo que Él llama “beber su sangre”, Él comparte su vida con nosotros. La sangre *derramada* en la Expiación, que nos libera del PECADO, la

culpa del pecado; y de la muerte, el castigo del pecado; la sangre que por la fe bebemos, nos otorga su vida. La *sangre* que Él derramó fue, en primer lugar, *para nosotros, y luego nos es dada* .

III. La enseñanza de los Apóstoles bajo la inspiración del Espíritu Santo

Después de su Resurrección y Ascensión, nuestro Señor ya no es conocido por los Apóstoles “según la carne”. Ahora, todo lo que era simbólico ha pasado, y las profundas verdades espirituales expresadas por medio de símbolos han sido reveladas.

Pero no hay ningún velo sobre *La Sangre*. Todavía ocupa un lugar prominente.

Pasemos primero a la Epístola a los Hebreos, que fue escrita con el propósito de mostrar que el servicio del Templo se había vuelto inútil y que Dios tenía la intención de que desapareciera ahora que Cristo había venido.

Aquí, más que en cualquier otro lugar, se podría esperar que el Espíritu Santo enfatizara la verdadera espiritualidad del propósito de Dios, sin embargo, es precisamente aquí donde se habla de la Sangre de Jesús de una manera que imparte un nuevo valor a la frase.

Leemos acerca de nuestro Señor que “por su propia sangre entró en el Lugar Santísimo” (Hebreos 9:12).

“La sangre de Cristo purificará vuestra conciencia” (v. 14).

“Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (Hebreos 10:19).

“Os habéis acercado a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada” (xii. 24).

“También Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (xiii. 12, 23).

“Dios resucitó de entre los muertos a nuestro Señor Jesucristo mediante la sangre del pacto eterno” (xiii. 20).

Con estas palabras el Espíritu Santo nos enseña que la sangre es realmente el poder central de toda nuestra redención. “*No sin sangre*” es tan válido en el Nuevo Testamento como en el Antiguo.

Nada más que la Sangre de Jesús, derramada en Su muerte por el pecado, puede cubrir el pecado del lado de Dios, o eliminarlo del nuestro.

Encontramos la misma enseñanza en los escritos de los Apóstoles. Pablo escribe acerca de “ser justificados gratuitamente por su gracia mediante la redención que es en Cristo Jesús... mediante la fe en su sangre” (Rom. iii. 24, 25), de “ser ahora justificados en su sangre” (v. 9).

A los corintios les declara que «el cáliz de bendición que bendecimos es la comunión de la sangre de Cristo» (1 Cor. 10, 16).

En la Epístola a los Gálatas utiliza la palabra “ *cruz* ” para transmitir el mismo significado, mientras que en Colosenses une las dos palabras y habla de “la sangre de su cruz” (Gál. vi. 14; Col. 1. 20).

Él recuerda a los efesios que “tenemos redención por su sangre” y que “somos hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Ef. 1:7 y ii:13).

Pedro recuerda a sus lectores que ellos fueron “elegidos... para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (1 Ped. 1:2), que fueron redimidos por “la sangre preciosa de Cristo” (v. 19).

Veamos cómo Juan asegura a sus “hijitos” que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). El Hijo es Aquel que “no vino sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre” (v. 6).

Todos ellos concuerdan en mencionar la sangre y en gloriarse en ella, como el poder por el cual se cumple plenamente la redención eterna por medio de Cristo, y luego es aplicada por el Espíritu Santo.

IV. Pero quizás esto sea meramente un lenguaje terrenal. ¿Qué tiene que decir el Cielo? ¿Qué aprendemos del libro del Apocalipsis acerca de la gloria futura y de la sangre?

Es de la mayor importancia notar que en la revelación que Dios ha dado en este libro, de la gloria de su trono y la bienaventuranza de quienes lo rodean, la sangre todavía conserva su lugar notablemente prominente.

Juan vio en el trono “un Cordero como inmolado” (Apocalipsis 5:6). Cuando los ancianos se postraron ante el Cordero, cantaron un cántico nuevo diciendo: “Digno eres... porque nos inmolaste, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (versículos 8 y 9).

Más tarde, cuando vio la gran multitud que nadie podía contar, se le dijo en respuesta a su pregunta sobre quiénes eran: “Han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”.

Por otra parte, cuando oyó el cántico de victoria sobre la derrota de Satanás, su tono era: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero” (xii. 11).

En la gloria del cielo, como la vio Juan, no había frase alguna que pudiera resumir y expresar los grandes propósitos de Dios, el maravilloso amor del Hijo de Dios, el poder de su redención, y el gozo y la acción de gracias de los redimidos, excepto ésta: “ *La sangre del Cordero* ”. Desde el principio hasta el fin de las Escrituras; desde el cierre de las puertas del Edén hasta la apertura de las puertas de la Sión celestial, hay a través de ellas un hilo de oro. Es “ *La sangre* ” la que une el principio y el fin; la que restaura gloriosamente lo que el pecado había destruido.

No es difícil ver qué lecciones quiere el Señor que aprendamos del hecho de que la sangre ocupa un lugar tan prominente en las Escrituras.

i. Dios no tiene otra manera de tratar con el pecado, o con el pecador, sino a través de la sangre. Para la victoria sobre el pecado y la liberación del pecador, Dios no tiene otro medio ni otro pensamiento que “ *la sangre de Cristo* ”. Sí, es en verdad algo que sobrepasa todo entendimiento.

Todas las maravillas de la gracia están enfocadas aquí: la encarnación, por la cual Él tomó sobre Sí nuestra carne y sangre; el amor, que no se perdonó a sí mismo sino que se entregó a la muerte; la justicia, que no podía perdonar el pecado hasta que la pena fuera llevada; la sustitución, por la cual Él, el Justo, expió por nosotros los injustos; la expiación por el pecado y la justificación del pecador, así hechas posibles; la renovada comunión con Dios, junto con la limpieza y la santificación, para prepararnos para el disfrute de esa comunión; la verdadera unidad en vida con el Señor Jesús, cuando Él nos da Su sangre para beber; el gozo eterno del himno de alabanza, “Nos has redimido para Dios”; todos estos son sólo

rayos de la maravillosa luz que se reflejan sobre nosotros desde “ *La Preciosa Sangre de Jesús* ”.

ii. La sangre debe tener en nuestros corazones el mismo lugar que tiene en Dios.

Desde el principio de los tratos de Dios con el hombre, sí, desde antes de la fundación del mundo, el corazón de Dios se ha regocijado en esa sangre. Nuestro corazón nunca descansará ni hallará salvación hasta que nosotros también aprendamos a caminar y nos gloriemos en el poder de esa sangre.

No es sólo el pecador penitente, que anhela el perdón, quien debe valorarlo de esta manera. No, los redimidos experimentarán que, así como Dios en su templo se sienta en un trono de gracia, donde la sangre siempre está en evidencia, así no hay nada que acerque más nuestros corazones a Dios, llenándolos con el amor, el gozo y la gloria de Dios, que vivir en constante visión espiritual de esa sangre.

iii. Tomemos tiempo y esfuerzo para aprender la plena bendición y poder de esa sangre.

La sangre de Jesús es el misterio más grande de la eternidad, el misterio más profundo de la sabiduría divina. No nos imaginemos que podemos comprender fácilmente su significado. Dios pensó que eran necesarios 4.000 años para preparar a los hombres para ello, y nosotros también debemos tomarnos ese tiempo, si queremos llegar a conocer el poder de la sangre.

Incluso tomarse el tiempo no sirve de nada, a menos que se tome definitivamente la molestia de sacrificar. La sangre de sacrificio siempre significó el ofrecimiento de una vida. El israelita no podía obtener sangre para el perdón de su pecado, a menos que la vida de algo que le pertenecía fuera ofrecida en sacrificio. El Señor Jesús no ofreció Su propia vida y derramó Su sangre para evitarnos el sacrificio de nuestras vidas. No, de hecho, sino para hacer posible y deseable el sacrificio de nuestras vidas.

El valor oculto de su sangre es el espíritu de autosacrificio, y cuando la sangre realmente toca el corazón, obra en él un espíritu de autosacrificio similar. Aprendemos a renunciar a nosotros mismos y a nuestras vidas, para así avanzar hacia el pleno poder de esa nueva vida que la sangre nos ha proporcionado.

Dedicamos nuestro tiempo a familiarizarnos con estas cosas por medio de la Palabra de Dios. Nos separamos del pecado, de la mentalidad mundana y de la voluntad propia, para que el poder de la sangre no se vea obstaculizado, pues son precisamente estas cosas las que la sangre busca eliminar.

Nos entregamos totalmente a Dios en oración y fe, de modo que no pensemos en nuestros propios pensamientos ni consideremos nuestra propia vida como un premio, sino como si no tuviéramos nada más que lo que Él nos concede. Entonces Él nos revela la vida gloriosa y bendita que ha sido preparada para nosotros por la sangre.

iv . Podemos confiar en que el Señor Jesús nos revelará el poder de su sangre.

Es por esta confianza plena en Él que la bendición obtenida por la sangre llega a ser nuestra. Nunca debemos, en nuestro pensamiento, separar la sangre del Sumo Sacerdote que la derramó y que vive siempre para aplicarla.

Aquel que una vez dio Su sangre por nosotros, con toda seguridad, impartirá en cada momento su eficacia. Confía en que Él hará esto. Confía en que Él te abrirá los ojos y te dará una visión espiritual más profunda. Confía en que Él te enseñará a pensar en la sangre como Dios piensa en ella. Confía en que Él te impartirá y hará efectivo en ti todo lo que Él te permite ver.

Confía en Él sobre todo, en el poder de su eterno Sumo Sacerdocio, para que obre en ti, incesantemente, los méritos plenos de su sangre, para que toda tu vida sea una permanencia ininterrumpida en el santuario de la presencia de Dios.

Creyente, tú que has llegado al conocimiento de la preciosa sangre, escucha la invitación de tu Señor. Acércate. Deja que Él te enseñe; deja que Él te bendiga. Deja que Él haga que Su sangre se convierta para ti en espíritu, vida, poder y verdad.

Empieza ahora mismo a abrir tu alma a la fe, para recibir los plenos, poderosos y celestiales efectos de la preciosa sangre, de una manera más gloriosa que la que hayas experimentado jamás. Él mismo obrará estas cosas en tu vida.

Redención por sangre

“Sabéis que fuisteis rescatados no con cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Ped. 1:18, 19).

El derramamiento de Su sangre fue la culminación de los sufrimientos de nuestro Señor. La eficacia expiatoria de esos sufrimientos estuvo en esa sangre derramada. Por lo tanto, es de gran importancia que el creyente no se conforme con la mera aceptación de la bendita verdad de que es redimido por esa sangre, sino que prosiga hacia un conocimiento más completo de lo que significa esa declaración y aprenda lo que esa sangre tiene el propósito de hacer en un alma entregada.

Sus efectos son múltiples, pues leemos en las Escrituras acerca de *la reconciliación* por medio de la sangre, de *la limpieza* por medio de la sangre, de *la santificación* por medio de la sangre, de *la unión con Dios* por medio de la sangre, de *la victoria* sobre Satanás por medio de la sangre, de *la vida* por medio de la sangre.

Éstas son bendiciones separadas, pero todas están incluidas en una sola frase: *redención por La Sangre*.

Sólo cuando el creyente entiende cuáles son estas bendiciones y por qué medios pueden llegar a ser suyas, puede experimentar el pleno poder de *la redención*.

Antes de pasar a considerar en detalle estas diversas bendiciones, investiguemos primero, de manera más general, acerca *del Poder de la Sangre de Jesús*.

1º **¿En qué reside el poder de aquella sangre?**

2º **¿Qué ha logrado ese poder?**

3º **¿Cómo podemos experimentar sus efectos?**

I. *¿En qué radica el poder de esa Sangre? ¿O qué es lo que da a la sangre de Jesús tal poder? ¿Cómo es que sólo en la sangre hay poder que no posee ninguna otra cosa?*

La respuesta a esta pregunta se encuentra en Levítico 17:11: “La vida de la carne en la sangre está” y “Yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación por la persona”.

Es porque el alma, o la vida, está en la sangre; y porque la sangre es ofrecida a Dios en el altar, tiene en ella poder redentor.

I. El alma o la vida está en la sangre, por lo tanto el valor de la sangre corresponde al valor de la vida que está en ella.

La vida de una oveja o de una cabra es de menos valor que la vida de un buey, y por eso la sangre de una oveja o de una cabra en una ofrenda es de menos valor que la sangre de un buey (Lev. iv. 3, 24, 27).

La vida del hombre es más valiosa que la de muchas ovejas o bueyes.

¿Y ahora quién puede decir el valor o el poder de la sangre de Jesús? En esa sangre habitó el alma del santo Hijo de Dios.

La vida eterna de la Deidad fue llevada en esa sangre (Hechos xx. 28).

El poder de esa sangre en sus diversos efectos no es nada menos que el poder eterno de Dios mismo. ¡Qué pensamiento tan glorioso para todo aquel que desee experimentar el pleno poder de la sangre!

ii. Pero el poder de la sangre reside por encima de todo en el hecho de que es ofrecida a Dios en el altar para la redención.

Cuando pensamos en la sangre derramada, pensamos en la muerte; la muerte sigue cuando la sangre o el alma se derraman. La muerte nos hace pensar en el pecado, porque la muerte es el castigo del pecado. Dios le dio a Israel la sangre sobre el altar, como expiación o cobertura por el pecado; es decir, los pecados del transgresor fueron puestos sobre la víctima, y su muerte fue considerada como la muerte o el castigo por los pecados que recaían sobre ella.

La sangre era, pues, la vida entregada a la muerte para satisfacer la ley de Dios y en obediencia a su mandato. El pecado estaba tan completamente cubierto y expiado que ya no se consideraba como obra del transgresor, sino que éste era perdonado.

Pero todos estos sacrificios y ofrendas eran sólo tipos y sombras hasta que vino el Señor Jesús. Su sangre era la realidad a la que apuntaban estos tipos.

Su sangre era en sí misma de valor infinito, porque llevaba Su alma o vida. Pero la virtud expiatoria de Su sangre era también infinita, por la manera en que fue derramada. En santa obediencia a la voluntad del Padre, se sometió a la pena de la ley quebrantada, derramando Su alma hasta la muerte. Por esa muerte, no sólo se llevó la pena, sino que la ley fue satisfecha y el Padre fue glorificado. Su sangre expió el pecado y, de ese modo, lo hizo impotente. Tiene un poder maravilloso para quitar el pecado y abrir el cielo para el pecador, a quien limpia, santifica y hace apto para el cielo.

Es por causa de la Persona Maravillosa cuya sangre fue derramada, y por la manera maravillosa en que fue derramada, cumpliendo la ley de Dios, al mismo tiempo que satisfacía sus justas demandas, que la sangre de Jesús tiene un poder tan maravilloso. Es la

sangre de la Expiación, y por lo tanto tiene tal eficacia para redimir, logrando todo lo necesario para la salvación, para y en el pecador.

II. Nuestra segunda pregunta es: *¿qué ha logrado ese poder ?*

Al ver algunas de las maravillas que ese poder ha realizado, nos sentiremos alentados a creer que puede hacer lo mismo por nosotros. Nuestro mejor plan es observar cómo las Escrituras se glorían en las grandes cosas que han sucedido mediante el poder de la sangre de Jesús.

I. *La Sangre de Jesús ha abierto el sepulcro .*

Leemos en Hebreos xiii. 20 “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, *por la sangre del pacto eterno*”.

Fue por la virtud de la sangre que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos. El poder omnipotente de Dios no se ejerció para resucitar a Jesús de entre los muertos sin la sangre.

Él vino a la tierra como fiador y portador del pecado de la humanidad. Fue únicamente por el derramamiento de Su sangre que Él tuvo el derecho, como hombre, de resucitar y obtener la vida eterna mediante la resurrección. Su sangre había satisfecho la ley y la justicia de Dios. Al hacerlo, había vencido el poder del pecado y lo había reducido a nada. Así también, la muerte fue derrotada, pues su aguijón, el pecado, había sido quitado, y el diablo también fue derrotado, quien tenía el poder de la muerte, habiendo perdido ahora todo derecho sobre Él y sobre nosotros. Su sangre había destruido el poder de la muerte, el diablo y el infierno. *La Sangre de Jesús ha abierto la tumba* . El que verdaderamente cree eso, percibe la estrecha conexión que existe entre la sangre y el poder omnipotente de Dios. Es únicamente por medio de la sangre que Dios ejerce Su omnipotencia al tratar con los hombres pecadores. Donde está la sangre, allí el poder de resurrección de Dios da entrada a la vida eterna. La sangre ha acabado completamente con todo el poder de la muerte y del infierno; sus efectos sobrepasan todo pensamiento humano.

ii. Nuevamente *la Sangre de Jesús ha abierto el Cielo* . Leemos en Hebreos ix. 22: Cristo “por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”.

Sabemos que en el Tabernáculo del Antiguo Testamento la presencia manifiesta de Dios estaba dentro del velo. Ningún poder del hombre podía quitar ese velo. Sólo el Sumo Sacerdote podía entrar allí, pero sólo con sangre, o con la pérdida de su propia vida. Esa era una imagen del poder del pecado en la carne, que nos separa de Dios. La justicia eterna de Dios guardaba la entrada al Lugar Santísimo, para que ninguna carne pudiera acercarse a Él.

Pero ahora nuestro Señor aparece, no en un Templo material sino en el verdadero. Como Sumo Sacerdote y representante de Su Pueblo, pide para Sí mismo, y para los hijos pecadores de Adán, una entrada en la presencia del Santo. “Que donde Yo estoy, ellos

también estén” es Su petición. Pide que el cielo se abra para cada uno, incluso para el mayor pecador, que crea en Él. Su petición es concedida. Pero ¿cómo es eso? Es por medio de la *Sangre*. Él entró *por medio de su propia Sangre*. *La Sangre de Jesús ha abierto el Cielo*.

Así es siempre y en todo tiempo, por la sangre, que el trono de la gracia permanece establecido en el cielo. En medio de las siete grandes realidades del cielo (Heb. 12:22, 24), sí, más cerca de Dios, el Juez de todos, y de Jesús, el Mediador, el Espíritu Santo da un lugar prominente a “*la sangre rociada*”.

Es el constante “hablar” de esa sangre lo que mantiene el cielo abierto para los pecadores y envía ríos de bendición a la tierra. Es a través de esa sangre que Jesús, como Mediador, lleva a cabo, sin cesar, su obra de mediación. El Trono de la gracia debe su existencia siempre y para siempre al poder de esa sangre.

Oh, el maravilloso poder de la sangre de Cristo 1 Así como ha abierto las puertas de la tumba y del infierno para dejar salir a Jesús y a nosotros con Él, así también ha abierto las puertas del cielo para que Él y nosotros con Él entremos. La sangre tiene un poder todopoderoso sobre el reino de las tinieblas y el infierno que está abajo, y sobre el reino de los cielos y su gloria arriba.

iii. *La Sangre de Jesús es todopoderosa en el corazón humano*. Si es tan poderosa ante Dios y ante Satanás, ¿no es aún más poderosa ante el hombre, por quien fue derramada?

Podemos estar seguros de ello.

El maravilloso poder de la sangre se manifiesta especialmente en favor de los pecadores en la tierra. Nuestro texto es sólo uno de los muchos lugares de las Escrituras donde se enfatiza esto: “Fuisteis redimidos de vuestra vana conversación con la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:18, 19).

La palabra *redimidos* tiene un profundo significado. Indica particularmente liberación de la esclavitud, por emancipación o compra. El pecador está esclavizado, bajo el poder hostil de Satanás, la maldición de la Ley y el pecado. Ahora se proclama: “Sois redimidos por la sangre”, que había pagado la deuda de la culpa y destruido el poder de Satanás, la maldición y el pecado.

Allí donde se escucha y se recibe este anuncio, allí comienza la Redención, en una verdadera liberación de una manera de vida vana, de una vida de pecado. La palabra “*redención*” incluye todo lo que Dios hace por un pecador desde el perdón del pecado, con el que comienza (Ef. 1:14; 4:30) hasta la liberación completa del cuerpo por la Resurrección (Rom. 8:24).

Aquellos a quienes Pedro escribió (1 Pedro 1:2) eran “elegidos para ser rociados con la sangre de Jesucristo”. Fue la proclamación de la preciosa sangre lo que tocó sus corazones y los llevó al arrepentimiento, despertando en ellos la fe y llenando sus almas de vida y gozo. Cada creyente era una ilustración del maravilloso poder de la sangre.

Más adelante, cuando Pedro los exhorta a la santidad, sigue apelando a la preciosa sangre, en la que quiere fijar sus ojos.

Para el judío, en su justicia propia y su odio a Cristo, y para el pagano, en su piedad, había un solo medio de liberación del poder del pecado. Sigue siendo el único poder que efectúa diariamente la liberación de los pecadores. ¿Cómo podría ser de otra manera? La sangre que ejerció tan poderosamente su poder en el cielo y en el infierno, *es también todopoderosa en el corazón del pecador* . Es imposible que pensemos demasiado o esperemos demasiado del poder de la sangre de Jesús.

III. ¿Cómo *actúa* este poder ? Ésta es nuestra tercera pregunta. ¿En qué condiciones, bajo qué circunstancias, puede ese poder asegurar, sin impedimentos, en nosotros los poderosos resultados que se propone producir?

La primera respuesta es que, así como es en todas partes en el reino de Dios, *es por medio de la fe* .

Pero la fe depende en gran medida del conocimiento. Si el conocimiento de lo que la sangre puede lograr es imperfecto, la fe espera poco y los efectos más poderosos de la sangre son imposibles. Muchos cristianos piensan que si ahora, por la fe en la sangre, han recibido la seguridad del perdón de sus pecados, tienen un conocimiento suficiente de sus efectos.

No tienen idea de que las palabras de Dios, como Dios mismo, son inagotables, que tienen una riqueza de significado y bendición que sobrepasa todo entendimiento.

No recuerdan que cuando el Espíritu Santo habla de limpieza por medio de la sangre, tales palabras son sólo las expresiones humanas imperfectas de los efectos y experiencias por los cuales la sangre, de una manera inefablemente gloriosa, revelará su poder celestial de dar vida al alma.

Las concepciones débiles de su poder impiden las manifestaciones más profundas y perfectas de sus efectos.

A medida que buscamos descubrir lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre, veremos que la fe en la sangre, tal como ahora la entendemos, puede producir en nosotros resultados mayores que los que hasta ahora hemos conocido, y en el futuro, una bendición incesante puede ser nuestra.

Nuestra fe puede fortalecerse al observar lo que la sangre ya ha logrado. El cielo y el infierno dan testimonio de ello. La fe crecerá al ejercer confianza en la insondable plenitud de las promesas de Dios. Esperemos de corazón que, a medida que entremos más profundamente en la fuente, su poder purificador, vivificador y dador de vida se revelará de manera más bendita.

Sabemos que al bañarnos entramos en la relación más íntima con el agua, entregándonos a sus efectos purificadores. La sangre de Jesús es descrita como una “fuente abierta para el pecado y la inmundicia” (Zac. 13, 1). Por el poder del Espíritu Santo fluye a través del Templo celestial. Por la fe me pongo en contacto más íntimo con esta corriente celestial, me entrego a ella, dejo que me cubra y pase a través de mí. Me baño en la fuente. No puede retener su poder purificador y fortalecedor. Debo, con fe sencilla, apartarme de lo que se ve, para sumergirme en esa fuente espiritual, que representa la sangre del Salvador, con la seguridad de que manifestará su bendito poder en mí.

Así pues, con una fe infantil, perseverante y expectante, abramos nuestras almas a una experiencia cada vez mayor del maravilloso poder de la sangre.

ii. Pero hay todavía otra respuesta a la pregunta de qué más es necesario para que la sangre manifieste su poder.

Las Escrituras relacionan la sangre más estrechamente con el Espíritu. El poder de la sangre sólo se manifestará cuando el Espíritu actúe.

El Espíritu y la Sangre

En San Juan leemos que “tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son uno” (1 Juan 5:8). El agua se refiere al bautismo para arrepentimiento y abandono del pecado. La sangre da testimonio de la redención en Cristo. El Espíritu es quien da poder al agua y a la sangre. Así también el Espíritu y la sangre están asociados en Hebreos.

ix. 14, donde leemos: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias?” Fue por el Espíritu eterno en nuestro Señor, que Su sangre tuvo su valor y poder.

Es siempre por medio del Espíritu que la sangre posee su poder vivo en el cielo y en los corazones de los hombres.

La sangre y el Espíritu siempre dan testimonio juntos. Donde se honra la sangre en la fe o en la predicación, allí obra el Espíritu; y donde obra, siempre conduce las almas a la sangre. El Espíritu Santo no podía ser dado hasta que la sangre fuera derramada. El vínculo vivo entre el Espíritu y la sangre no puede romperse.

Debemos notar seriamente que, si el pleno poder de la sangre ha de manifestarse en nuestras almas, debemos colocarnos bajo la enseñanza del Espíritu Santo.

Debemos creer firmemente que Él está en nosotros, llevando a cabo Su obra en nuestros corazones. Debemos vivir como quienes saben que el Espíritu de Dios realmente mora en nosotros, como una semilla de vida, y que Él llevará a la perfección los efectos ocultos y poderosos de la sangre. Debemos permitirle que nos guíe.

Por medio del Espíritu la sangre nos limpiará, santificará y nos unirá a Dios.

Cuando el Apóstol quiso despertar a los creyentes para que escucharan la voz de Dios, con su llamado a la santidad: “Sed santos, porque yo soy santo”, les recordó que habían sido redimidos por la preciosa sangre de Cristo.

Conocimientos necesarios

Ellos deben saber que han sido redimidos, y lo que esa redención significó, pero sobre todo deben saber que “no fue con cosas corruptibles como oro y plata”, cosas en las cuales no había poder de vida, “sino con la sangre preciosa de Cristo”.

Tener una percepción correcta de cuál era la preciosidad de aquella sangre, como poder de una redención perfecta, sería para ellos el poder de una vida nueva y santa.

Amados cristianos, esa declaración también nos concierne a nosotros. Debemos saber que somos redimidos por la sangre preciosa. Debemos saber acerca de la redención y de la sangre antes de poder experimentar su poder.

En la medida en que entendamos más plenamente qué es la redención, y cuál es el poder y la preciosidad de la sangre por la cual se obtuvo la redención, experimentaremos más plenamente su valor.

Acudamos a la Escuela del Espíritu Santo para ser guiados a un conocimiento más profundo de la redención a través de la sangre preciosa.

Necesidad y deseo

Para esto son necesarias dos cosas:

Primero: un sentido más profundo de necesidad y un deseo de comprender mejor la sangre. La sangre ha sido derramada para quitar el pecado. El poder de la sangre es anular el poder del pecado.

Por desgracia, nos conformamos demasiado fácilmente con los primeros indicios de liberación del pecado.

¡Oh, que lo que queda de pecado en nosotros nos llegue a resultar insoportable!

Que ya no nos contentemos con el hecho de que nosotros, como redimidos, pecamos contra la voluntad de Dios en tantas cosas.

Que el deseo de santidad se haga más fuerte en nosotros. ¿No debería el pensamiento de que la sangre tiene más poder del que sabemos y puede hacer por nosotros cosas mayores que las que hemos experimentado hasta ahora, hacer que nuestro corazón se llene de un fuerte deseo? Si hubiera más deseo de liberación del pecado, de santidad y de amistad íntima con un Dios Santo, sería lo primero que se necesitaría para ser conducidos más profundamente al conocimiento de lo que la sangre puede hacer.

Expectativa

Lo segundo seguirá.

El deseo debe convertirse en expectativa.

Cuando indagamos en la Palabra, con fe, sobre lo que la sangre ha logrado, debemos tener claro que la sangre puede manifestar todo su poder también en nosotros. Ningún sentimiento de indignidad, de ignorancia o de impotencia debe hacernos dudar. La sangre obra en el alma entregada con un poder de vida incesante.

Entrégate a Dios Espíritu Santo. Fija los ojos de tu corazón en la sangre.

Abre todo tu ser interior a su poder.

La sangre sobre la que se funda el Trono de la Gracia en el cielo, puede hacer de tu corazón el templo y el trono de Dios.

Refugio bajo la continua salpicadura de la sangre.

Pedid al mismo Cordero de Dios que haga eficaz la sangre en vosotros.

Seguramente experimentarás que no hay nada que se compare con el poder milagroso de la sangre de Jesús.

Reconciliación a través de la sangre

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la *redención* que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como *propiciación* por medio de la fe en su sangre.”—iii. 24,25.

Como hemos visto, varias bendiciones distintas han sido obtenidas para nosotros por el poder de la sangre de Jesús, las cuales están todas incluidas en la palabra “ *redención* ”. Entre estas bendiciones, *la reconciliación* ocupa el primer lugar. “Dios presentó a Jesús como una *reconciliación por medio de la fe en su sangre*”. En la obra de *redención* de nuestro Señor , *la reconciliación* naturalmente viene primero. También ocupa el primer lugar entre las cosas que tiene que hacer el pecador que desea tener parte en *la redención* . A través de ella, se hace posible la participación en las otras bendiciones de la Redención.

También es de gran importancia que el creyente que ya ha recibido *la reconciliación* obtenga una concepción más profunda y espiritual de su significado y bendición. Si el poder de la sangre en *la redención* tiene su raíz en *la reconciliación* , entonces un conocimiento más completo de lo que es *la reconciliación* es la manera más segura de obtener una experiencia más completa de la reconciliación.

Poder de la sangre. El corazón que se entrega a la enseñanza del Espíritu Santo seguramente aprenderá lo que significa *la reconciliación* . Que nuestros corazones se abran de par en par para recibirla.

Para entender lo que significa *la reconciliación por la Sangre* consideremos:

1. El pecado, que ha hecho necesaria la reconciliación.
2. La santidad de Dios que lo ordenó de antemano;
3. La Sangre de Jesús que lo obtuvo;
4. El perdón que de ello resulta.
- 5.

I. El pecado, que hizo necesaria la reconciliación

En toda la obra de Cristo, y sobre todo en *la reconciliación*, el objetivo de Dios es la eliminación y destrucción del pecado. El conocimiento del pecado es necesario para el conocimiento de *la reconciliación*.

Queremos entender qué hay en el pecado que necesita *reconciliación*, y cómo *la reconciliación* hace que el pecado sea impotente. Entonces la fe tendrá algo a lo que aferrarse y la experiencia de esa bendición se hará posible.

El pecado ha tenido un doble efecto. Ha tenido un efecto sobre Dios, así como sobre el hombre. En general, hacemos hincapié en su efecto sobre el hombre. Pero el efecto que ha ejercido sobre Dios es más terrible y serio. Es debido a su efecto sobre Dios que el pecado tiene su poder sobre nosotros. Dios, como Señor de todo, no podía pasar por alto el pecado. Es su ley inalterable que el pecado debe producir dolor y muerte. Cuando el hombre cayó en pecado, él, por esa ley de Dios, fue puesto bajo el poder del pecado. Así es con la ley de Dios que *la redención* debe comenzar, porque si el pecado es impotente contra Dios, y la ley de Dios no le da al pecado autoridad sobre nosotros, entonces su poder sobre nosotros es destruido. El conocimiento de que el pecado es mudo ante Dios, nos asegura que ya no tiene autoridad sobre nosotros.

¿Cuál fue entonces el efecto del pecado sobre Dios? En su naturaleza divina, Él permanece siempre inmutable e inmutable, pero en su relación y comportamiento hacia el hombre, se ha producido un cambio total. El pecado es desobediencia, un desprecio de la autoridad de Dios; busca robarle a Dios su honor como Dios y Señor. El pecado es una oposición decidida a un Dios Santo. No sólo puede, sino que debe despertar su ira.

Aunque el deseo de Dios era continuar en amor y amistad con el hombre, el pecado lo ha obligado a convertirse en un oponente. Aunque el amor de Dios hacia el hombre permanece inalterado, el pecado le ha hecho imposible admitir al hombre en comunión con Él. Lo ha obligado a derramar sobre el hombre su ira, su maldición y su castigo, en lugar de su amor. El cambio que el pecado ha causado en la relación de Dios con el hombre es terrible.

El hombre es culpable ante Dios. La culpa es una deuda. Sabemos lo que es una deuda. Es algo que una persona puede exigir a otra, una demanda que debe ser satisfecha y saldada.

Cuando se comete un pecado, sus efectos posteriores pueden no notarse, pero la culpa permanece. El pecador es culpable. Dios no puede ignorar su propia exigencia de que el pecado sea castigado, y su gloria, que ha sido deshonrada, debe ser defendida. Mientras la deuda no sea saldada, o la culpa expiada, es, por la naturaleza del caso, imposible que un Dios Santo permita que el pecador entre en su presencia.

A menudo pensamos que la gran pregunta para nosotros es cómo podemos ser liberados del poder del pecado que mora en nosotros; pero esa es una pregunta de menor importancia que la de cómo podemos ser liberados de la culpa que se acumula delante de

Dios. ¿Puede eliminarse la culpa del pecado? ¿Puede eliminarse el efecto del pecado sobre Dios, al despertar su ira? ¿Puede el pecado ser borrado delante de Dios? Si se pueden hacer estas cosas, el poder del pecado también será quebrantado en nosotros. Es sólo a través de *la reconciliación* que la culpa del pecado puede ser eliminada.

La palabra traducida como “ *reconciliación* ” significa en realidad “cubrir”. Hasta los paganos tenían una idea de esto. Pero en Israel Dios reveló una *reconciliación* que podía cubrir y quitar la culpa del pecado de tal manera que la relación original entre Dios y el hombre podía ser restaurada por completo. Esto es lo que debe hacer la verdadera *reconciliación* . Debe quitar la culpa del pecado, es decir, el efecto del pecado sobre Dios, de tal manera que el hombre pueda acercarse a Dios, con la bendita seguridad de que ya no hay la menor culpa que pese sobre él y lo mantenga alejado de Dios.

2. La santidad de Dios que predestinó la reconciliación

Esto también debe tenerse en cuenta si queremos entender correctamente *la reconciliación*.

La santidad de Dios es su infinita y gloriosa perfección, que le lleva a desear siempre el bien en los demás y en sí mismo. Él concede y obra lo que es bueno en los demás, y odia y condena todo lo que se opone al bien.

se unen el *amor y la ira de Dios: su amor* que se otorga; *su ira* que, según la ley divina de justicia, echa fuera y consume lo que es malo.

Fue, como el Santo, que Dios ordenó *la reconciliación* en Israel y tomó Su morada en el Propiciatorio.

Es como el Santo que Él, en expectativa de los tiempos del Nuevo Testamento, dijo tan a menudo: “Yo soy tu Redentor, el Santo de Israel”.

Es como el Santo que Dios llevó a cabo su consejo de *reconciliación* en Cristo.

Lo maravilloso de este consejo es que tanto el santo amor como la santa ira de Dios encuentran satisfacción en él. Aparentemente estaban en una lucha irreconciliable entre sí. El santo amor no estaba dispuesto a dejar ir al hombre. A pesar de todo su pecado, no podía abandonarlo. Él debía ser redimido. La santa ira no podía renunciar a sus demandas. La ley había sido despreciada. Dios había sido deshonrado. El derecho de Dios debía ser defendido. No podía haber ningún pensamiento de liberar al pecador mientras la ley no fuera satisfecha. El terrible efecto del pecado en el cielo —sobre Dios— debía ser contrarrestado; la culpa del pecado debía ser eliminada; de lo contrario, el pecador no podría ser liberado. La única solución posible era *la reconciliación*.

Hemos visto que *la reconciliación* significa *cubrir*. Significa que algo más ha ocupado el lugar donde se estableció el pecado, de modo que el pecado ya no puede ser visto por Dios.

Pero como Dios es el Santo, y sus ojos son como llama de fuego, lo que cubrió el pecado debe ser algo de tal naturaleza que realmente contrarreste el mal que el pecado había hecho, y también que borre de tal manera el pecado delante de Dios que realmente quede destruido y no pueda ser visto ahora.

La reconciliación por el pecado sólo puede tener lugar por medio de la satisfacción. La satisfacción es *reconciliación*. Y como la satisfacción se realiza por medio de un sustituto, el pecado puede ser castigado y el pecador puede ser salvado. La santidad de Dios también sería glorificada y sus demandas satisfechas, así como la demanda del amor de Dios en la redención del pecador; y la demanda de Su justicia en el mantenimiento de la gloria de Dios y de Su ley.

Sabemos cómo se establecía esto en las leyes del Antiguo Testamento sobre las ofrendas. Un animal limpio ocupaba el lugar de un hombre culpable. Su pecado era puesto, por confesión, sobre la cabeza de la víctima, que soportaba el castigo al entregar su vida hasta la muerte. Entonces la sangre, que representaba una vida limpia que ahora, al soportar el castigo, está libre de culpa, puede ser traída a la presencia de Dios; la sangre o la vida del animal que ha soportado el castigo en lugar del pecador. Esa sangre hacía *la reconciliación* y cubría al pecador y su pecado, porque había tomado su lugar y había expiado su pecado.

Hubo *reconciliación en La Sangre* .

Pero eso no era una realidad. La sangre del ganado o de los machos cabríos nunca podría quitar el pecado; era sólo una sombra, una imagen, de la verdadera *reconciliación* .

Para cubrir eficazmente la culpa era necesaria una sangre de un carácter totalmente diferente. Según el consejo del Dios Santo, nada menos que la sangre del propio Hijo de Dios podía producir *la reconciliación* . La justicia la exigía; el amor la ofrecía. “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso para la *reconciliación* por medio de la fe en su sangre” .

3. La sangre que obró la reconciliación

La reconciliación debe ser la satisfacción de las exigencias de la santa ley de Dios.

El Señor Jesús logró eso. Por medio de una obediencia voluntaria y perfecta, cumplió la ley bajo la cual se había colocado. En el mismo espíritu de entrega completa a la voluntad del Padre, llevó la maldición que la ley había pronunciado contra el pecado. Él rindió, en la medida más completa de obediencia o castigo, todo lo que la ley de Dios pudiera pedir o desear. La ley fue perfectamente satisfecha por Él. Pero, ¿cómo puede Su cumplimiento de las demandas de la ley ser *una reconciliación* por los pecados de otros? Porque, tanto en la Creación como en el santo pacto de gracia que el Padre había hecho con Él, Él fue reconocido como la cabeza de la raza humana. Debido a esto, Él pudo, al hacerse carne, convertirse en un segundo Adán. Cuando Él, el *Verbo*, se hizo *carne*, se puso en una verdadera comunión con nuestra carne que estaba bajo el poder del pecado, y asumió la responsabilidad por todo lo que el pecado había hecho en la carne contra Dios. Su obediencia y perfección no fue meramente la de un hombre entre otros, sino la de Aquel que se había puesto en comunión con todos los demás hombres y que había tomado sobre Sí su pecado.

Como Cabeza de la humanidad a través de la Creación, como su representante en el Pacto, Él se convirtió en su fiador. Como una perfecta satisfacción de las demandas de la ley se logró mediante el derramamiento de Su sangre, esto fue *la reconciliación*; la cobertura de nuestro pecado.

Ante todo, no debemos olvidar nunca que Él era Dios. Esto le confirió un poder divino para unirse a sus criaturas y tomarlas en Sí. Otorgó a sus sufrimientos una virtud de infinita santidad y poder. Hizo que el mérito de su derramamiento de sangre fuera más que suficiente para tratar con toda la culpa del pecado humano. Hizo de su sangre una *reconciliación tan real*, una cobertura tan perfecta del pecado, que la santidad de Dios ya no la contempla. Ha sido, en verdad, borrada. La sangre de Jesús, el Hijo de Dios, ha procurado una *reconciliación real, perfecta y eterna*.

¿Qué significa eso?

Hemos hablado del terrible efecto del pecado sobre Dios, del terrible cambio que tuvo lugar en el cielo a causa del pecado. En lugar de recibir favor, amistad, bendición y la vida de Dios, el hombre no tenía nada que esperar del cielo excepto ira, maldición, muerte y perdición. Sólo podía pensar en Dios con temor y terror, sin esperanza y sin amor. El pecado nunca dejó de exigir venganza, la culpa debía ser castigada en su totalidad.

Pero vean, la sangre de Jesús, el Hijo de Dios, ha sido derramada. Se ha hecho expiación por el pecado. Se ha restablecido la paz. Ha tenido lugar un cambio nuevamente, tan real y generalizado como el que había producido el pecado. Para quienes reciben la *reconciliación*, el pecado ha sido reducido a nada. La ira de Dios se vuelve y se esconde en la profundidad del amor divino.

La justicia de Dios ya no aterroriza al hombre. Lo recibe como un amigo, ofreciéndole una justificación completa. El rostro de Dios irradia placer y aprobación cuando el pecador penitente se acerca a Él y lo invita a una comunión íntima. Le abre un tesoro de bendiciones. Ya no hay nada que pueda separarlo de Dios.

La *reconciliación* por la sangre de Jesús cubrió sus pecados, que ya no aparecen ante los ojos de Dios. Él ya no le imputa el pecado. *La reconciliación* ha obrado una redención perfecta y eterna.

Oh yo, ¿quién puedo decir el valor de esa preciosa sangre?

No es de extrañar que en el canto de los redimidos se haga mención eterna de esa sangre, y por toda la eternidad, mientras exista el cielo, resonará la alabanza de la sangre: “Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios”.

Pero aquí está lo maravilloso, que los redimidos en la tierra no se unan con más corazón a ese cántico, y que no abunden en alabanzas por la *reconciliación* que el poder de la Sangre ha logrado.

4. El perdón que sigue a la reconciliación

Que la sangre haya hecho *reconciliación* por el pecado, y lo haya cubierto, y que como resultado de esto haya tenido lugar un cambio tan maravilloso en los lugares celestiales, todo esto no nos servirá de nada, a menos que obtengamos una parte personal en ello.

Es en el perdón del pecado que esto ocurre.

Dios ha ofrecido una absolución perfecta de todos nuestros pecados y culpas. Debido a que se ha hecho *la reconciliación* por el pecado, ahora podemos *reconciliarnos* con Él. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Después de esta palabra de *reconciliación* viene la invitación: “Reconciliaos con Dios”. Quien recibe *la reconciliación* por el pecado, se *reconcilia* con Dios. Sabe que todos sus pecados son perdonados.

Las Escrituras emplean diversas ilustraciones para enfatizar la plenitud del perdón y convencer al corazón temeroso del pecador de que la sangre realmente ha quitado su pecado. “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como una nube tus pecados” (Isaías 44:22). “Echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Isaías 44:13).

xxxviii. 17). “Arrojarás a lo profundo del mar todos sus pecados” (Miq. 7. 19). “Se buscará la iniquidad de Israel, y no habrá; y los pecados de Judá, y no se hallarán; porque yo los perdonaré” (Jer. 1. 20).

Esto es lo que el Nuevo Testamento llama justificación. Así se le llama en Romanos 1:1-14.

iii. 23-26, “Por cuanto todos pecaron . . . siendo justificados gratuitamente (por nada) mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como *reconciliación por medio de la fe en su sangre*, para manifestar su justicia . . . a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”.

Tan perfecta es la *reconciliación* y tan verdaderamente el pecado ha sido cubierto y borrado, que aquel que cree en Cristo es considerado y tratado por Dios como enteramente justo. La absolución que ha recibido de Dios es tan completa que no hay nada, absolutamente nada, que le impida acercarse a Dios con la mayor libertad.

Para gozar de esta bienaventuranza no se necesita nada más que la fe en la sangre. Sólo la sangre lo tiene todo.

El pecador penitente que se vuelve de su pecado hacia Dios, sólo necesita tener fe en esa sangre. Es decir, fe en el poder de la sangre, que verdaderamente ha expiado el pecado y que realmente ha expiado por él. Por medio de esa fe, sabe que está completamente *reconciliado* con Dios y que ya no hay nada que impida que Dios derrame sobre él la plenitud de su amor y bendición.

Si mira hacia el cielo, que antes estaba cubierto de nubes, negras por la ira de Dios y por un terrible juicio venidero, esa nube ya no se ve; todo brilla en la alegre luz del rostro de Dios y de su amor. La fe en la sangre manifiesta en su corazón el mismo poder milagroso que ejerció en el cielo. Por medio de la fe en la sangre, llega a ser partícipe de todas las bendiciones que la sangre ha obtenido para él de parte de Dios.

¡Hermanos creyentes! Orad fervientemente para que el Espíritu Santo os revele la gloria de esta *reconciliación* y el perdón de vuestros pecados, que os fue otorgado por la sangre de Jesús. Orad para que vuestros corazones sean iluminados y puedan ver cuán completamente ha sido eliminado el poder acusador y condenador de vuestro pecado, y cómo Dios, en la plenitud de su amor y beneplácito, se ha vuelto hacia vosotros. Abrid vuestros corazones al Espíritu Santo para que Él os revele los gloriosos efectos que la sangre ha tenido en el cielo. Dios ha presentado a *Jesucristo mismo* como una *reconciliación* por medio de la fe en su sangre. Él es la *reconciliación* por nuestros pecados. Confíad en Él, como si ya hubiera cubierto vuestro pecado ante Dios. Ponedlo entre vosotros y vuestros pecados, y experimentaréis cuán completa es la Redención que Él ha llevado a cabo, y cuán poderosa es la *reconciliación* por medio de la fe en su sangre.

Entonces, por medio de *Cristo vivo*, los efectos poderosos que la sangre ha ejercido en el cielo se manifestarán cada vez más en vuestros corazones, y sabréis lo que significa caminar, por la gracia del Espíritu, en la plena luz y goce del perdón.

Y a ti que aún no has obtenido el perdón de tus pecados, ¿no te llega esta palabra como una llamada urgente a la fe en su sangre?

¿No os dejaréis nunca conmovir por lo que Dios ha hecho por vosotros como pecadores? “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:20).

La sangre preciosa, divina, ha sido derramada, *la reconciliación* está completa y llega a vosotros el mensaje: “Reconciliaos con Dios”.

Si te arrepientes de tus pecados y deseas ser liberado del poder y la esclavitud del pecado, ejerce fe en la sangre. Abre tu corazón a la influencia de la palabra que Dios ha enviado para que te sea hablada. Abre tu corazón al mensaje de que la sangre puede liberarte, sí, incluso a ti, en este momento. Sólo créelo. Di: “Esa sangre también es para mí”. Si vienes como un pecador culpable y perdido, anhelando el perdón, puedes estar seguro de que la sangre que ya ha hecho una *reconciliación perfecta* cubre tu pecado y te restaura, inmediatamente, al favor y al amor de *Dios*.

Por eso, te ruego que ejerzas fe en la sangre. Inclínate ahora mismo ante Dios y dile que crees en el poder de la sangre para tu propia alma. Habiendo dicho eso, aférrate a ella. Por medio de la fe en Su sangre, Jesucristo será también la *reconciliación* por tus pecados.

Limpieza a través de la sangre

“Si andáis en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Ya hemos visto que el efecto más importante de la Sangre es *la reconciliación* por el pecado.

El fruto del conocimiento de *la reconciliación y de la fe en ella* es el *perdón* del pecado. El perdón es simplemente una declaración de lo que ya ha sucedido en el cielo a favor del pecador y su aceptación sincera de ello.

Este primer efecto de la Sangre no es el único. A medida que el alma, por la fe, se entrega al Espíritu de Dios para comprender y gozar de la plena eficacia de *la reconciliación*, la Sangre ejerce un poder ulterior, al impartir los demás beneficios que, en la Escritura, se le atribuyen.

Uno de los primeros resultados de *la reconciliación* es *la limpieza del pecado*. Veamos lo que la Palabra de Dios tiene que decir al respecto. Entre nosotros, a menudo se habla de *la limpieza* como si no fuera más que el perdón de los pecados o la limpieza de la culpa. Sin embargo, esto no es así. La Escritura no habla de ser *limpiado de la culpa*. *La limpieza* del pecado significa liberación de la contaminación, no de la culpa del pecado. La culpa del pecado tiene que ver con nuestra relación con Dios y nuestra responsabilidad de enmendar nuestras malas acciones, o de soportar el castigo por ellas. La contaminación del pecado, por otra parte, es el sentido de contaminación e impureza que el pecado trae a nuestro ser interior, y es con esto con lo que *la limpieza* tiene que ver.

Es de suma importancia para todo creyente que desee disfrutar de la plena salvación que Dios ha provisto para él, entender correctamente lo que las Escrituras enseñan acerca de esta *limpieza*.

Consideremos:

- I. **¿Qué significa la palabra limpieza en el Antiguo Testamento?**
- II. **¿Cuál es la bendición que indica esa palabra en el Nuevo Testamento?**
- III. **¿Cómo podemos experimentar el pleno goce de esta bendición?**

I. La purificación en el Antiguo Testamento

En el servicio de Dios, tal como lo ordenó Moisés para Israel, había dos ceremonias que el pueblo de Dios debía observar en preparación para acercarse a Él. Estas eran las *ofrendas* o *sacrificios* y las *limpiezas* o *purificaciones*. Ambas debían observarse, pero de diferentes maneras. Ambas tenían el propósito de recordarle al hombre cuán pecador era y cuán inepto era para acercarse a un Dios santo. Ambas debían tipificar la *redención* por la cual el Señor Jesucristo restauraría al hombre la comunión con Dios. Por regla general, sólo las *ofrendas* se consideran como típicas de la *redención* por medio de Cristo. Sin embargo, la Epístola a los Hebreos menciona enfáticamente las *purificaciones* como figuras “en las cuales se ofrecían *sacrificios* y *diversos lavamientos*” (Hebreos 9:9, 10).

Si podemos imaginar la vida de un israelita, entenderemos que la conciencia del pecado y la necesidad de *redención* se despertaban no menos por las *purificaciones* que por las *ofrendas*.

También debemos aprender de ellos cuál es realmente el poder de la Sangre de Jesús.

Podemos tomar como ejemplo uno de los casos más importantes de *purificación*. Si alguien se encontraba en una choza o en una casa donde yacía un cadáver, o si había tocado un cadáver o huesos, quedaba impuro durante siete días. La muerte, como castigo por el pecado, hacía impuro a todo aquel que se relacionara con ella. La *purificación* se realizaba utilizando las cenizas de una novilla que había sido quemada, como se describe en Números 19 (compárese con Hebreos 9:13, 14). Estas cenizas, mezcladas con agua, se rociaban con un manojo de hisopo sobre el que estaba impuro; luego tenía que bañarse en agua, después de lo cual quedaba ceremonialmente limpio una vez más.

Las palabras “*inmundo*”, “*purificación*”, “*limpio*” se usaban en referencia a la curación de la lepra, una enfermedad que podría describirse como una muerte en vida. Levítico, capítulos xiii y xiv: Aquí también el que iba a ser *purificado* debía bañarse en agua, habiendo sido rociado primero con agua, en la que se había mezclado la sangre de un ave, ofrecida en sacrificio. Siete días después era rociado nuevamente con la sangre del sacrificio.

Una atenta contemplación de las leyes de la *purificación* nos enseñará que la diferencia entre las *purificaciones* y las *ofrendas* era doble. Primero: la *ofrenda* tenía una referencia definida a la transgresión por la cual se debía hacer la *reconciliación*. La *purificación* tenía más que ver con condiciones que no eran pecaminosas en sí mismas, sino que eran el resultado del pecado, y por lo tanto debían ser reconocidas por el pueblo santo de Dios como contaminadas. Segundo: en el caso de la *ofrenda*, nada se le hacía al oferente mismo. Él veía la sangre rociada sobre el altar o llevada

al Lugar Santo; debía creer que esto procuraba *la reconciliación* ante Dios. Pero nada se le hacía a él mismo. En *la purificación*, por otro lado, lo que le sucedía a la persona era lo principal. La contaminación era algo que había sucedido a la persona, ya sea por enfermedad interna o por contacto externo; por lo tanto, el lavamiento o la aspersión con agua debía realizarse sobre él mismo como lo había ordenado Dios.

La purificación era algo que él podía sentir y experimentar. Produjo un cambio no sólo en su relación con Dios, sino en su propia condición. En *la ofrenda* se hizo algo por él; mediante *la purificación* se hizo algo EN él. *La ofrenda* se refería a su culpa; *la purificación* a la contaminación del pecado.

El mismo significado de las palabras "*limpio*", "*limpieza*", se encuentra en otras partes del Antiguo Testamento. David ora en el Salmo 11: "*Límpieme* de mi pecado", "Purifícame con hisopo y seré *limpio*". La palabra que David usa aquí es la que se usa con más frecuencia para la *limpieza* de cualquiera que haya tocado un cadáver. El hisopo también se usaba en tales casos. David oró por algo más que el perdón. Confesó que había sido "formado en maldad", que su naturaleza era pecaminosa. Oró para ser purificado por dentro. "*Límpieme* de mi pecado", fue su oración. Usa la misma palabra más adelante cuando ora: "Crea en mí, oh Dios, un corazón *limpio*". *La limpieza* es más que el perdón.

De la misma manera, esta palabra es utilizada por Ezequiel, y se refiere a una condición interior que debe ser cambiada. Esto es evidente en el capítulo 24:11,13, donde, hablando de la limpieza de la inmundicia, Dios dice: "Porque te limpié, y no fuiste limpiado". Más adelante, hablando del Nuevo Pacto (cap. 36:25), dice: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis *limpiados* de todas vuestras inmundicias; de todos vuestros ídolos os *limpiaré*".

Malaquías usa la misma palabra, relacionándola con el fuego (cap. iii. 3): "Él se sentará como refinador y purificador de plata; él purificará (*limpiará*) a los hijos de Leví".

purificación por agua, por sangre, por fuego; todo ello típico de la *purificación* que tendría lugar bajo el Nuevo Pacto: una *purificación interior* y una liberación de la mancha del pecado.

II. La bendición indicada en el Nuevo Testamento por la purificación

En el Nuevo Testamento se habla a menudo de un corazón limpio o puro. Nuestro Señor dijo: “Bienaventurados los de limpio corazón” (Mateo 5:8). Pablo habla del “amor nacido de un corazón limpio” (1 Timoteo 1:5). También habla de una “conciencia *limpia*”.

Pedro exhorta a sus lectores a “amarse unos a otros entrañablemente, con corazón *puro*”. También se utiliza la palabra *purificación*.

Leemos acerca de aquellos que son descritos como el pueblo de Dios, quienes afirman que Dios purificó (*limpió*) sus corazones a través de la fe (Hechos xv. 9).

Que el propósito del Señor Jesús con respecto a los que eran suyos era “purificar *para sí* un pueblo de su posesión” (Tito ii. 14).

En cuanto a nosotros mismos leemos: “Limpiémonos *de* toda contaminación de carne y de espíritu” (2 Cor. 7:1).

Todos estos lugares nos enseñan que *la limpieza* es una palabra interior obrada en el corazón, y que es posterior al perdón.

En 1 Juan 1:7 se nos dice que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos *limpia* de todo pecado”. Esta palabra *limpia* no se refiere a la gracia del *perdón* recibida en la conversión, sino al efecto de la gracia EN los hijos de Dios que andan en la luz. Leemos: “Si andamos en la luz, como él está en la luz... la sangre de Jesucristo su Hijo nos *limpia* de todo pecado”. Que se refiere a algo más que el perdón se desprende de lo que sigue en el versículo 9: “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y *limpiarnos* de toda maldad”. La limpieza es algo que viene después del perdón y es el resultado de éste, por la recepción interna y experimental del poder de la sangre de Jesús en el corazón del creyente.

Esto se lleva a cabo según la Palabra, primero en la purificación de la conciencia. “¿Cuánto más la sangre de Cristo... *limpiará* vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14). La mención ya hecha de las cenizas de una becerra rociadas sobre los inmundos tipifica una experiencia personal de la preciosa sangre de Cristo. La conciencia no es sólo un juez que dicta sentencia sobre nuestras acciones, es también la voz interior que da testimonio de nuestra relación con Dios, y de la relación de Dios con nosotros. Cuando es *limpiada* por la sangre, entonces da testimonio de que agradamos a Dios. Está escrito en Hebreos 10:2: “Los que adoran, una vez *purificados*, no tendrían más conciencia de pecado”. Recibimos por medio del Espíritu una experiencia interior de que la sangre nos ha librado tan completamente de la culpa y el poder del pecado que nosotros, en nuestra

naturaleza regenerada, hemos escapado completamente de su dominio. El pecado aún habita en nuestra carne, con sus tentaciones, pero no tiene poder para gobernarnos. La conciencia está *limpia*, no hay necesidad de la más mínima sombra de separación entre Dios y nosotros; lo contemplamos en todo el poder de *la redención*. La conciencia *limpiada* por la sangre da testimonio de nada menos que una redención completa; la plenitud del beneplácito de Dios.

Y si la conciencia está *limpia*, también lo está el *corazón*, del cual la conciencia es el centro. Leemos acerca de tener el corazón *limpio* de una mala conciencia (Hebreos 10:22). No sólo debe *limpiarse la conciencia*, sino también el corazón, incluyendo el entendimiento y la voluntad, con todos nuestros pensamientos y deseos. Por medio de la sangre, por cuyo derramamiento Cristo se entregó a la muerte, y en virtud de la cual entró de nuevo en el cielo, la *muerte* y resurrección de Cristo son incesantemente eficaces. Por este poder de su muerte y resurrección, las concupiscencias y disposiciones pecaminosas son eliminadas.

“La sangre de Jesucristo limpia de todo pecado”, tanto del pecado original como del pecado actual. La sangre ejerce su poder espiritual y celestial en el alma. El creyente en cuya vida la sangre es plenamente eficaz, experimenta que la vieja naturaleza no puede manifestar su poder. Por medio de la sangre, sus concupiscencias y deseos son dominados y aniquilados, y todo queda tan *limpio* que el Espíritu puede producir su glorioso fruto. En caso de la menor tropiezo, el alma encuentra *limpieza* y restauración inmediatas. Incluso los pecados inconscientes quedan sin poder por su eficacia.

Hemos notado una diferencia entre la culpa y la contaminación del pecado. Esto es importante para una clara comprensión del asunto; pero en la vida real debemos recordar siempre que no están divididas de esa manera. Dios, por medio de la sangre, trata con el pecado como un todo. Toda verdadera operación de la sangre manifiesta su poder simultáneamente sobre la culpa y la contaminación del pecado. La reconciliación y la limpieza siempre van juntas, y la sangre está en acción incesante.

Muchos parecen pensar que la sangre está allí para que, si hemos pecado de nuevo, podamos volver a ella para ser purificados. Pero no es así. Así como una fuente fluye siempre y siempre purifica lo que se pone en ella o bajo su corriente, así sucede con esta Fuente, abierta para el pecado y la inmundicia (Zac. 13:1). El poder eterno de vida del Espíritu Eterno actúa a través de la sangre. Por medio de Él, el corazón puede permanecer siempre bajo el fluir y *la limpieza* de la Sangre.

En el Antiguo Testamento, *la purificación* era necesaria para cada pecado. En el Nuevo Testamento, *la purificación* depende de Aquel que siempre está vivo para interceder. Cuando la fe ve, desea y se aferra a este hecho, el corazón puede permanecer en todo momento bajo la torre protectora y *purificadora* de la sangre.

III. ¿Cómo podemos experimentar el pleno goce de esta bendición?

Todo aquel que por la fe obtiene una parte del mérito expiatorio de la sangre de Cristo, tiene también una parte en su eficacia *purificadora*. Pero la experiencia de su poder purificador es, por varias razones, tristemente imperfecta. Por eso es de gran importancia entender cuáles son las condiciones para el pleno goce de esta gloriosa bendición.

i. En primer lugar, es necesario el conocimiento. Muchos piensan que el perdón de los pecados es todo lo que recibimos a través de la sangre. No piden nada más y no lo obtienen.

Es una bendición comenzar a ver que el Espíritu Santo de Dios tiene un propósito especial al hacer uso de diferentes palabras en las Escrituras con respecto a los efectos de la sangre. Entonces comenzamos a indagar acerca de su significado especial. Que todo aquel que verdaderamente anhele saber lo que el Señor desea enseñarnos con esta sola palabra, *limpieza*, compare atentamente todos los lugares en las Escrituras donde se usa la palabra, donde se habla de *limpieza*. Pronto sentirá que hay más prometido al creyente que la eliminación de la culpa. Comenzará a entender que *la limpieza* a través del lavamiento puede quitar la mancha, y aunque no pueda explicar completamente de qué manera esto ocurre, sin embargo, estará convencido de que puede esperar una bendita operación interna de *limpieza* de los efectos del pecado, por la sangre. El conocimiento de este *hecho* es la primera condición para experimentarlo.

ii. En segundo lugar: debe haber deseo.

Es de temer que nuestro cristianismo se complazca en posponer para una vida futura la experiencia de la bienaventuranza que nuestro Señor quiso para nuestra vida terrena: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».

No se reconoce suficientemente que *la pureza de corazón* es una característica de todo hijo de Dios, porque es la condición necesaria para la comunión con Él, para el disfrute de Su salvación. Hay muy poco anhelo interior de ser realmente agradables al Señor en todas las cosas y en todo momento. El pecado y la mancha del pecado nos molestan muy poco.

La Palabra de Dios nos llega con la promesa de bendición que debe despertar todos nuestros deseos. Crean que la sangre de Jesús limpia de todo pecado. Si aprenden a entregarse debidamente a su operación, ella puede hacer grandes cosas en ustedes. ¿No deberían desear a cada hora experimentar su gloriosa eficacia limpiadora para ser preservados, a pesar de su naturaleza depravada, de las muchas manchas por las que su conciencia los acusa constantemente? Que sus deseos se

despierten para anhelar esta bendición. Pongan a Dios a prueba para que obre en ustedes lo que Él, como el Fiel, ha prometido: la *limpieza* de toda maldad.

iii. La tercera condición es la voluntad de separarse de todo lo que es inmundo. A causa del pecado, todo en nuestra naturaleza y en el mundo se contamina. *La purificación* no puede tener lugar si no hay una completa separación y renuncia a todo lo inmundo. “No toquéis lo inmundo” es el mandato de Dios a sus escogidos. Debo reconocer que todas las cosas que me rodean son inmundas.

Mis amigos, mis posesiones, mi espíritu, todo debe ser entregado para que yo sea *limpiado* en cada relación por la sangre preciosa, y para que todas las actividades de mi espíritu, alma y ser, puedan experimentar una *limpieza completa* .

El que retenga algo por muy pequeño que sea no puede obtener la bendición completa. El que está dispuesto a pagar el precio completo para que todo su ser sea bautizado por la sangre está en camino de entender plenamente esta palabra: La sangre de Jesús limpia de todo pecado.

iv. La última condición es ejercer fe en el poder de la sangre. No es que, mediante nuestra fe, concedamos su eficacia a la sangre. No, la sangre siempre conserva su poder y eficacia, pero nuestra incredulidad cierra nuestros corazones y obstaculiza su funcionamiento. La fe es simplemente la eliminación de ese obstáculo, la apertura de nuestros corazones al poder divino por el cual el Señor viviente otorgará Su sangre.

Sí, creamos que hay *limpieza* a través de la sangre.

Quizás hayas visto un manantial en medio de un campo de hierba. Del camino muy transitado que pasa por ese campo, cae constantemente polvo sobre la hierba que crece al lado del camino, pero donde el agua del manantial cae en forma de rocío refrescante y purificador, no hay señal de polvo, todo es verde y fresco. Así, la preciosa sangre de Cristo continúa su bendita obra sin cesar en el alma del creyente, que por fe se apropia de ella. A quien por fe se encomienda al Señor, y cree que esto puede suceder y sucederá, le será concedido.

El efecto celestial y espiritual de la sangre se puede experimentar realmente en cada momento. Su poder es tal que siempre puedo permanecer en la fuente, siempre morar en las llagas de mi Señor.

Creyente, ven, te ruego, pon a prueba cómo la sangre de Jesús puede limpiar tu corazón de todo pecado.

Tú sabes con qué alegría un viajero cansado se bañaría en una corriente fresca, sumergiéndose en el agua para experimentar su efecto refrescante, limpiador y fortalecedor. Alza tus ojos y mira por fe cómo un arroyo fluye incesantemente desde el cielo hacia la tierra. Es la influencia del bendito Espíritu, a través de quien el poder

de la sangre de Jesús fluye hacia la tierra sobre las almas, para sanarlas y purificarlas. ¡Oh!, colócate en esta corriente, cree simplemente que las palabras: “La sangre de Jesús limpia de todo pecado”, tienen un significado divino, más profundo, más amplio de lo que jamás hayas imaginado. Crea que es el Señor Jesús mismo quien te limpiará en Su sangre y cumplirá Su promesa con poder en ti. Y considera la limpieza del pecado por Su sangre como una bendición, en cuyo disfrute diario puedes permanecer confiadamente.

Santificación por medio de la sangre

“Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13:12).

“La limpieza por medio de la sangre” fue el tema de nuestro último capítulo.

La santificación por medio de la Sangre debe ocupar ahora nuestra atención.

Para un observador superficial podría parecer que hay poca diferencia entre *limpieza* y *santificación*, que las dos palabras significan aproximadamente lo mismo; pero la diferencia es grande e importante.

La limpieza tiene que ver principalmente con la vieja vida y la mancha del pecado que debe ser eliminada, y es sólo preparatoria.

La santificación se refiere a la nueva vida y a lo que Dios le debe comunicar como propio. *La santificación*, que significa unión con Dios, es la plenitud peculiar de bendición adquirida para nosotros por la sangre.

La distinción entre estas dos cosas está claramente marcada en la Escritura. Pablo nos recuerda que “Cristo se dio a sí mismo por la iglesia, para santificarla, habiéndola purificado” (Efesios 5:25). Habiéndola *purificado primero*, luego la *santifica*. Escribiendo a Timoteo, le dice: “Si alguno se purifica de estas cosas, será un instrumento para honra, santificado y útil para su Señor” (2 Timoteo 1:13).

ii. 21) *La santificación* es una bendición que sigue a *la purificación* y *la supera*.

Esto también queda ilustrado de manera llamativa por las ordenanzas relacionadas con la consagración de los sacerdotes, comparadas con las de los levitas. En el caso de estos últimos, que ocupaban una posición inferior a la de los sacerdotes en el servicio del santuario, no se hace mención de *la santificación*; pero la palabra *purificación* se emplea cinco veces (Núm. 8).

En la consagración de los sacerdotes, por otra parte, se utiliza a menudo la palabra “*santificar*”, pues los sacerdotes estaban en una relación más estrecha con Dios que los levitas (Éxodo xxix; Lev. viii).

Este relato enfatiza al mismo tiempo la estrecha relación que existe entre la sangre sacrificial y *la santificación*. En el caso de la consagración de los levitas, se hacía *la reconciliación por el pecado* y se les rociaba con el agua de purificación para limpiarlos, pero no se les rociaba con sangre. Pero en la consagración de los sacerdotes, había que rociarles sangre. Se les *santificaba* mediante una aplicación más personal e íntima de la sangre.

Todo esto fue típico de *la santificación* por la *Sangre de Jesús* , y esto es lo que ahora tratamos de entender, para que podamos obtener una parte de ello. Consideremos entonces:

I. Qué es la santificación

II. Que fue el gran objeto de los sufrimientos de Cristo.

III. Que se puede obtener por medio de la sangre.

I. Qué es la santificación

Para entender qué es la *santificación* de los redimidos, debemos aprender primero qué es la santidad de Dios. Sólo Él es el *Santo* . La santidad en la criatura debe recibirse de Él.

A menudo se habla de la santidad de Dios como si consistiera en su odio y hostilidad hacia el pecado; pero esto no explica en absoluto qué es realmente la santidad. Es una declaración meramente negativa que la santidad de Dios no puede soportar el pecado.

La santidad es aquel atributo de Dios por el cual Él siempre es, quiere y hace lo que es supremamente bueno; por lo cual también desea lo que es supremamente bueno en sus criaturas y se lo concede.

En las Escrituras, a Dios se le llama “el Santo” no sólo porque castiga el pecado, sino también porque es el Redentor de su pueblo. Es su santidad, que siempre quiere lo que es bueno para todos, lo que lo impulsó a redimir a los pecadores. Tanto la ira de Dios que castiga el pecado como *el amor* de Dios que redime al pecador surgen de la misma fuente: su santidad. La santidad es la perfección de la naturaleza de Dios.

La santidad en el hombre es una disposición en completo acuerdo con la de Dios, que elige en todas las cosas querer como Dios quiere, como está escrito: “Como él es santo, sed también vosotros santos” (1 Pedro 1:15). La santidad en nosotros no es otra cosa que la unidad con Dios. La santificación del pueblo de Dios se efectúa mediante la comunicación a él de la santidad de Dios. No hay otro modo de obtener *la santificación*, sino mediante el Dios Santo que otorga lo que sólo Él posee. Sólo Él es el *Santo* . Él es el Señor que santifica.

Los diferentes significados que la Escritura atribuye a las palabras santificación y “santificar” indican una cierta relación con Dios a la que somos llevados.

El primer y más simple significado de la palabra *santificación* es “separación”. Lo que es sacado de su entorno, por orden de Dios, y puesto a un lado o separado como Su propia posesión y para Su servicio, eso es santo. Esto no significa solamente separación del pecado, sino de todo lo que está en el mundo, incluso de lo que puede ser permisible. Así, Dios santificó el séptimo día. Los otros días no eran inmundos, porque Dios vio todo lo que había hecho y “vio que era muy bueno”. Pero sólo ese día era santo, del cual Dios había tomado posesión por Su propio acto especial. De la misma manera, Dios había separado a Israel de las otras naciones, y en Israel había separado a los sacerdotes para que fueran santos para Él. Esta separación para *la santificación* es siempre obra de Dios mismo, y así la gracia electiva de Dios a menudo está estrechamente relacionada con *la santificación* . “Seréis santos para mí... Yo os he apartado... para que seáis míos” (Levítico 20:26). “El hombre que el Señor escogiere será santo” (Núm. 16:7). “Tú eres pueblo santo para el Señor; el

Señor tu Dios te ha escogido” (Deut. 7:6). Dios no puede tomar partido con otros señores. Él debe ser el único poseedor y gobernante de aquellos a quienes Él revela e imparte Su santidad.

Pero esta separación no es todo lo que se incluye en la palabra *santificación* . Es sólo la condición indispensable de lo que debe seguir. Cuando se separa, el hombre se encuentra ante Dios en ningún sentido diferente de un objeto sin vida que ha sido santificado para el servicio de Dios. Para que la separación tenga valor, debe ocurrir algo más. El hombre debe entregarse voluntariamente y de corazón a esta separación. *La santificación* incluye la consagración personal al Señor para ser Suyo.

La santificación sólo puede llegar a ser nuestra cuando echa sus raíces y se establece en las profundidades de nuestra vida personal, en nuestra voluntad y en nuestro amor. Dios no santifica a nadie contra su voluntad, por lo tanto, la entrega personal y sincera a Dios es una parte indispensable de *la santificación* .

Es por esta razón que las Escrituras no sólo hablan de que Dios nos santifica, sino que dicen a menudo que debemos santificarnos nosotros mismos.

Pero aun por la consagración, la verdadera *santificación* no está completa todavía. La separación y la consagración juntas son sólo la preparación para la obra gloriosa que Dios hará, al impartir Su propia santidad al alma. “ *Participar de la naturaleza divina* ” es la bendición que se promete a los creyentes en *la santificación* . “Para que participemos de su santidad” (Hebreos 12:10), ese es el glorioso objetivo de la obra de Dios en aquellos a quienes Él separa para Sí. Pero esta impartición de Su santidad no es un don de algo que esté separado de Dios mismo; no, es en la comunión personal con Él, y participando de Su vida divina, que se puede obtener *la santificación* .

Como el Santo , Dios habitó entre el pueblo de Israel para santificar a su pueblo (Éxodo 29:45, 46). Como el Santo , Él habita en nosotros. Es solo la presencia de Dios la que puede santificar. Pero tan ciertamente es ésta nuestra porción, que la Escritura no rehúye hablar de Dios que habita en nuestros corazones con tal poder que podemos ser “llenos hasta toda la plenitud de Dios”. La verdadera *santificación* es la comunión con Dios y Su morada en nosotros. Por eso era necesario que Dios en Cristo hiciera su morada en la carne, y que el Espíritu Santo viniera a morar en nosotros. Esto es lo que significa *la santificación* .

Observemos ahora:

II. Esta santificación fue el objeto por el cual Cristo sufrió

Esto se afirma claramente en Hebreos 13:12: “Jesús padeció para santificar a su pueblo”. En la sabiduría de Dios, la participación en su santidad es el destino más elevado del hombre. Por lo tanto, también este fue el objetivo central de la venida de nuestro Señor Jesús a la tierra; y sobre todo, de sus sufrimientos y muerte. Fue “para santificar a su pueblo” y “para que fuesen santos y sin mancha” (Efesios 1:4).

Cómo los sufrimientos de Cristo alcanzaron este fin y se convirtieron en nuestra *santificación*, nos lo muestran claramente las palabras que Él dirigió a su Padre, cuando estaba a punto de dejarse atar como sacrificio: “Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Fue porque sus sufrimientos y muerte fueron una *santificación* de Él mismo, por lo que pueden convertirse en *santificación* para nosotros.

¿Qué significa eso? Jesús era el *Santo de Dios*, “el Hijo a quien el Padre había santificado y enviado al mundo”, y ¿debía santificarse a sí mismo? Debía hacerlo; era indispensable.

La *santificación* que poseía no estaba fuera del alcance de la tentación. En su tentación debía mantenerla y mostrar cuán perfectamente su voluntad estaba sometida a la santidad de Dios. Hemos visto que la verdadera santidad en el hombre es la perfecta unidad de su voluntad con la de Dios. Durante toda la vida de nuestro Señor, desde la tentación en el desierto en adelante, había sometido su voluntad a la voluntad de su Padre y se había consagrado como sacrificio a Dios. Pero fue principalmente en Getsemaní donde hizo esto. Allí estaba la hora y el poder de las tinieblas; la tentación de apartar de sus labios la terrible copa de la ira y hacer su propia voluntad vino con un poder casi irresistible, pero Él rechazó la tentación. Se ofreció a sí mismo y su voluntad a la voluntad y santidad de Dios. Se santificó a sí mismo, mediante una perfecta unidad de voluntad con la de Dios. Esta santificación de sí mismo se ha convertido en el poder por el cual también nosotros podemos ser santificados por medio de la verdad. Esto está en perfecto acuerdo con lo que aprendemos de la Epístola a los Hebreos, donde, hablando de las palabras usadas por Cristo, leemos: “Vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”, y luego se añade: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Heb.

(1 Corintios 9:10). Fue porque la ofrenda de su cuerpo fue su entrega de sí mismo para hacer la voluntad de Dios, que llegamos a ser santificados por esa voluntad. Él se santificó allí, por nosotros, para que pudiéramos ser santificados por medio de la verdad. La perfecta obediencia en la que se entregó a sí mismo, para que la santa voluntad de Dios pudiera cumplirse en él, no sólo fue la causa meritoria de nuestra salvación, sino que es al mismo tiempo el poder por el cual el pecado fue vencido

para siempre, y por el cual la misma disposición y la misma santificación pueden ser creadas en nuestros corazones.

En otra parte de esta Epístola a los Hebreos, la verdadera relación de nuestro Señor con Su propio pueblo se caracteriza aún más claramente como teniendo como fin principal *la santificación*. Después de hablar de lo conveniente que era que nuestro Señor sufriera como lo hizo, leemos: “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (Hebreos 2:11). La unidad entre el Señor Jesús y Su pueblo consiste en el hecho de que ambos reciben su vida de un solo Padre, y ambos tienen parte en una y la misma *santificación*. Jesús es el santificador, ellos se convierten en los santificados. *La santificación* es el vínculo que los une. “Por lo cual también Jesús padeció, para santificar a su pueblo mediante su propia sangre”.

Si estamos dispuestos a comprender y experimentar realmente lo que significa *la santificación por la Sangre*, entonces es de suma importancia que primero nos aferremos firmemente al hecho de que *la santificación* es la característica y el propósito de todos los sufrimientos de nuestro Señor, de los cuales la sangre fue el fruto y el medio de bendición. Su *santificación* de Sí mismo tiene la característica de esos sufrimientos, y en eso radica su valor y poder. Nuestra *santificación* es el propósito de esos sufrimientos, y sólo para alcanzar ese propósito ellos producen la bendición perfecta. En la medida en que esto nos resulte claro, avanzaremos hacia el verdadero significado y bendición de Sus sufrimientos.

Fue como el Santo *que* Dios predestinó la redención. Fue Su voluntad glorificar Su santidad en la victoria sobre el pecado, mediante la santificación del hombre a Su propia imagen. Fue con el mismo objeto que nuestro Señor Jesús soportó y cumplió Sus sufrimientos: nosotros debemos ser consagrados a Dios. Y si el Espíritu Santo, el Dios Santo como Espíritu, viene a nosotros para revelarnos la redención que está en Jesús, esto continúa siendo para Él, también, el objetivo principal. Como Espíritu Santo, Él es el espíritu de santidad.

La reconciliación, el perdón y la purificación del pecado tienen un valor inefable; sin embargo, todos ellos apuntan hacia *la santificación*. Es la voluntad de Dios que cada uno que ha sido marcado por la sangre preciosa sepa que es una marca divina, que caracteriza su separación total para Dios; que esta sangre lo llama a una consagración indivisa a una vida, totalmente para Dios, y que esta sangre es la promesa y el poder de una participación en la santidad de Dios, por medio de la cual Dios mismo hará su lugar de morada en él y será su Dios.

¡Oh, que pudiéramos entender y creer que:

“También Jesús padeció para santificar a su pueblo mediante su propia sangre” (Hebreos 13:12).

III. Cómo se obtiene la santificación por la sangre

Una respuesta a esta pregunta, en general, es que todo aquel que es participante de la virtud de la sangre, es también participante de *la santificación*, y es a los ojos de Dios una persona santificada.

En la medida en que vive en contacto estrecho y permanente con la sangre, continúa experimentando cada vez más sus efectos santificadores, aunque todavía entiende muy poco de cómo se producen esos efectos. Que nadie piense que primero debe entender cómo comprender o explicar todo antes de poder orar por fe para que la sangre manifieste su poder santificador en él. No; fue precisamente en relación con el baño de purificación —el lavatorio de los pies de los discípulos— que el Señor Jesús dijo: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después”. Es el Señor Jesús mismo quien santifica a Su pueblo “con Su propia sangre”. El que se entrega de corazón a la adoración creyente del *Cordero*, que nos ha comprado con Su sangre, y a la relación con Él, experimentará por medio de esa sangre una *santificación* que va más allá de su concepción. El Señor Jesús hará esto por él.

Pero el creyente también debe crecer en conocimiento; sólo así podrá entrar en la bendición plena que le está preparada. No sólo tenemos el derecho, sino que es nuestro deber, investigar con seriedad cuál es la conexión esencial entre el efecto bendito de la sangre y nuestra *santificación*, y de qué manera el Señor Jesús obrará en nosotros, por medio de su sangre, aquellas cosas que hemos determinado que son las principales cualidades de *la santificación*.

Hemos visto que el principio de toda *santificación* es *la separación* para Dios, como Su posesión total, para estar a Su disposición. ¿Y no es esto precisamente lo que proclama la sangre? Que el poder del pecado ha sido quebrantado; que hemos sido liberados de sus ataduras; que ya no somos sus esclavos, sino que pertenecemos a Aquel que compró nuestra libertad con Su sangre. “No sois vuestros, habéis sido comprados por precio”; este es el lenguaje con el que la sangre nos dice que somos posesión de Dios. Porque Él desea tenernos enteramente para Sí, nos ha elegido y comprado, y nos ha puesto la marca distintiva de la sangre, como aquellos que están separados de todo lo que los rodea, para vivir sólo para Su servicio. Esta idea de separación se expresa claramente en las palabras que tan a menudo repetimos: “Jesús, para santificar a su pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio”. “Salir” de todo lo que es de este mundo, fue la característica de Aquel que era santo, inmaculado, apartado de los pecadores; y debe ser la característica de todos sus seguidores.

Creyente, el Señor Jesús te *ha santificado* por medio de Su propia sangre, y desea hacerte experimentar, por medio de esa sangre, el pleno poder de esta *santificación*. Esfuérzate por obtener una impresión clara de lo que ha sucedido en ti por medio de

la aspersión de esa sangre. El Dios santo desea tenerte completamente para Sí. Nadie, nada, puede tener ya el más mínimo derecho sobre ti, ni tú tienes ningún derecho sobre ti mismo. Dios te ha separado para *Sí mismo*, y para que puedas sentir esto, Él puso Su marca sobre ti. Esa marca es la cosa más maravillosa que se puede encontrar en la tierra o en el cielo. *La Sangre de Jesús*. La sangre en la que está la vida del Hijo eterno de Dios; la sangre que en el trono de la gracia está siempre ante el rostro de Dios; la sangre que te asegura la redención completa del poder del pecado; esa sangre es rociada sobre ti, como una señal de que perteneces a Dios.

Creyente, te ruego que cada pensamiento acerca de la sangre despierte en ti la gloriosa confesión: “Por su propia sangre, el Señor Jesús me ha santificado, ha tomado completa posesión de mí para Dios, y yo pertenezco completamente a Dios”.

Hemos visto que *la santificación* es más que la separación. Eso es sólo el comienzo. Hemos visto también que la consagración personal y la entrega sincera y voluntaria a vivir sólo para y en la santa voluntad de Dios es parte de *la santificación*.

¿De qué manera puede la sangre de Cristo obrar en nosotros esta entrega y *santificarnos* en esa entrega? La respuesta no es difícil. No basta creer en el poder de la sangre para redimirnos y liberarnos del pecado, sino que, sobre todo, debemos observar la fuente de ese poder.

Sabemos que tiene este poder, por la voluntad con que el Señor Jesús se entrega. En el derramamiento de su sangre, Él se santifica, se ofrece enteramente a Dios y a Su santidad. Es por esto que la sangre es tan santa y posee tal poder santificador. En la sangre tenemos una representación impresionante de la auto-entrega de Cristo. La sangre siempre habla de la consagración de Jesús al Padre, como la apertura del camino y la provisión de poder para vencer el pecado. Y cuanto más entremos en contacto con la sangre, y cuanto más vivamos bajo la profunda impresión de haber sido rociados por la sangre, oiremos más claramente la voz de la sangre, declarando que “La entrega total a Dios es el camino a la redención total del pecado”.

La voz de la sangre no hablará simplemente para enseñarnos o para despertar el pensamiento; la sangre habla con un poder divino y vivificante. Lo que ella ordena, eso otorga. Obra en nosotros la misma disposición que había en nuestro Señor Jesús.

Por su propia sangre Jesús nos santifica, para que, sin reservarnos nada, nos entreguemos con todo nuestro corazón a la santa voluntad de Dios.

Pero *la consagración* misma, aun cuando siga a cualquier *separación*, es solamente una preparación. La santificación entera tiene lugar cuando Dios toma posesión de y hace descender con su gloria el templo que le es consagrado. “Allí me reuniré con los hijos de Israel, y serán santificados con mi gloria” (Éxodo 29:43). *La santificación real y completa* consiste en que Dios imparte su propia santidad, es decir, se da a sí mismo.

Aquí también habla la sangre: nos dice que el cielo está abierto, que los poderes de la vida celestial han descendido a la tierra, que todo obstáculo ha sido eliminado y Dios puede hacer su morada con el hombre.

La cercanía y la comunión inmediata con Dios son posibles gracias a la sangre. El creyente que se entrega sin reservas a la sangre obtiene la plena seguridad de que Dios se entregará por completo y revelará su santidad en él.

¡Cuán gloriosos son los resultados de tal *santificación* ! Por medio del Espíritu Santo, la relación del alma se da en la experiencia viva de la cercanía permanente de Dios, acompañada por el despertar del más tierno cuidado contra el pecado, guardada por la cautela y el temor de Dios.

Pero vivir en vigilancia contra el pecado no satisface el alma. El templo no sólo debe ser purificado, sino que debe llenarse de la gloria de Dios. Todas las virtudes de la santidad divina, tal como se manifiestan en el Señor Jesús, deben buscarse y encontrarse en la comunión con Dios. La santificación significa unión con Dios; comunión en su voluntad; compartir su vida; conformidad a su imagen.

Cristianos: “Por lo cual también Jesús... padeció fuera de la puerta, para santificar a su pueblo mediante su propia sangre. Salgamos a él, fuera del campamento”. Sí; es Él quien santifica a su pueblo. “Salgamos a él”. Confiemos en que Él nos dará a conocer el poder de la sangre. Entreguémonos por completo a su bendita eficacia. Esa sangre, mediante la cual Él se santificó, ha entrado en el cielo para abrirlo para nosotros. Puede hacer de nuestro corazón también un trono de Dios, para que la gracia y la gloria de Dios moren en nosotros. Sí; “Salgamos a él, fuera del campamento”. El que está dispuesto a perder y decir adiós a todo, para que Jesús lo santifique, no dejará de obtener la bendición. El que está dispuesto a cualquier costo a experimentar el pleno poder de la preciosa sangre, puede confiar en que será santificado por Jesús mismo, mediante esa sangre.

“El mismo Dios de paz os santifique por completo.” Amén.

Limpiados por la Sangre para Servir al Dios Vivo

“Ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por *la sangre de Cristo*” (Efesios 2:13).

“¿Cuánto más *la sangre de Cristo* ... limpiará vuestras conciencias... para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14).

Después de nuestro estudio de *la santificación* por medio de la sangre, ahora vamos a ocuparnos en la consideración de lo que implica la *relación íntima con Dios* en la que somos introducidos por *la santificación*.

La santificación y la relación con Dios son hechos estrechamente relacionados en las Escrituras. Sin *la santificación* no puede haber tal *relación*. ¿Cómo podría alguien que no es santo tener comunión con un Dios santo? Por otra parte, sin esta *relación* no puede haber crecimiento en la santidad; es siempre, y sólo en la comunión con el Santo, que se puede encontrar la santidad.

La íntima conexión entre *la santificación y la relación sexual* aparece claramente en la historia de la rebelión de Nadab y Abiú. Dios hizo de esta ocasión una clara declaración acerca de la naturaleza peculiar del sacerdocio en Israel. Él dijo: “Yo seré santificado en los que se acercan a mí” (Levítico 10:3). Luego, en la conspiración de Coré contra Moisés y Aarón, Moisés, hablando en nombre de Dios, dijo: “Mañana mostrará Jehová quién es suyo, y quién es santo; y hará que se acerque a él; al que él escogiere, él se acercará a él” (Números 16:5).

Ya hemos visto que la elección de Dios y la separación de los suyos para Sí están estrechamente ligadas a *la santificación*. Es evidente aquí también que la gloria y la bendición aseguradas por esta elección para la santidad no es otra cosa que *la relación* con Dios. Esta es en verdad la más alta, la única bendición perfecta para el hombre, que fue creado para Dios y para disfrutar de su amor. El salmista canta: “Bienaventurado el hombre a quien tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios” (Sal. 65:4). En la naturaleza del caso, la consagración a Dios y la proximidad a Él son la misma cosa.

La aspersion de la sangre que santifica al hombre y toma posesión de él para Dios, concede, al mismo tiempo, el derecho de *interacción*.

Así sucedió con los sacerdotes de Israel. En el registro de su consagración leemos: “Entonces Moisés hizo acercarse a los hijos de Aarón, y puso de la sangre sobre el lóbulo de la oreja derecha de ellos y sobre los pulgares de sus manos derechas” (Levítico 7:24).

Los que pertenecen a Dios pueden, y de hecho DEBEN, vivir en proximidad a Él; le pertenecen. Esto se ilustra en el caso de nuestro Señor, nuestro Gran Sumo Sacerdote,

quien “por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo”. Lo mismo sucede con cada creyente, según la Palabra: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, *acerquémonos*, purificados los corazones de mala conciencia” (Hebreos 10:19, 22). La palabra “entrar”, como se usa en este versículo, es la palabra peculiar que se usa para referirse al acercamiento del sacerdote a Dios. De la misma manera, en el libro de Apocalipsis, se declara que nuestro derecho a acercarnos como sacerdotes es por el poder de la sangre. Fuimos “redimidos de nuestros pecados por su propia sangre” quien “nos hizo reyes y sacerdotes para Dios... a él sea la gloria por los siglos” (Apocalipsis 5:9, 10). “Éstos son los que han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero; por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo” (Ap. 7:14).

Una de las bendiciones más gloriosas que el poder de la sangre nos ha hecho posibles es la de acercarnos al trono, a la presencia misma de Dios. Para que podamos entender lo que significa esta bendición, consideremos lo que contiene. Incluye:

- I. El derecho a morar en la presencia de Dios;**
- II. La vocación de ofrecer sacrificios espirituales a Dios;**
- III. El poder de procurar bendiciones para los demás.**

I. El derecho a morar en la presencia de Dios

Aunque este privilegio pertenecía exclusivamente a los sacerdotes de Israel, sabemos que tenían libre acceso a la morada de Dios. Tenían que permanecer allí continuamente. Como miembros de la familia de Dios, comían el pan de la proposición y participaban de los sacrificios. Un verdadero israelita pensaba que no había privilegio más alto que éste. Así lo expresa el salmista: “Bienaventurado el hombre a quien tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios. Seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo” (Salmo 65:4).

Fue por la presencia manifiesta de Dios allí que los creyentes, en aquellos días antiguos, anhelaban con tanto fervor la casa de Dios. El clamor era: “¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?” (Salmos 42:2). Entendían algo del significado espiritual del privilegio de “acercarse a Dios”. Representaba para ellos el disfrute de su amor, su comunión, su protección y su bendición. Podían exclamar: “¡Oh, cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen; los esconderás en lo secreto de tu presencia!” (Salmos 31:19, 20).

La preciosa sangre de Cristo ha abierto el camino para que el creyente entre en la presencia de Dios, y *la relación* con Él es una realidad espiritual profunda. El que conoce el pleno poder de la sangre se acerca tanto a Él que siempre puede vivir en la presencia inmediata de Dios y en el goce de las bendiciones inefables que la acompañan. Allí, el hijo de Dios tiene la seguridad del amor de Dios; lo experimenta y lo disfruta. Dios mismo lo imparte. Vive diariamente en la amistad y comunión de Dios. Como hijo de Dios, da a conocer al Padre, con perfecta libertad, sus pensamientos y deseos. En esta *relación* con Dios posee todo lo que necesita; no desea nada bueno. Su alma se mantiene en perfecto descanso y paz, porque Dios está con él. Recibe toda la dirección y enseñanza necesarias. El ojo de Dios está siempre sobre él, guiándolo. En la relación con Dios, es capaz de oír los susurros más suaves del Espíritu Santo. Aprende a comprender la más leve señal de la voluntad de su Padre y a seguirla. Su fuerza aumenta continuamente, porque Dios es su fuerza y Dios está siempre con él.

La comunión con Dios ejerce una influencia maravillosa en su vida y carácter. La presencia de Dios lo llena de humildad, temor y santa circunspección. Vive como en presencia de un rey. La comunión con Dios produce en él disposiciones semejantes a las de Dios. Al contemplar la imagen de Dios, se transforma en la misma imagen. Morar con el Santo lo hace santo. Puede decir: “Bueno es para mí acercarme a Dios” (Salmo 62:28).

Oh vosotros, hijos de la Nueva Alianza, ¿no tenéis mil veces más razón para hablar así, ahora que el velo ha sido rasgado y se ha abierto el camino para vivir siempre en la santa presencia de Dios? Que este alto privilegio despierte nuestros deseos. Trato

con Dios; comunión con Dios; morar con Dios; y Él con nosotros: que nos sea imposible estar satisfechos con algo menos. Ésta es la verdadera vida cristiana.

Pero *la relación* con Dios no sólo es tan bendita por causa de la salvación que en ella se disfruta, sino también por causa del servicio que puede prestarse gracias a esa *relación* .

Consideremos pues:

II. La vocación de ofrecer sacrificios espirituales a Dios

Nuestra vocación de ofrecer a Dios sacrificios espirituales es un privilegio más.

El gozo de los sacerdotes al acercarse a Dios en su morada estaba subordinado por completo a algo superior. Estaban allí como siervos del Lugar Santo, para llevar a Dios, en su casa, lo que le pertenecía. Sólo cuando hallaban gozo al acercarse a Dios, ese servicio podía llegar a ser verdaderamente bendecido.

El servicio consistía en: traer la sangre rociada; preparar el incienso para llenar la casa con su fragancia; y, además, ordenar todo lo que pertenecía, según la palabra de Dios, al arreglo de Su casa.

Deben guardar, servir y proveer a la morada del Altísimo, para que sea digna de Él y de Su gloria, y para que Su buen placer en ella se cumpla.

Si la sangre de Jesús nos acerca, es también, principalmente, para que vivamos delante de Dios como sus siervos, y le llevemos los sacrificios espirituales que son agradables a sus ojos.

Los sacerdotes llevaban la sangre al Lugar Santísimo delante de Dios. En nuestra relación con Dios no hay ofrenda que podamos presentarle más agradable que la de honrar con fe la sangre del Cordero. Todo acto de humilde confianza o de sincera gratitud en el que dirigimos la atención del Padre hacia la sangre y pronunciamos sus alabanzas, es aceptable a Él.

Toda nuestra permanencia allí y nuestras *relaciones* de hora en hora deben ser una glorificación de la sangre delante de Dios.

Los sacerdotes llevaban el incienso al Lugar Santo, para llenar de fragancia la casa de Dios. Las oraciones del pueblo de Dios son el delicioso incienso, con el que Él desea estar rodeado en su morada. El valor de la oración no consiste meramente en que sea el medio para obtener las cosas que necesitamos. ¡No! Tiene un fin más elevado que ése. Es un ministerio de Dios, en el que Él se deleita.

La vida del creyente que verdaderamente disfruta de acercarse a Dios por la sangre, es una vida de oración incesante. En un profundo sentido de dependencia, para cada momento, para cada paso, se busca y se espera la gracia. En la bendita convicción de la cercanía de Dios y de su bondad inmutable, el alma se derrama en la confiada seguridad de la fe de que toda promesa se cumplirá. En medio del gozo que otorga la luz del rostro de Dios, surgen al mismo tiempo, junto con la oración, la acción de gracias y la adoración.

Éstas son las ofrendas espirituales, las ofrendas de los labios de los sacerdotes de Dios, presentadas continuamente a Él, habiendo sido *santificados y acercados por la Sangre* , para que pudieran vivir y caminar siempre en Su presencia.

Pero hay algo más. Era deber de los sacerdotes ocuparse de todo lo que fuera necesario para la limpieza o provisión de la casa. ¿Cuál es el ministerio ahora, bajo el Nuevo Pacto? Gracias a Dios, no hay arreglos externos ni exclusivos para el culto divino. ¡No! El Padre ha ordenado que todo lo que haga cualquiera que esté caminando en Su presencia, sólo por eso, se convierte en una ofrenda espiritual. Todo lo que el creyente hace, con tal que lo haga como en la presencia de Dios, e inspirado por la disposición sacerdotal que lo ofrece a Dios como un servicio, es un sacrificio sacerdotal, agradable a Dios. “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31). “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Col. 3:17). De esta manera, todas nuestras acciones se convierten en ofrendas de agradecimiento a Dios.

¡Cuán poco reconocen los cristianos la gloria de una vida de completa consagración, transcurrida siempre en trato con Dios!

Purificado , santificado y acercado por el poder de la sangre, mi vocación terrena, mi vida entera, hasta mi comer y beber, son un servicio espiritual. Mi trabajo, mi negocio, mi dinero, mi casa, todo lo que tengo que hacer, se santifica por la presencia de Dios, porque yo mismo camino en Su presencia. El trabajo terrenal más pobre es un servicio sacerdotal, porque lo realiza un sacerdote del templo de Dios.

Pero ni siquiera esto agota la gloria de la bendición de *la relación sexual* . La bendición más alta del sacerdocio es que el sacerdote aparece como *representante de los demás ante Dios* .

III. El poder de procurar bendición para los demás es lo que da a la cercanía a Dios su gloria plena

En Israel los sacerdotes eran los mediadores entre Dios y el pueblo. Llevaban a la presencia de Dios los pecados y las necesidades del pueblo: obtenían de Dios el poder de declarar el perdón de los pecados y el derecho de bendecir al pueblo.

Este privilegio pertenece ahora a todos los creyentes, como la familia sacerdotal del Nuevo Pacto. Cuando Dios permitió que sus redimidos se acercaran a Él por medio de la sangre, fue para bendecirlos, a fin de que pudieran llegar a ser una bendición para otros. La mediación sacerdotal; un corazón sacerdotal que puede tener la simpatía necesaria con aquellos que son débiles; un poder sacerdotal para obtener la bendición de Dios en el templo y comunicarla a otros; en estas cosas, *la relación*, el acercamiento a Dios por medio de la sangre, manifiesta su más alto poder y gloria.

Podemos ejercer nuestra dignidad sacerdotal de una doble manera:

(a) *Por intercesión*.

El ministerio de intercesión es uno de los mayores privilegios del hijo de Dios. No significa que en este ministerio, habiendo comprobado que hay una necesidad en el mundo o en alguna persona en particular, expresemos nuestros deseos en oración a Dios, pidiendo que nos dé lo necesario. Eso es bueno, hasta cierto punto, y trae consigo una bendición. Pero el ministerio peculiar de intercesión es algo más maravilloso que eso, y encuentra su poder en “la oración de fe”. Esta “oración de fe” es algo diferente de expresar nuestros deseos a Dios y dejarlos en sus manos.

En la verdadera “oración de fe”, el intercesor debe pasar tiempo con Dios para apropiarse de las promesas de su Palabra, y debe permitir que el Espíritu Santo le enseñe si las promesas pueden aplicarse a este caso particular. Toma sobre sí, como una carga, el pecado y la necesidad que son el tema de la oración, y se aferra firmemente a la promesa concerniente a ellos, como si fuera para sí mismo. Permanece en la presencia de Dios, hasta que Dios, por su Espíritu, despierta la fe de que en este asunto la oración ha sido escuchada. De esta manera, los padres a veces oran por sus hijos; los ministros por sus congregaciones; los obreros en la viña de Dios por las almas encomendadas a ellos; hasta que saben que su oración es escuchada. Es la sangre, por su poder de acercarnos a Dios, la que otorga tan maravillosa libertad para orar hasta obtener la respuesta. ¡Oh! Si entendiéramos más perfectamente lo que realmente significa morar en la presencia de Dios, manifestaríamos más poder en el ejercicio de nuestro santo sacerdocio.

(b) *Instrumentalmente*.

Otra manifestación de nuestra mediación sacerdotal es que no sólo obtenemos alguna bendición para otros por medio de *la intercesión*, sino que nos convertimos en los *instrumentos* por los cuales se ministra. Todo creyente es llamado, y se siente obligado por el amor, a trabajar en favor de otros. Él sabe que Dios lo ha bendecido para que pueda ser una bendición para otros; y sin embargo, la queja es general de que los creyentes no tienen poder para esta obra de traer bendición a otros. No están, dicen, en condiciones de ejercer una influencia sobre otros por medio de sus palabras. Esto no es de extrañar, si no moran en el santuario. Leemos que “El Señor apartó a la tribu de Leví para que estuvieran delante del Señor y bendijeran en su nombre” (Deuteronomio 10:8). El poder sacerdotal de bendecir depende de la vida sacerdotal en la presencia de Dios. El que experimenta allí el poder de la sangre para preservarlo, al indefenso, tendrá el valor de creer que la sangre realmente puede liberar a otros. El poder vivificante de la sangre creará en él la misma disposición que Jesús derramó: el sacrificio de sí mismo para redimir a otros. En la relación con Dios, nuestro amor se encenderá; por el amor de Dios, nuestra creencia de que Dios seguramente hará uso de nosotros se fortalecerá; el espíritu de Jesús tomará posesión de nosotros, para permitirnos trabajar en humildad, sabiduría y poder; y nuestra debilidad y pobreza se convertirán en los vasos en los que el poder de Dios puede trabajar. De nuestra palabra y ejemplo fluirá la bendición, porque moramos con Él, que es pura bendición, y Él no permitirá que nadie esté cerca de Él sin estar también lleno de Su bendición. Amados, ¿no es la vida preparada para nosotros una vida gloriosa y bendita? El disfrute de la bienaventuranza: estar cerca de Dios; llevar a cabo los ministerios de Su casa; impartir Su bendición a otros: Que nadie piense que la bendición completa no es para él, que una vida así es demasiado alta para él. *En el poder de la Sangre de Jesús* tenemos la seguridad de que este “*acercamiento*” es también para nosotros, si tan sólo nos entregamos por completo a él. Para quienes verdaderamente desean esta bendición doy el siguiente consejo:

i. Recuerda que esto, y nada menos, está diseñado para ti. Todos los que somos hijos de Dios hemos sido acercados por la sangre. Todos podemos desear la experiencia completa de ella. Mantengamos firme esta sola cosa: la vida en *relación* con Dios es para el centeno. El Padre no desea que ninguno de sus hijos se aleje de nosotros: no podemos agradar a nuestro Dios como deberíamos si vivimos sin esta bendición. Somos sacerdotes, la gracia para vivir como sacerdotes está preparada para nosotros; la entrada libre al santuario como nuestro lugar de residencia es para nosotros; podemos estar seguros de esto: Dios nos otorga su santa presencia para morar en nosotros, como nuestro derecho, como sus hijos. Aferrémonos firmemente a esto.

ii. Procura hacer tuyo el pleno poder de la sangre en todos sus benditos efectos. *Es en el poder de la Sangre que la relación es posible*. Deja que tu corazón se llene de fe en el poder de la sangre de *la reconciliación*. El pecado ha sido tan completamente expiado y borrado, que su poder para mantenerte alejado de Dios ha sido completamente, y para siempre, quitado. Vive en la gozosa profesión de que el pecado es impotente para separarte un momento de Dios. Crea que por la sangre has

sido plenamente justificado, y por lo tanto tienes un derecho justo a un lugar en el santuario. Deja que la sangre también te limpie. Espera de la comunión que sigue, la liberación interior de la contaminación del pecado que todavía mora en ti. Di con las Escrituras: “¿Cuánto más la sangre de Cristo limpiará *vuestras* conciencias para que sirváis al Dios vivo?” Deja que la sangre te santifique, te separe para Dios, en consagración indivisa, para ser lleno por Él. Dejad que el poder *perdonador* , *purificador* y *santificador* de la sangre actúe libremente en vosotros. Descubriréis cómo esto os acerca, por así decirlo, automáticamente a Dios y os protege.

iii. No temas esperar que *Jesús mismo* revele en ti el poder de la sangre para acercarte a Dios.

La sangre fue derramada para unirnos a Dios.

La sangre ha cumplido su obra y la perfeccionará en ti.

La sangre tiene una virtud y una gloria inefables a los ojos de Dios.

El Propiciatorio rociado con sangre es el lugar elegido de la morada de Dios y

es su trono de gracia. Se acerca con alegría y beneplácito al corazón que se entrega por entero a la eficacia de la sangre.

La sangre tiene un poder irresistible. Por medio de ella, Jesús fue levantado de la tumba y llevado al cielo. Tened la seguridad de que la sangre puede preservaros cada día en la presencia de Dios por su divino poder vivificante. Tan preciosa y poderosa como es la sangre, tan segura y cierta es también vuestra permanencia con Dios, si tan sólo vuestra confianza es firme. “Lavados y emblanquecidos en la sangre del Cordero, por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo”. Esa palabra acerca de la gloria eterna tiene una relación también con nuestra vida en la tierra. Cuanto más plena sea nuestra fe y nuestra experiencia del poder de la sangre, más estrecha será la *relación* y más segura será la permanencia cerca del trono; más amplia será la entrada al ministerio ininterrumpido de Dios en su santuario; y aquí en la tierra, cuanto mayor sea el poder para servir al Dios viviente, más rica será la bendición sacerdotal que esparciréis a vuestro alrededor. ¡Oh Señor! ¡Que esta palabra tenga todo su poder sobre nosotros ahora, aquí y en el más allá!

Habitar en el “Lugar Santísimo” a través de la Sangre

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que nos fue abierto a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.” —Hebreos 10:19-22.

En estas palabras tenemos un resumen del contenido principal de esta Epístola, y de la “Buena Nueva” acerca de la gracia de Dios, tal como el Espíritu Santo hizo que fuera presentada a los hebreos, y también a nosotros.

Por el pecado, el hombre fue expulsado del Paraíso, alejado de la presencia y la comunión con Dios. Dios, en su misericordia, buscó, desde el principio, restaurar la comunión rota.

Con este fin, dio a Israel, mediante los tipos sombríos del Tabernáculo, la expectativa de un tiempo venidero, cuando el muro de separación sería removido, para que Su pueblo pudiera morar en Su presencia. “¿Cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?” era el suspiro anhelante de los santos del Antiguo Pacto.

Es también el suspiro de muchos de los hijos de Dios bajo el Nuevo Pacto que no entienden que el camino al “*Lugar Santísimo*” ha sido realmente abierto, y que cada hijo de Dios puede y debe tener allí su verdadera morada.

Oh, mis hermanos y hermanas, que anheláis experimentar el pleno poder de la *redención* que Jesús ha realizado, venid conmigo a escuchar lo que nuestro Dios nos dice acerca del Lugar Santo abierto y de la libertad con la que podemos entrar a través de la sangre.

El pasaje que encabeza este capítulo nos muestra en una primera serie de cuatro palabras lo que Dios ha preparado para nosotros, como terreno seguro sobre el cual puede descansar nuestra comunión con Él. Luego, en una segunda serie de cuatro palabras que siguen, aprendemos cómo podemos estar preparados para entrar en esa comunión y vivir en ella.

Leed atentamente el texto y veréis que las palabras “*acerquémonos*” son el centro de todo. Este esquema puede resultar de ayuda.

I. Lo que Dios tiene preparado para nosotros

- i. “El Lugar Santísimo”—es decir El Santuario: el Lugar Santo.
- ii. La Sangre de Jesús.

iii. Un camino nuevo y vivo.

iv. Un gran sacerdote.

II. Cómo nos prepara Dios para lo que Él tiene preparado para nosotros

i. Un corazón verdadero

ii. Plena certeza de fe.

iii. Corazones purificados de mala conciencia.

iv. Cuerpos lavados con agua pura.

Leamos ahora el texto teniendo presente este bosquejo: “Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en *el Lugar Santísimo* por *la sangre de Jesucristo* , por *el camino nuevo y vivo* que él nos abrió a través del velo, es decir, de su carne, y teniendo *un gran sacerdote* sobre la casa de Dios.

“ *Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe* , limpiados los corazones *de mala conciencia* , y *lavados* los cuerpos con agua pura .”

I. Lo que Dios tiene preparado para nosotros

(1) “ *El Lugar Santísimo* ”. “ *Teniendo, pues, libertad para entrar en el Lugar Santísimo, acerquémonos* ”. Llevarnos al “Lugar Santísimo” es el fin de la obra redentora de Jesús, y el que no sabe qué es el “Lugar Santísimo”, no puede disfrutar del pleno beneficio de la Redención.

¿Qué es este “Lugar Santísimo”? Es simplemente el lugar donde Dios mora: “El Lugar Santísimo”, la morada del Altísimo. Esto no se refiere solamente al cielo, sino al lugar “Santísimo” espiritual de la presencia de Dios.

Bajo el Antiguo Pacto había un Santuario material (Hebreos 9:1 y 8:2), la morada de Dios, en la que los sacerdotes moraban en la presencia de Dios y le servían. Bajo el Nuevo Pacto existe el verdadero Tabernáculo espiritual, que no está confinado en ningún lugar: “El Lugar Santísimo” es donde Dios se revela a Sí mismo (Juan 4:23-25).

¡Qué glorioso privilegio es entrar en el Lugar Santísimo y morar allí; andar todo el día en la presencia de Dios! ¡Qué rica bendición se derrama allí! En el Lugar Santísimo se disfruta del favor y la comunión de Dios; se experimenta la vida y la bendición de Dios; se encuentran el poder y el gozo de Dios. La vida se pasa en el Lugar Santísimo en pureza y consagración sacerdotal; allí se quema el incienso de olor grato y se ofrecen sacrificios aceptables a Dios. Es una vida santa de oración y bienaventuranza. Bajo el Antiguo Pacto todo era material, el Santuario también era material y local; bajo el Nuevo Pacto todo es espiritual, y el verdadero Santuario debe su existencia al poder del Espíritu Santo. Por medio del Espíritu Santo es posible una vida real en el Lugar Santísimo, y el conocimiento de que Dios anda allí puede ser tan cierto como en el caso de los sacerdotes de la antigüedad. El Espíritu hace real en nuestra experiencia la obra que Jesús ha realizado.

Creyente en Jesucristo, ¿tienes libertad para entrar y morar en el “Lugar Santísimo”? Como alguien que ha redimido, es apropiado que hagas tu hogar allí, y no en otro lugar; porque Cristo no puede, en otro lugar, revelar el pleno poder de Su redención. Pero allí, ¡oh! allí, Él puede bendecirte ricamente. ¡Oh! Entiéndelo entonces, y que el objetivo de Dios y de nuestro Señor Jesús sea también el tuyo. Que sea el deseo de nuestros corazones entrar en el “Lugar Santísimo”, vivir en el “Lugar Santísimo”, ministrar en el “Lugar Santísimo”. Podemos esperar confiadamente que el Espíritu Santo nos dé una concepción de la gloria de entrar en una morada en el “Lugar Santísimo”.

(2) *Libertad a través de la sangre* .

La entrada al Lugar Santísimo, como el Lugar Santísimo mismo, pertenece a Dios. Dios mismo lo pensó y lo preparó; tenemos la libertad, la autonomía, el derecho de entrar por la Sangre de Jesús. La Sangre de Jesús ejerce un poder tan maravilloso que, por medio de ella, un hijo de perdición puede obtener plena libertad para entrar en el Santuario divino, el Lugar Santísimo. “Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos a la sangre de Cristo” (Efesios 2:13).

¿Y cómo es que la Sangre ejerce este maravilloso poder?

La Escritura dice que “la vida está en la sangre” (Levítico 17:11). El poder de la Sangre está en el valor de la vida. En la Sangre de Jesús habitaba y obraba el poder de lo divino; la Sangre ya tiene en sí un poder omnipotente e incesante.

Pero ese poder no podía ejercerse para *la reconciliación* hasta que primero fuera derramado. Al soportar el castigo del pecado, hasta la muerte, el Señor Jesús conquistó el poder del pecado y lo redujo a la nada. “El poder del pecado es la ley”, al cumplir perfectamente la ley, cuando derramó Su Sangre bajo su maldición, Su Sangre ha hecho que el pecado sea completamente impotente. Así que la Sangre tiene su maravilloso poder, no sólo porque la vida del Hijo de Dios estaba en ella, sino porque fue dada como expiación por el pecado. Esta es la razón por la que las Escrituras hablan tan bien de la Sangre. Mediante la sangre del pacto eterno, Dios ha resucitado de entre los muertos a nuestro Señor Jesucristo (Hebreos 13:20).

Por su propia sangre entró en el “Lugar Santísimo” (Heb. 9, 12). El poder de la Sangre destruyó por completo el poder del pecado, de la muerte, del sepulcro y del infierno, para que nuestro Fiador pudiera salir. El poder de la Sangre abrió el cielo para que nuestro Fiador pudiera entrar libremente.

Y ahora también tenemos libertad para entrar por medio de la Sangre. El pecado nos quitó la libertad de acercarnos a Dios, pero la Sangre nos la devuelve perfectamente. Aquel que se tome el tiempo de meditar en el poder de esa Sangre, apropiándose de ella con fe, obtendrá una visión maravillosa de la libertad y la franqueza con que ahora podemos tener relaciones con Dios.

¡Oh, el poder divino y maravilloso de la Sangre! Por ella entramos en el “Lugar Santísimo”. La Sangre intercede por nosotros y en nosotros con un efecto eterno e incesante. Elimina el pecado de la vista de Dios y de nuestra conciencia. En cada momento tenemos libre y plena entrada y podemos tener relaciones con Dios por medio de la Sangre.

¡Oh, que el Espíritu Santo nos revele todo el poder de la Sangre! Bajo su enseñanza, ¡qué entrada tan plena disfrutamos a la comunión íntima con el Padre! Nuestra vida está en el “Lugar Santísimo” por medio de la Sangre.

(3) Una forma nueva y viva ,

“Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, *es decir*, de su carne”, la sangre nos otorga el derecho de entrada. El camino, como camino vivo y vivificante, otorga el poder. Que Él haya consagrado este camino por medio de su carne no significa que sea simplemente una repetición, en otras palabras, del mismo pensamiento que “por medio de su sangre”. De ninguna manera.

Jesús derramó su sangre por nosotros: en ese aspecto particular no podemos seguirlo. Pero el camino por el que Él anduvo cuando derramó su sangre, el desgarrar del velo de su carne, en ese camino debemos seguirlo. Lo que Él hizo al abrir ese camino es un poder viviente que nos atrae y nos lleva cuando entramos en el “Lugar Santísimo”. La lección que tenemos que aprender aquí es ésta: el camino hacia el “Lugar Santísimo” es a través del *velo desgarrado de la carne*.

Así fue con Jesús. El velo que separaba a Dios de nosotros era la carne. El pecado tiene su poder en la carne, y sólo al quitar el pecado, el velo puede ser quitado. Cuando Jesús vino en la carne, sólo podía rasgar el velo muriendo; y así, para anular el poder de la carne y del pecado, “ofreció la carne y la entregó a la muerte”. Esto es lo que le dio al derramamiento de Su sangre su valor y poder.

Y ésta sigue siendo ahora la ley para todo aquel que desee entrar en el “Lugar Santísimo” a través de Su Sangre: debe hacerlo a través del velo rasgado de la carne. La Sangre exige, la Sangre lleva a cabo, el rasgado de la carne. Donde la Sangre de Jesús obra poderosamente, siempre sigue, la muerte de la carne. Quien desea perdonar la carne no puede entrar en el “Lugar Santísimo”. La carne debe ser sacrificada, entregada a la muerte. En la medida en que el creyente percibe la pecaminosidad de su carne y hace morir todo lo que está en la carne, entenderá mejor el poder de la Sangre. El creyente hace esto, no con su propia fuerza, sino por un camino vivo que Jesús ha consagrado; el poder vivificante de Jesús obra de esta “manera”. El cristiano está crucificado y muerto con Jesús, “los que son de Cristo han crucificado la carne”. Es en comunión con Cristo que entramos a través del velo.

¡Oh camino glorioso, “el camino nuevo y vivo”, lleno de poder vivificante, “que Cristo nos abrió”! Por este camino tenemos la libertad de entrar en el “Lugar Santísimo” por la Sangre de Jesús. Que el Señor Dios nos conduzca por este “camino”, a través del velo rasgado, a través de la muerte de la carne, hasta la vida plena del Espíritu, y entonces encontraremos nuestra morada dentro del velo, en el “Lugar Santísimo” con Dios. Cada sacrificio de la carne nos conduce, a través de la Sangre, más adentro del “Lugar Santísimo”.

(NOTA.—Compárese además, con cuidado, 1 Pedro iii. 18, “Cristo fue condenado a muerte en la carne”; iv. 1, “Cristo padeció por nosotros en la carne, pero viviendo en Espíritu”; iv. 6, “Condenó al pecado en la carne.”)

(4) El gran sacerdote . “Y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos”. Alabado sea Dios, no sólo tenemos la obra, sino la persona viva de Cristo, al entrar en el “Lugar Santísimo”; no sólo la Sangre y el camino vivo, sino Jesús mismo, como “Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios”.

Los sacerdotes que entraban al Santuario terrenal podían hacerlo solamente debido a su relación con el Sumo Sacerdote; sólo los hijos de Aarón eran sacerdotes. Nosotros tenemos una entrada al “Lugar Santísimo” debido a nuestra relación con el Señor Jesús. Él le dijo al Padre: “Heme aquí, yo y los hijos que me diste”.

Él es el gran sacerdote . La Epístola a los Hebreos nos ha mostrado que Él es el verdadero Melquisedec, el Hijo eterno, que tiene un sacerdocio eterno e inmutable, y como Sacerdote está sentado en el Trono vive allí para orar siempre, por lo tanto también es capaz de “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios”. Un Sacerdote grande y todopoderoso.

Sumo sacerdote sobre la casa de Dios , designado para todo el ministerio del Lugar Santísimo, de la Casa de Dios. Todo el pueblo de Dios está bajo su cuidado. Si deseamos entrar en el Lugar Santísimo, Él está allí para recibirnos y presentarnos al Padre. Él mismo completará en nosotros la aspersion de la Sangre. Por la Sangre que Él ha entrado, por la Sangre que Él nos hace entrar también. Él nos enseñará todos los deberes del Lugar Santísimo y de nuestra relación allí. Él hace aceptables nuestras oraciones, nuestras ofrendas y los deberes de nuestro ministerio, por débiles que sean. Más aún, Él nos concede luz celestial y poder celestial para nuestro trabajo y vida en el Lugar Santísimo. Es Él quien imparte la vida y el Espíritu del Lugar Santísimo. Así como Su Sangre consiguió una entrada, Su sacrificio de Su carne es el camino vivo. Cuando entramos, es Él por quien permanecemos allí y somos capaces siempre de andar bien, agradando a Dios. Como Sumo Sacerdote compasivo, Él sabe cómo inclinarse ante cada uno, incluso ante los más débiles. Sí, eso es lo que hace que la relación con Dios en el “Lugar Santísimo” sea tan atractiva: encontramos a Jesús allí, como “Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios”.

Y precisamente cuando nos parece que el Lugar Santísimo es demasiado alto o demasiado santo para nosotros, y que no podemos entender qué es el poder de la Sangre y cómo debemos andar por el “camino nuevo y vivo”, en ese momento podemos mirar al Salvador viviente mismo para que nos enseñe y nos traiga al “Lugar Santísimo”. Él es el Sacerdote de la Casa de Dios. Sólo tienes que aferrarte a Él y estarás en el “Lugar Santísimo”.

“ *Acerquémonos* ”, ya que tenemos el “Lugar Santísimo” donde Dios nos espera; y la Sangre que nos da la libertad; y el camino vivo que nos lleva, y el Sumo Sacerdote para ayudarnos. “Acerquémonos”, ¡sí! “Acerquémonos”. Que nada nos impida hacer uso de estas maravillosas bendiciones que Dios ha diseñado para nosotros. Es en el “Lugar Santísimo” donde debemos entrar; nuestro derecho ha sido obtenido para nosotros por la Sangre de Jesús; por sus propias pisadas ha consagrado el camino. Él vive en su sacerdocio eterno para recibirnos en el “Lugar Santísimo”, para santificarnos, para preservarnos, para bendecirnos. ¡Oh! No dudemos más ni retrocedamos. Sacrifiquemos todo por esta única cosa, en vista de lo que Dios ha preparado para nosotros: “Acerquémonos”, por la mano de Jesús, para presentarnos ante nuestro Padre, y encontrar nuestra vida a la luz de su rostro.

¿Y deseamos saber cómo podemos estar ahora preparados para entrar? Nuestro texto nos da una gloriosa respuesta a esta pregunta.

II. Cómo estamos preparados.

Acerquémonos.

(i) *Con un corazón verdadero*

Esta es la primera de las cuatro exigencias que se le hacen al creyente que desea “acercarse”. Está unida a la segunda exigencia, “ *la plena certidumbre de la fe* ”, y es principalmente en su unión con la segunda que entendemos correctamente lo que significa “un corazón sincero”.

La predicación del Evangelio comienza siempre con el arrepentimiento y la fe. El hombre no puede recibir la gracia de Dios por la fe, si al mismo tiempo no abandona el pecado. En el progreso de la vida de fe esta ley es siempre vinculante. La plena seguridad de la fe no puede alcanzarse sin “un corazón sincero” —un corazón que sea totalmente honesto con Dios, que esté entregado por completo a Él. No se puede entrar en el “Lugar Santísimo” sin “un corazón sincero”, un corazón que esté verdaderamente deseoso de buscar lo que profesa buscar.

Acerquémonos con un corazón sincero. Un corazón que sólo desea abandonar todo para habitar en el “Lugar Santísimo”; abandonar todo para poseer a Dios. Un corazón que verdaderamente abandona todo para entregarse a la autoridad y al poder de la Sangre. Un corazón que verdaderamente elige “el camino nuevo y vivo” para atravesar el velo con Cristo, mediante el desgarramiento de la carne. Un corazón que se entrega verdadera y totalmente a la inhabitación y al señorío de Jesús.

“Acerquémonos con corazón sincero”. Sin corazón sincero no hay entrada al “Lugar Santísimo”.

Pero ¿quién tiene un corazón verdadero? El corazón nuevo que Dios nos ha dado es un corazón verdadero. Reconozcámoslo. Por el poder del Espíritu de Dios, que mora en ese corazón nuevo, colóquese, mediante un ejercicio de su voluntad, del lado de Dios contra el pecado que todavía está en su carne. Dígale al Señor Jesús, el Sumo Sacerdote, que se someta y arroje ante Él todo pecado y toda su vida personal, abandonando todo para seguirlo a Él.

Y en cuanto a las profundidades ocultas del pecado en tu carne, de las cuales aún no eres consciente, y la malicia de tu corazón, también se ha hecho provisión para ellas. “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón”. Sométete continuamente a la luz escrutadora del Espíritu. Él descubrirá lo que está oculto para ti. El que hace esto tiene un corazón sincero para entrar en el “Lugar Santísimo”.

No tengamos miedo de decir a Dios que nos acercamos con un corazón sincero. Tengamos la seguridad de que Dios no nos juzgará según la perfección de lo que hagamos, sino según la honestidad con que nos rindamos a un lado de todo pecado conocido, y con

que aceptemos la convicción por el Espíritu Santo de todo nuestro pecado oculto. Un corazón que hace esto honestamente es, a los ojos de Dios, un corazón verdadero. Y con un corazón verdadero se llega al Lugar Santísimo por medio de la Sangre. ¡Alabado sea Dios! Por medio de su Espíritu tenemos un corazón verdadero.

(2) *En plena certidumbre de fe .*

Sabemos qué lugar ocupa la fe en el trato de Dios con el hombre. “Sin fe es imposible agradar a Dios”. Aquí, en la entrada al “Lugar Santísimo”, todo depende de “la plena certeza de la fe”.

Debe haber “una plena certidumbre de fe” de que existe un Lugar Santo donde podemos morar y caminar con Dios, y de que el poder de la preciosa Sangre ha conquistado el pecado tan perfectamente que nada puede impedir nuestra comunión tranquila con Dios; y de que el camino que Jesús ha santificado por medio de Su carne es un camino vivo, que lleva a quienes lo pisan con eterno poder viviente; y de que el gran Sacerdote sobre la casa de Dios puede salvar por completo a quienes se acercan a Dios por medio de Él; de que Él por Su Espíritu obra en nosotros todo lo que es necesario para la vida en “el Lugar Santísimo”. Debemos creer estas cosas y aferrarnos a ellas en “la plena certidumbre de fe”.

Pero, ¿cómo puedo llegar allí? ¿Cómo puede mi fe crecer hasta esta plena seguridad? Por medio de la comunión con “Jesús, el consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Como el gran Sacerdote sobre la casa de Dios, Él nos capacita para apropiarnos de la fe. Al considerarlo a Él, su maravilloso amor, su obra perfecta, su preciosa y todopoderosa Sangre, la fe se sostiene y se fortalece. Dios lo ha dado para despertar la fe. Al mantener nuestros ojos fijos en Él, la fe y la plena seguridad de la fe llegan a ser nuestras.

Al manejar la Palabra de Dios, recuerde que su fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios. La fe viene por la Palabra y crece por la Palabra, pero no la Palabra como letra, sino como la voz de Jesús; sólo “las palabras que yo os hablo” son vida espiritual, sólo en Él están las promesas de Dios: “Sí y Amén”. Tómese tiempo para meditar en la Palabra y atesórela en su corazón, pero siempre con el corazón puesto en Jesús mismo. Es la fe en Jesús lo que salva. La Palabra que se lleva a Jesús en oración y se habla con Él, es la Palabra que es eficaz.

Recuerda que “a quien tiene, se le dará”. Usa la fe que tienes; ejércitala; declárala; y deja que tu confianza en Dios se convierta en la ocupación principal de tu vida. Dios desea tener hijos que crean en Él; Él desea nada más que la fe. Acostúmbrate a decir en cada oración: “Señor, creo que obtendré esto”. Al leer cada promesa de las Escrituras, di: “Señor, creo que cumplirás esto en mí”. Durante todo el día, haz que sea tu santo hábito en todo —sí, en todo— ejercer confianza en la guía de Dios y en Su bendición.

Para entrar en el Lugar Santísimo es necesaria la “plena certidumbre de fe”. “Acerquémonos con plena certidumbre de fe”. La redención por medio de la Sangre es tan perfecta y poderosa; el amor y la gracia de Jesús son tan desbordantes; la bendición de

morar en el Lugar Santísimo es tan segura para nosotros y está a nuestro alcance: “Acerquémonos con plena certidumbre de fe”.

(3) El corazón limpio . Acerquémonos, teniendo “ *nuestro corazón limpio de mala conciencia* ”. El corazón es el centro de la vida humana, y la conciencia es el centro de la

El hombre se da cuenta de su relación con Dios por medio de su conciencia, y una mala conciencia le dice que no todo está bien entre Dios y él; no sólo que comete pecado, sino que es pecador y está alejado de Dios. Una buena conciencia o conciencia limpia da testimonio de que agrada a Dios (Hebreos 11:5). Da testimonio no sólo de que sus pecados están perdonados, sino de que su corazón es sincero ante Dios. El que desea entrar en el “Lugar Santísimo” debe tener su corazón limpio de mala conciencia. Las palabras se traducen como “nuestros corazones purificados de una mala conciencia”. Es la aspersion de la Sangre lo que sirve. La Sangre de Cristo purificará su conciencia para servir al Dios vivo.

Ya hemos visto que la entrada al “Lugar Santísimo” se hace por la Sangre, por la cual Jesús entró al Padre. Pero eso no es suficiente. Hay una doble aspersion: los sacerdotes que se acercaban a Dios no sólo eran reconciliados por la aspersion de la Sangre delante de Dios sobre el altar, sino que sus mismas personas debían ser rociadas con la Sangre. La Sangre de Jesús debe ser puesta por el Espíritu Santo en contacto directo con nuestros corazones de tal manera que éstos sean limpiados de una mala conciencia. La Sangre elimina toda autocondenación. Limpia la conciencia. La conciencia entonces da testimonio de que la eliminación de la culpa ha sido tan perfectamente completada, que ya no hay la más mínima separación entre Dios y nosotros. La conciencia da testimonio de que somos agradables a Dios; de que nuestro corazón está limpio; de que por medio de la aspersion de la Sangre estamos en verdadera comunión viviente con Dios. Sí, la Sangre de Jesucristo limpia de todo pecado, no sólo de la culpa sino también de la mancha del pecado.

Por el poder de la Sangre, nuestra naturaleza caída no puede ejercer su poder, así como una fuente con su suave rocío limpia la hierba, que de otro modo estaría cubierta de polvo, y la mantiene fresca y verde, así también la Sangre trabaja con un efecto incesante para mantener limpia el alma. Un corazón que vive bajo el pleno poder de la Sangre es un corazón limpio, purificado de una conciencia culpable, preparado para “acercarse” con perfecta libertad. Todo el calor, todo el ser interior, es purificado por una operación divina.

“Acerquémonos, purificados los corazones de mala conciencia”. Creamos, “en plena certidumbre de fe”, que nuestros corazones están limpios. Honremos grandemente la Sangre, confesando delante de Dios que nos limpia. El Sumo Sacerdote, por medio del Espíritu Santo, nos hará comprender el pleno significado y poder de las palabras: “tener el corazón limpio por la Sangre”; la entrada al Lugar Santo preparada por medio de la Sangre; y, además, nuestros corazones preparados por la Sangre para entrar. ¡Oh, cuán glorioso es entonces, tener el corazón limpio, entrar y permanecer en “el Lugar Santísimo”!

(4) El cuerpo lavado . Acerquémonos, lavando el cuerpo con agua clara. Pertenece a dos mundos, el visible y el invisible. Tenemos un mundo interior, oculto.

vida, que nos pone en contacto con Dios; y una vida exterior, corporal, por la que estamos en relación con el hombre. Si esta palabra se refiere al cuerpo, se refiere a toda la vida en el cuerpo con todas sus actividades.

El corazón debe ser rociado con sangre, el cuerpo debe ser lavado con agua pura. Cuando los sacerdotes eran consagrados, eran lavados con agua, así como rociados con sangre (Éxodo 29:4, 20, 21). Y si entraban en el Lugar Santo, no sólo estaba el altar con su sangre, sino también la fuente con su agua. Así también Cristo vino mediante agua y sangre (Juan 5:6). Fue bautizado con agua y luego con sangre (Lucas 12:50).

Para nosotros también hay una doble purificación: con agua y con sangre. El bautismo con agua es para arrepentimiento, para dejar de lado el pecado: "Bautízate y lava tus pecados". Mientras que la sangre limpia el corazón, el hombre interior, el bautismo es la entrega del cuerpo, con toda su vida visible, a la separación del pecado.

Así que "acerquémonos, purificados nuestros corazones de mala conciencia y lavados nuestros cuerpos con agua pura". El poder de la Sangre para limpiar interiormente no puede experimentarse a menos que también nos limpiemos a nosotros mismos de toda inmundicia de la carne. La obra divina de limpieza, mediante la aspersion de la Sangre, y la obra humana de limpieza al dejar de lado el pecado, son inseparables.

Debemos estar limpios para poder entrar en el Lugar Santísimo. Así como nunca soñarías con entrar en la presencia de un rey sin lavarte, tampoco puedes imaginar que puedas entrar en la presencia de Dios, en el Lugar Santísimo, si no estás limpio de todo pecado. En la Sangre de Cristo que limpia de todo pecado, Dios te ha otorgado el poder de limpiarte a ti mismo. Tu deseo de vivir con Dios en el Lugar Santísimo debe estar siempre unido con el más cuidadoso despojo hasta del más mínimo pecado. Los impuros no pueden entrar en el Lugar Santísimo.

Alabado sea Dios, Él desea tenernos allí. Como Sus sacerdotes debemos ministrarle allí. Él desea nuestra pureza, para que podamos disfrutar de la bendición del "Lugar Santísimo", es decir, Su santa comunión; y Él se ha encargado de que por medio de la Sangre y por el Espíritu, podamos ser limpios.

Acerquémonos, teniendo nuestro corazón limpio y el cuerpo lavado con agua pura.

"Acerquémonos."

El Lugar Santísimo está abierto incluso para aquellos en nuestras congregaciones que todavía no se han vuelto verdaderamente al Señor. Para ellos también se ha abierto el Santuario. La Preciosa Sangre, el camino vivo y el Sumo Sacerdote son para ellos también. Con gran confianza nos atrevemos a invitarlos incluso a ellos: "Acerquémonos". Oh, no despreciéis, mis amigos que todavía estáis lejos de Dios, oh, no despreciéis más la maravillosa gracia de Dios: acercaos al Padre que tan fervientemente os ha enviado esta invitación; que a costa de la Sangre de Su Hijo, ha abierto un camino para vosotros hacia "El

Lugar Santísimo”; que espera con amor recibiros de nuevo en Su morada, como Su hijo. ¡Oh! Os suplico que todos nos acerquemos. Jesucristo, el Sumo Sacerdote sobre la Casa de

Dios es un Salvador perfecto.

“Acerquémonos.”

“Acerquémonos”. La invitación se dirige especialmente a todos los creyentes. No os conforméis con permanecer en el pórtico. No basta con albergar la esperanza de que vuestros pecados son perdonados. “Acerquémonos”, entremos tras el velo, avancemos en espíritu hacia una verdadera cercanía a nuestro Dios. “Acerquémonos” y vivamos más cerca de Dios, y habitemos plenamente en su Santa Presencia. “Acerquémonos”, nuestro lugar es el Santuario más íntimo.

“Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe.” El que se entrega sincera y enteramente a Dios, experimentará por medio del Espíritu Santo “la plena certidumbre de fe” para recibir para sí, libre y alegremente, todo lo que la Palabra ha prometido. Nuestra debilidad de fe surge de la duplicidad de corazón. “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre” de que la bendición es nuestra. La Sangre ha expiado y conquistado el pecado de manera tan perfecta, que nada puede impedir que el creyente entre libremente a Dios.

“Acerquémonos, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura”. Recibamos en nuestros corazones la fe en el poder perfecto de la Sangre, y desechemos todo lo que no esté de acuerdo con la pureza del Lugar Santo. Entonces comenzamos a sentirnos cada día más a gusto en el “Lugar Santísimo”. En Cristo, que es nuestra Vida, también estamos allí. Entonces aprendemos a llevar a cabo todo nuestro trabajo en el “Lugar Santísimo”. Todo lo que hacemos es un sacrificio espiritual agradable a Dios en Jesucristo. Hermanos, “acerquémonos” porque Dios nos espera en el “Lugar Santísimo”.

“Acerquémonos.”

Ese llamado tiene una referencia especial a la oración. No es que nosotros, como sacerdotes, no estemos siempre en el “Lugar Santísimo”, sino que hay momentos de comunión más inmediata, cuando el alma se vuelve por completo a Dios para estar comprometida sólo con Él. ¡Ay!, nuestra oración es con demasiada frecuencia un llamado a Dios desde la distancia, por lo que tiene poco poder. En cada oración, veamos primero que estamos realmente en el “Lugar Santísimo”. Con corazones perfectamente purificados de una mala conciencia, apropiémonos en fe silenciosa del pleno efecto de la Sangre, por la cual el pecado como separación entre Dios y nosotros es completamente eliminado. ¡Sí! Tomemos tiempo hasta que sepamos que, ahora, estoy en el “Lugar Santísimo” por medio de la Sangre y luego oremos. Entonces, podemos poner nuestros deseos y anhelos ante nuestro Padre, con la seguridad de que son un incienso aceptable. Entonces, la oración es un verdadero “acercamiento” a Dios, un ejercicio de comunión interior con Él; entonces, tenemos valor y poder para llevar a cabo nuestra obra de intercesión sacerdotal y para orar

para que baje bendiciones sobre los demás. El que habita en el Lugar Santísimo por el poder de la Sangre es verdaderamente uno de los santos de Dios, y el poder de la Santa y Bendita presencia de Dios sale de él hacia los que están a su alrededor.

Hermanos, “acerquémonos”, oremos por nosotros mismos, por los demás, por todos. Que el “Lugar Santísimo” sea nuestra morada fija, de modo que podamos llevar con nosotros a todas partes la presencia de nuestro Dios. Que ésta sea para nosotros la fuente de vida, que crece de fuerza en fuerza, de gloria en gloria, siempre en el “ *Lugar Santísimo* ” por la *Sangre* . Amén.

La vida en la sangre

“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. 1—es decir, el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Juan 6:5-6).

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?”—1 Cor. 10:16.

El tema que se nos presenta en estas palabras es el de beber la sangre del Señor Jesús. Así como el agua tiene un doble efecto, lo mismo sucede con esta sangre santa.

Cuando se usa el agua para lavar, limpia, pero si la bebemos, nos refrescamos y revivimos. Aquel que desee conocer todo el poder de la sangre de Jesús debe ser enseñado por Él cuál es la bendición de beber la sangre. Todos saben la diferencia que hay entre lavar y beber. Es necesario y agradable usar el agua para limpiar, pero es mucho más necesario y vivificante beberla. Sin su limpieza no es posible vivir como debemos; pero sin beber no podemos vivir en absoluto. Es solo bebiendo que disfrutamos del beneficio completo de su poder para sostener la vida.

Sin beber la sangre del Hijo de Dios, es decir, sin la más sincera apropiación de ella, no se puede obtener la vida.

Para muchos hay algo desagradable en la frase “beber la sangre del Hijo del hombre”, pero era aún más desagradable para los judíos, porque el uso de la sangre estaba prohibido por la ley de Moisés, bajo severas penas. Cuando Jesús habló de “beber su sangre”, naturalmente los molestó, pero fue una ofensa indecible a sus sentimientos religiosos. Nuestro Señor, podemos estar seguros, no habría usado la frase, si hubiera podido de otra manera explicarles, y a nosotros también, las verdades más profundas y gloriosas acerca de la salvación por la sangre.

Al procurar ser partícipes de la salvación de la que aquí se habla, como “*beber la sangre de nuestro Señor*”, esforcémonos por entender:

I. Qué es la bendición, que se describe como “beber la sangre”.

II. Cómo se obra en nosotros esta bendición

III. ¿Cuál debe ser nuestra actitud hacia ella?

I. ¿Qué es la bendición que se describe como “beber la sangre”?

Acabamos de ver que beber expresa una conexión mucho más íntima con el agua que lavarse, y por lo tanto produce un efecto más poderoso. Hay una bendición en la comunión con la sangre de Jesús que va mucho más allá de *la limpieza o la santificación* ; o más bien, podemos ver cuán amplio es el alcance de la influencia de la bendición indicada por esta frase.

La sangre no sólo debe hacer algo *por* nosotros, colocándonos en una nueva relación con Dios, sino que debe hacer algo **EN** nosotros, renovándonos enteramente por dentro. Es a esto que las palabras del Señor Jesús llaman nuestra atención cuando dice: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Nuestro Señor distingue dos clases de vida. Los judíos, allí, en su presencia, tenían una vida natural de cuerpo y alma. Muchos de ellos eran hombres devotos y bien intencionados, pero Él dijo que no tenían vida en ellos a menos que “comieran su carne y bebieran su sangre”. Necesitaban otra vida, una nueva, una vida celestial, que Él poseía y que podía impartir. Toda vida de las criaturas debe obtener alimento fuera de sí misma. La vida natural se alimentaba naturalmente, por pan y agua. La vida celestial debe ser alimentada por alimento y bebida celestiales, por Jesús mismo. “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. Nada menos debe llegar a ser nuestro que Su vida, la vida que Él, como Hijo del hombre, vivió en la tierra.

Nuestro Señor enfatizó esto aún más fuertemente en las palabras que siguen, en las que nuevamente explicó cuál es la naturaleza de esa vida: “El que come mi carne y *bebe mi sangre* , tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el día postrero”. La vida eterna es la vida de Dios. Nuestro Señor vino a la tierra, en primer lugar, para revelar esa vida eterna en la carne y luego para comunicarla a nosotros que estamos en la carne. En Él vemos la vida eterna morando en su poder divino, en un cuerpo de carne; que fue llevado al cielo. Él nos dice que aquellos que comen Su carne y beben Su sangre, que participan de Su cuerpo como su sustento, experimentarán también en sus propios cuerpos el poder de la vida eterna. “Yo lo resucitaré en el día postrero”. La maravilla de la vida eterna en Cristo es que era vida eterna en un cuerpo humano. Debemos ser participantes de ese cuerpo, no menos que en las actividades de Su Espíritu, entonces nuestro cuerpo, también, poseyendo esa vida, un día será resucitado de entre los muertos.

Nuestro Señor dijo: “Mi carne es verdadera comida y *mi sangre* es verdadera bebida”. La palabra traducida “verdaderamente” aquí es la misma que Él usó cuando pronunció Su parábola de la Vid Verdadera: “Yo soy la vid verdadera”, indicando así la diferencia entre lo que era sólo un símbolo y lo que es la verdad real. El alimento terrenal no es un alimento REAL, porque no imparte vida real. El único alimento verdadero es el cuerpo y la sangre del Señor Jesucristo, que imparte y sustenta la vida, y eso no de una manera meramente simbólica o vaga. No, esta palabra repetida

con tanta frecuencia indica que en un sentido pleno y real la carne y la sangre del Señor Jesús son el alimento por el cual la vida eterna se nutre y sustenta en nosotros: **“Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”**.

Para señalar la realidad y el poder de este alimento, nuestro Señor añadió: **“El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”**. El alimento de su carne y sangre produce la unión más perfecta con él. Ésta es la razón por la que su carne y su sangre tienen tal poder de vida eterna. Nuestro Señor declara aquí que quienes creen en él no sólo experimentarán ciertas influencias de él en sus corazones, sino que serán llevados a la unión más estrecha y duradera con él. **“ El que bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él ”**.

Ésta es, pues, la bendición de beber la sangre del Hijo del hombre: llegar a ser uno con Él, a ser partícipe de la naturaleza divina en Él. Cuán real es esta unión se puede ver en las palabras que siguen: **“Como yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”**. Nada, excepto la unión que existe entre nuestro Señor y el Padre, puede servir como tipo de nuestra unión con Él. Así como en la naturaleza divina invisible las dos Personas son verdaderamente una, así también el hombre llega a ser uno con Jesús; la unión es tan real como la de la naturaleza divina, sólo que con esta diferencia: que, así como la naturaleza humana no puede existir separada del cuerpo, esta unión incluye también al cuerpo.

Nuestro Señor **“se preparó”** un cuerpo, en el que tomó un cuerpo humano. Este cuerpo se hizo, por el cuerpo y la sangre de Jesús, partícipe de la vida eterna, de la vida de nuestro Señor mismo. Quien desee recibir la plenitud de esta bendición debe tener cuidado de disfrutar de todo lo que la Escritura le ofrece en la santa y misteriosa expresión **“beber la sangre de Cristo”**.

Ahora intentaremos entender:

II. Cómo se obra en nosotros esta bendición: o qué es realmente “beber la sangre de Jesús”

La primera idea que aquí se presenta es que “beber” indica la apropiación profunda y verdadera en nuestro espíritu, por la fe, de todo lo que entendemos acerca del poder de la sangre.

A veces hablamos de “beber” las palabras de un orador, cuando nos entregamos de corazón a escucharlas y recibirlas. Así, cuando el corazón de alguien está lleno de un sentido de la preciosidad y el poder de la sangre; cuando con verdadero gozo se pierde en la contemplación de ella; cuando, con fe sincera, la toma para sí y busca convencerse en su ser interior del poder vivificante de esa sangre; entonces puede decirse con razón que “bebe la sangre de Jesús”. Toda esa fe le permite ver la *redención*, la *purificación*, la *santificación* por la sangre que absorbe en lo más profundo de su alma.

Hay una verdad profunda en esta representación, y nos da una demostración muy gloriosa de la manera en que se puede obtener la bendición plena por la sangre. Y, sin embargo, es cierto que nuestro Señor quiso decir algo más que esto al hacer uso tan repetidamente de la expresión acerca de “comer su carne y beber su sangre”. Lo que es esta verdad adicional se hace evidente por su institución de *la Cena del Señor*. Porque, aunque nuestro Salvador no trató realmente de esa Cena cuando enseñó en Capernaum, sin embargo habló sobre el tema del cual más tarde La Cena fue hecha la confirmación visible. En las Iglesias Reformadas hay dos aspectos de considerar la Santa Cena. Según uno que lleva el nombre del reformador Zwinglio, el pan y el vino en la Cena son simplemente señales o representaciones de una verdad espiritual, para enseñarnos que *así como, y tan seguro como*, el pan y el vino cuando se comen o se beben, nutren y reviven, así seguramente —y aún más seguramente— el cuerpo y la sangre reconocidos y apropiados por la fe, nutren y vivifican el alma.

Según la otra opinión, la de Calvino, en el acto de comer la Cena hay algo más que esto. Calvino enseña que, de una manera oculta e incomprensible, pero en realidad, nosotros, por medio del Espíritu Santo, somos tan nutridos por el cuerpo y la sangre de Jesús en Cristo, que incluso nuestro cuerpo, por el poder de Su cuerpo, se vuelve partícipe del poder de la vida eterna. Por eso relaciona la resurrección del cuerpo con el acto de comer el cuerpo de Cristo en la Cena. Escribe así: “La presencia corporal que exige el Sacramento es tal y ejerce tal poder aquí (en la Cena) que no sólo se convierte en la seguridad indudable de la vida eterna en nuestro espíritu, sino que también asegura la inmortalidad de la carne. Si alguien me pregunta cómo puede ser esto, no me avergüenzo de reconocer que es un misterio demasiado elevado para que mi espíritu lo comprenda o mis palabras lo expresen. Lo siento más de lo que puedo entenderlo”.

“Puede parecer increíble que la carne de Cristo haya llegado hasta nosotros desde tan inmensa distancia para convertirse en nuestro alimento. Pero debemos recordar hasta qué punto el poder del Espíritu Santo trasciende todos nuestros sentidos. Que la fe, pues, abarque lo que el entendimiento no puede captar, a saber: la sagrada comunicación de su carne y sangre por la que Cristo infunde su vida en nosotros, tal como si penetrara en nuestros huesos y médula.”

La comunión de la carne y de la sangre de Cristo es necesaria para todos los que desean heredar la vida eterna. El Apóstol dice: “La Iglesia... es su cuerpo” (Efesios 1:23); “Él es la cabeza, de quien todo el cuerpo, bien coordinado, produce crecimiento en el cuerpo” (Efesios 4:15, 16). Nuestros cuerpos son miembros de Cristo (2 Corintios 6:15, 106). Vemos que todo esto no puede suceder si Él no está unido a nosotros en cuerpo y espíritu. El Apóstol vuelve a hacer uso de una gloriosa expresión: “Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”. Luego exclama: “Grande es el misterio”. Por tanto, sería una locura no reconocer la comunión de los creyentes en el cuerpo y la sangre del Señor, una comunión que el Apóstol estimaba tan grande que se maravillaba de ella, en lugar de explicarla.

En la Cena hay algo más que el simple hecho de que el creyente se apropie de la obra redentora de Cristo. Esto se explica claramente en el Catecismo de Heidelberg en la pregunta 76: “¿Qué es, pues, comer el cuerpo crucificado de Cristo y beber su sangre derramada?” La respuesta es: “No es sólo abrazar con un corazón creyente todos los sufrimientos y la muerte de Cristo, y recibir así el perdón del pecado y la vida eterna; sino también, además de eso, llegar a estar cada vez más unidos a su cuerpo sagrado, por el Espíritu Santo que habita a la vez en Cristo y en nosotros; de modo que nosotros, aunque Cristo está en el cielo y nosotros en la tierra, somos, no obstante, carne de su carne y hueso de sus huesos; y vivimos y somos gobernados por siempre por un solo Espíritu”.

Los pensamientos que se expresan en esta enseñanza están en total acuerdo con las Escrituras.

En la creación del hombre, lo notable que lo distinguiría de los espíritus que Dios había creado previamente, y que haría del hombre la obra cumbre de la sabiduría y el poder de Dios, era que revelara la vida del espíritu y la gloria de Dios en un cuerpo formado del polvo. A través del cuerpo entraron al mundo la lujuria y el pecado. La redención completa tiene por objeto liberar el cuerpo y convertirlo en la morada de Dios. Sólo entonces la redención será perfecta y el propósito de Dios se cumplirá. Éste fue el propósito por el cual el Señor Jesús vino en la carne, y en Él habitó “toda la plenitud de la Deidad corporalmente”. Para ello llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, y por Su muerte y resurrección liberó al cuerpo, así como al espíritu, del poder del pecado y de la muerte. Como primicias de esta redención, ahora somos un cuerpo, así como un Espíritu, con Él. Somos de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos. Por eso, en la celebración de la Santa Cena, el Señor viene también al cuerpo y toma posesión de él. No sólo obra por medio de su Espíritu en

nuestro espíritu, de modo que nuestro cuerpo participe de la redención en la resurrección, sino que ya aquí el cuerpo es templo del Espíritu, y la santificación del alma y del espíritu progresará de manera más gloriosa en la medida en que la personalidad indivisa, incluido el cuerpo, que ejerce una influencia tan opuesta, participe en ella.

Así, en el Sacramento somos alimentados intencionalmente “por el cuerpo natural real y la sangre real de Cristo”—no siguiendo la enseñanza de Lutero, de que el cuerpo de Cristo está en el pan de tal manera que hasta un incrédulo come el cuerpo santo; sino de tal manera “real”, que la fe, de una manera secreta, por el Espíritu, recibe realmente *el Poder del cuerpo y la sangre naturales del cielo*, como el alimento por el cual el alma y el cuerpo se hacen partícipes de la vida eterna.

(NOTA: Las palabras entre comillas, “el cuerpo natural real y la sangre real de Cristo”, son citadas por el Dr. Murray de los Artículos de la Confesión de Fe de las Iglesias Reformadas de Holanda, pero el Dr. Murray no agregó las palabras que siguen inmediatamente, que declaran que “la manera en que participamos de lo mismo no es por la boca, sino por el Espíritu a través de la fe”. El Dr. Murray se mantuvo fiel a la Fe Reformada. Su propia opinión se expresa en la página 99 con las palabras citadas del Catecismo de Heidelberg.)

Todo lo que se ha dicho hasta ahora acerca de la Cena, debe tener su plena aplicación a “beber la sangre de Jesús”. Es un profundo misterio espiritual en el que se efectúa la unión más íntima y perfecta con Cristo. Tiene lugar cuando el alma, por medio del Espíritu Santo, se apropia plenamente de la comunión de la sangre de Cristo y se convierte en un verdadero participante de la misma disposición que Él reveló al derramar Su sangre. La sangre es el alma, la vida del cuerpo; donde el creyente, como un cuerpo con Cristo, desea morar perfectamente en Él, allí, por medio del Espíritu, de una manera sobrehumana y poderosa, la sangre apoyará y fortalecerá la vida celestial. La vida que fue derramada en la sangre, se convierte en su vida. La vida del viejo “yo” muere para dar lugar a la vida de Cristo en él. Al percibir cómo este beber es la participación más alta en la vida celestial del Señor, la fe tiene uno de sus oficios más elevados y gloriosos.

Queda por indagar:

III. ¿Cuál debe ser nuestra actitud ante esta bebida?

Amados hermanos, ya habéis oído que aquí se encuentra uno de los misterios más profundos de la vida de Dios en nosotros. Nos corresponde acercarnos con profunda reverencia mientras pedimos al Señor Jesús que nos enseñe y nos conceda lo que Él quiere decir con esto de “beber su sangre”.

Sólo quien anhela la unión plena con Jesús aprenderá correctamente lo que es beber la sangre de Jesús . “El que bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. El que se contenta con el perdón de sus pecados, el que no tiene sed de que se le haga beber abundantemente del amor de Jesús, el que no desea experimentar la redención del alma y del cuerpo, en su pleno poder, hasta tener verdaderamente en sí mismo la misma disposición que había en Jesús, tendrá sólo una pequeña parte en este “beber de la sangre”. El que, por otra parte, se propone como su principal objetivo lo que es también el objetivo de Jesús: “Permaneced en mí y yo en vosotros”; el que desea que el poder de la vida eterna actúe en su cuerpo, no se dejará asustar por la impresión de que estas palabras son demasiado elevadas o demasiado misteriosas. Anhela llegar a tener una mente celestial porque pertenece al cielo y va allí; por lo tanto, desea obtener su comida y bebida también del cielo. Sin sed, no hay bebida. El anhelo por Jesús y la comunión perfecta con Él es la sed que constituye la mejor preparación para ser obligado a beber la sangre.

El Espíritu Santo hará que el alma sedienta beba del refrigerio celestial de esta bebida que da vida. Ya hemos dicho que esta bebida es un misterio celestial. En el cielo, donde está Dios, el Juez de todos, y donde está Jesús, el Mediador del Nuevo Pacto, también está “la sangre rociada” (Hebreos 12:23, 24). Cuando el Espíritu Santo nos enseña, tomándonos, por así decirlo, de la mano, nos otorga más de lo que nuestro entendimiento meramente humano puede captar. Todos los pensamientos que podamos albergar acerca de la sangre o la vida de Jesús, acerca de nuestra participación en esa sangre, como miembros de su cuerpo, y acerca de la impartición a nosotros del poder vivificante de esa sangre, todos son sólo débiles rayos de la gloriosa realidad que Él, el Espíritu Santo, traerá a la existencia en nosotros mediante nuestra unión con Jesús.

¿Dónde, me pregunto, en nuestros cuerpos humanos encontramos que la sangre es realmente recibida, y como si fuera bebida? ¿No es allí donde un miembro del cuerpo tras otro, a través de las venas, recibe el torrente sanguíneo que se renueva continuamente desde el corazón? Cada miembro de un cuerpo sano bebe incesante y abundantemente la sangre. Así, el Espíritu de Vida en Cristo Jesús, que nos une a Él, hará que este beber de la sangre sea la acción natural de la vida interior. Cuando los judíos se quejaron de que lo que el Señor había dicho acerca de comer Su carne y beber Su sangre era “una palabra dura”, Él dijo: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”. Es el Espíritu Santo quien hace que este misterio divino

sea *vida y poder* en nosotros; una verdadera experiencia viviente, en la que permanecemos en Jesús y Él en nosotros.

Por nuestra parte, debe haber una expectativa de fe tranquila, firme y firme de que esta bendición nos será otorgada . Debemos creer que todo lo que la preciosa sangre puede hacer u otorgar es realmente para nosotros.

Creemos que el Salvador mismo nos hará beber su sangre para vivir por medio del Espíritu Santo. Creamos y apropiémonos de corazón y de continuo de aquellos efectos de la sangre que entendemos mejor, es decir, sus efectos reconciliadores, purificadores y santificadores.

Podemos entonces, con la mayor certeza y alegría, decir al Señor: “Oh Señor, tu sangre es mi bebida de vida. Tú que me has lavado y purificado con esa sangre, me enseñarás cada día a comer la carne del Hijo del hombre y a beber su sangre, para que yo permanezca en Ti y Tú en mí”. Seguramente lo hará.

Victoria a través de la sangre

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Apocalipsis 12:1-11).

Durante miles de años había habido un poderoso conflicto por la posesión de la humanidad, entre la Serpiente Antigua, que extravió al hombre, y “la simiente de la mujer”.

A menudo parecía como si el reino de Dios hubiera llegado con poder; pero otras veces el poder del mal obtenía tal supremacía que la lucha parecía desesperada.

Así fue también en la vida de nuestro Señor Jesús. Con su venida, con sus maravillosas palabras y obras, se despertaron las más gloriosas expectativas de una redención rápida. ¡Cuán terrible fue la desilusión que la muerte de Jesús trajo a todos los que habían creído en Él! Parecía, en verdad, como si los poderes de las tinieblas hubieran vencido y hubieran establecido su reino para siempre.

Pero, ¡he aquí! Jesús ha resucitado de entre los muertos, una aparente victoria que resultó ser la terrible caída del príncipe de las tinieblas. Al provocar la muerte del “Señor de la Vida”, Satanás permitió que Él, el único que era capaz de abrir las puertas de la muerte, entrara en su reino. “Por medio de la muerte destruyó al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo”. En ese momento santo cuando nuestro Señor derramó Su sangre en la muerte, y parecía que Satanás había salido victorioso, el adversario fue despojado de la autoridad que había poseído hasta entonces.

Nuestro texto ofrece una magnífica representación de estos memorables acontecimientos. Los mejores comentaristas, a pesar de las diferencias en los detalles de la exposición, coinciden en pensar que tenemos aquí una visión de la expulsión de Satanás del cielo, como resultado de la Ascensión de Cristo.

Leemos en los versículos 5-9: “La mujer dio a luz un hijo varón, el cual... fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono... Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”.

Luego sigue el cántico del cual está tomado el texto: “Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos lo han vencido por medio de la *sangre del Cordero* y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos”.

El punto que merece nuestra atención especial es que, mientras que la conquista de Satanás y su expulsión del cielo se representan primero como el resultado de la Ascensión de Jesús y la guerra en el cielo que siguió, sin embargo, en el canto de triunfo que se escuchó en el cielo, la victoria se atribuye principalmente a *la Sangre del Cordero* ; este fue el poder por el cual se obtuvo la victoria.

A lo largo de todo el libro del Apocalipsis vemos al Cordero en el Trono. Es como el Cordero inmolado que Él ha ganado esa posición; *la victoria sobre Satanás y toda su autoridad es por la Sangre del Cordero* .

Hemos hablado de la sangre en sus múltiples efectos; es apropiado que busquemos entender cómo es que la victoria siempre se atribuye a *la Sangre del Cordero* .

Consideraremos la victoria:

- I. Como ganado de una vez por todas.**
- II. Como algo que siempre se lleva a cabo.**
- III. Como uno en el que tenemos una parte.**

I. La victoria que se obtuvo de una vez por todas

En la exaltada representación que se da en nuestro texto vemos qué alta posición ocupaba en otro tiempo Satanás, el gran enemigo de la raza humana. Tenía entrada en el cielo y aparecía allí como acusador de los hermanos y como oponente de todo lo que se hacía en favor del pueblo de Dios.

Sabemos cómo se enseña esto en el Antiguo Testamento. En el libro de Job vemos a Satanás venir, con los Hijos de Dios, para presentarse ante el Señor; y obtener permiso de Él para tentar a Su siervo Job (Job 2). En el libro de Zacarías (3.1 y 2) leemos que vio “a Josué el sumo sacerdote de pie delante del ángel del Señor, y a Satanás de pie a su diestra para resistirle” (RV, “ser su adversario”). Luego está la declaración de nuestro Señor, registrada en Lucas 10:18: “Vi a Satanás caer del cielo como un rayo”. Más tarde, en Su agonía del alma, al sentir de antemano Sus sufrimientos inminentes, dijo: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:32).

A primera vista, puede parecer extraño que las Escrituras representen a Satanás como estando en el cielo; pero para entender esto correctamente es necesario recordar que el cielo no es una morada pequeña y limitada, donde Dios y Satanás tenían relaciones como vecinos. El cielo no es una esfera ilimitada, con muchas divisiones diferentes, llena de innumerables huestes de ángeles, que llevan a cabo la voluntad de Dios en la naturaleza. Entre ellos, Satanás también tenía un lugar. Entonces, recuerden, él no es representado en las Escrituras como la figura negra y espantosa en apariencia externa como generalmente se lo pinta, sino como “un ángel de luz”. Era un príncipe, con diez mil siervos.

Cuando Satanás provocó la caída del hombre y se entregó a sí mismo el mundo y se convirtió en su príncipe, tenía autoridad real sobre todo lo que había en él. El hombre había sido destinado a ser rey de este mundo, porque Dios había dicho: “Ten autoridad”. Cuando Satanás conquistó al rey, tomó todo su reino bajo su autoridad; y esta autoridad fue reconocida por Dios. Dios, en Su santa voluntad, había ordenado que si el hombre escuchaba a Satanás, debía sufrir las consecuencias y quedar sujeto a su tiranía. Dios nunca usó Su poder ni ejerció fuerza en este asunto, sino que siempre tomó el camino de la Ley y el Derecho; y así Satanás retuvo su autoridad hasta que se la quitaron de una manera legal.

Esta es la razón por la cual pudo presentarse ante Dios en el cielo, como acusador de los hermanos y en oposición a ellos durante los 4.000 años del Antiguo Pacto.

Él había obtenido autoridad sobre toda carne, y sólo después de ser conquistado *en la carne, como la esfera de su autoridad*, pudo ser expulsado para siempre, como acusador, de la Corte del Cielo.

Así también el Hijo de Dios tuvo que venir *en carne* , para luchar y vencer a Satanás, en su propio terreno.

Por esta razón también, al comienzo de su vida pública, nuestro Señor, después de su unción, siendo así reconocido abiertamente como el Hijo de Dios, “fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo”. La victoria sobre Satanás pudo obtenerse sólo después de que Él personalmente hubiera soportado y resistido sus tentaciones.

Pero esta victoria no fue suficiente. Cristo vino para “destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo”. El diablo tenía ese poder de muerte a causa de la Ley de Dios. Esa ley lo había instalado como carcelero de sus prisioneros. La Escritura dice: “El aguijón de la muerte es el pecado, y el *poder del pecado es la ley*”. La victoria sobre Satanás y la expulsión de él no podían tener lugar hasta que las justas demandas de la ley se cumplieran perfectamente. El pecador debe ser liberado del poder de la ley, antes de que pueda ser liberado de la autoridad de Satanás.

Fue por medio de su muerte y el derramamiento de su sangre que el Señor Jesús cumplió las exigencias de la ley. La ley había estado declarando incesantemente que “la paga del pecado es muerte”; “el alma que pecare, morirá”. Por medio del ministerio típico del templo, por medio de los sacrificios con el derramamiento y la aspersion de sangre, la ley había predicho que *la reconciliación y la redención* sólo podían tener lugar por el derramamiento de sangre. Como nuestro Fiador, el Hijo de Dios nació bajo la ley. La obedeció perfectamente. Resistió las tentaciones de Satanás de sustraerse a su autoridad. Se entregó voluntariamente para soportar el castigo del pecado. No prestó oídos a la tentación de Satanás de rechazar la copa del sufrimiento. Cuando derramó su sangre, había consagrado toda su vida, hasta el fin mismo, al cumplimiento de la ley. Cuando la ley se hubo cumplido así perfectamente, la autoridad del pecado y de Satanás llegó a su fin. Por lo tanto, la muerte no pudo retenerlo. “Mediante la sangre del pacto eterno”, Dios lo resucitó de entre los muertos. Así también él “entró en el cielo por su propia sangre”, para hacer efectiva su *reconciliación* por nosotros.

El texto nos da una descripción sorprendente del resultado glorioso de la aparición de nuestro Señor en el cielo. Leemos acerca de la mujer mística: “Ella dio a luz un hijo varón, que había de regir a todas las naciones con vara de hierro, y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono... Hubo una guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón; y lucharon el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; y fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él”. Luego sigue el canto de victoria en el que aparecen las palabras de nuestro texto: “Ellos le han vencido por medio de la *sangre del Cordero*”.

En el libro de Daniel leemos acerca de un conflicto previo entre este Miguel, que estaba del lado del pueblo de Dios, Israel, y las potencias mundiales que se oponían a él. Pero sólo ahora Satanás puede ser expulsado por causa de la sangre del Cordero. La reconciliación por el pecado y el cumplimiento de la ley le han quitado toda su autoridad y derecho. La sangre, como ya hemos visto, que había hecho cosas tan maravillosas en el cielo, con Dios, al borrar el pecado y reducirlo a nada, tenía un poder similar sobre Satanás. Ahora ya no tiene ningún derecho a acusar. “Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos ha sido lanzado fuera... Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero.”

II. Hay una victoria progresiva: que sigue a esta primera victoria

Habiendo sido arrojado Satanás a la Tierra, la victoria celestial ahora debe llevarse a cabo aquí.

Esto se indica en las palabras del Cántico de Victoria: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”. Esto se dijo principalmente en relación con “los hermanos” mencionados, pero también se refiere a la victoria de los ángeles. La victoria en el cielo y en la tierra avanza simultáneamente, apoyándose en el mismo terreno.

Sabemos por la porción de Daniel ya mencionada (Dan. 10:12, 13) qué comunión existe entre el cielo y la tierra en la realización de la obra de Dios. Tan pronto como Daniel oró, el ángel se puso en acción, y las tres semanas de lucha en los lugares celestiales, fueron tres semanas de oración y ayuno en la tierra. El conflicto aquí en la tierra es el resultado de un conflicto en la región invisible de los lugares celestiales. Miguel y sus ángeles, así como los hermanos en la tierra, obtuvieron la victoria “por la sangre del Cordero”.

En el capítulo doce del Apocalipsis se nos enseña claramente cómo el conflicto fue trasladado del cielo a la tierra. “¡Ay de los moradores de la tierra!”, exclamó la voz del cielo, “porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. “Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón”.

La mujer no significa nada más que la iglesia de Dios, de la cual nació Jesús: cuando el diablo ya no pudo hacerle daño, persiguió a su iglesia. Los discípulos de nuestro Señor y la iglesia de los primeros tres siglos tuvieron experiencia de esto. En las sangrientas persecuciones en las que cientos de miles de cristianos perecieron como mártires, Satanás hizo todo lo posible para llevar a la iglesia a la apostasía, o para erradicarla por completo; pero en su sentido pleno, la declaración de que “ellos han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte” se aplica a los mártires.

Después de siglos de persecución, vinieron a la iglesia siglos de descanso y prosperidad mundana. Satanás había intentado la fuerza en vano. Con el favor del mundo podría haber tenido más éxito. En la iglesia conformada al mundo todo se volvió cada vez más oscuro, hasta que en la Edad Media la apostasía romana alcanzó su clímax. Sin embargo, durante todas estas épocas no fueron pocos los que, en medio de la miseria circundante, pelearon la batalla de la fe, y por la piedad de sus vidas y su testimonio por el Señor, se estableció a menudo la afirmación: “Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”.

Éste no fue menos que el poder secreto por el cual, mediante la bendita Reforma, se derribó la poderosa autoridad que Satanás había obtenido en la iglesia. “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”. Fue el descubrimiento, la experiencia y la predicación de la gloriosa verdad de que somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre”, lo que dio a los Reformadores tan maravilloso poder y tan gloriosa victoria.

Desde los días de la Reforma, todavía es evidente que, en la medida en que se glorifica la sangre del Cordero, la iglesia se inspira constantemente en una nueva vida para obtener la victoria sobre la muerte o el error. Sí, incluso en medio de los paganos más salvajes, donde el trono de Satanás ha permanecido inalterado durante miles de años, ésta sigue siendo el arma con la que su poder debe ser destruido. La predicación de “la sangre de la cruz” como la *reconciliación* por el pecado del mundo y el fundamento del amor gratuito y perdonador de Dios, es el poder por el cual el corazón más oscurecido se abre y se ablanda, y de ser una morada de Satanás se convierte en un templo del Altísimo.

Lo que es útil para la iglesia, también lo es para cada cristiano. En “la sangre del Cordero”, siempre se obtiene la victoria. Cuando el alma está convencida del poder que esa sangre tiene con Dios, en el cielo, para efectuar una *reconciliación perfecta* y borrar el pecado; para despojar al diablo de su autoridad sobre nosotros completamente y para siempre; para obrar en nuestros corazones una plena seguridad del favor de Dios; y para destruir el poder del pecado. Es, digo, cuando el alma vive en el poder de la sangre, que las tentaciones de Satanás dejan de atraparnos.

Donde se rocía la sangre santa del Cordero, allí mora Dios y Satanás es puesto en fuga. En el cielo, en la tierra y en nuestros corazones, es válida esta palabra como anuncio de una *victoria progresiva* : “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero”.

III. También nosotros odiamos tener parte en esta victoria, si somos contados entre aquellos que han sido limpiados “en la sangre del Cordero”.

Para disfrutar plenamente de esto debemos prestar atención a los siguientes hechos:

i. No puede haber victoria sin conflicto .

Debemos reconocer que vivimos en territorio enemigo. Lo que fue revelado al apóstol en su visión celestial debe ser válido en nuestra vida diaria. Satanás ha sido arrojado a la tierra, tiene gran ira porque tiene poco tiempo. Ahora no puede alcanzar a Jesús glorificado, pero trata de alcanzarlo atacando a su pueblo. Debemos vivir siempre bajo la santa conciencia de que estamos vigilados, a cada momento, por un enemigo de astucia y poder inimaginables; que no se cansa de esforzarse por ponernos totalmente, o incluso parcialmente, por poco que sea, bajo su autoridad. Él es literalmente “el príncipe de este mundo”. Todo lo que hay en el mundo está dispuesto a servirle, y él sabe cómo hacer uso de ello en sus intentos de llevar a la iglesia a ser infiel a su Señor; e inspirarla con su espíritu, el espíritu del mundo.

Él se sirve, no sólo de las tentaciones hacia lo que comúnmente se considera pecado, sino que sabe cómo entrar en nuestros compromisos y negocios terrenales; en la búsqueda de nuestro pan de cada día y de las cosas necesarias; en nuestra política; en nuestras combinaciones comerciales; en nuestra literatura y ciencia; en nuestro conocimiento; y en todas las cosas, y, así, hacer de todo lo que es lícito en sí mismo una herramienta para impulsar sus engaños diabólicos.

El creyente que desea participar de la victoria sobre Satanás “por la sangre del Cordero” debe ser un luchador. Debe esforzarse por comprender el carácter de su enemigo. Debe permitir que el Espíritu le enseñe por medio de la Palabra cuál es la astucia secreta de Satanás, que en las Escrituras se llama “las profundidades de Satanás”, por las cuales tan a menudo ciega y engaña a los hombres. Debe saber que esta lucha no es contra carne y sangre, sino contra principados, “contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:10). Debe dedicarse, de todas las maneras y a cualquier precio, a continuar la lucha hasta la muerte. Sólo entonces podrá unirse al canto de victoria: “Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte”.

ii. La victoria es por medio de la fe .

“Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (Juan 5:11-15). “Tened ánimo”, dijo nuestro Señor Jesús, “yo he vencido al mundo”. Satanás es ya todo enemigo

vencido. No tiene nada, absolutamente nada por derecho, que decir a quien pertenece al Señor Jesús. Por incredulidad, por ignorancia o por dejar de lado el hecho de que tengo una participación en la victoria de Jesús, puedo darle a Satanás, nuevamente, una autoridad sobre mí que de otra manera no poseería. Pero cuando sé, por una fe viva, que soy uno con el Señor Jesús, y que el Señor mismo vive en mí, y que Él mantiene y continúa en mí esa victoria que Él ganó, entonces Satanás no tiene poder sobre mí. La victoria "por medio de la sangre del Cordero" es el poder de mi vida.

Sólo esta fe puede inspirar valor y alegría en la lucha. Al pensar en el terrible poder del enemigo, en su vigilancia incesante, en la manera en que ha tomado posesión de todo lo que hay en la tierra para tentarnos, bien podría decirse -como piensan algunos cristianos- que la lucha es demasiado severa; que no es posible vivir siempre bajo tal tensión; que la vida sería imposible. Esto es perfectamente cierto si nosotros, en nuestra debilidad, tuviéramos que enfrentarnos al enemigo o ganar la victoria por nuestras propias fuerzas. Pero eso no es lo que estamos llamados a hacer. *Jesús es el Vencedor* ; por lo tanto, sólo necesitamos tener nuestras almas llenas de la visión celestial de Satanás siendo expulsado del cielo por Jesús; llenas de fe en la sangre por la que Jesús mismo venció, y de fe en que Él mismo está con nosotros, para mantener el poder y la victoria de Su sangre: entonces también "somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó".

iii. *Esta victoria de la fe está en comunión con La Sangre del Cordero .*

La fe no es meramente un pensamiento al que me aferro, una convicción que me posee; es una vida. La fe pone al alma en contacto directo con Dios y con las cosas invisibles del cielo, pero sobre todo, con la sangre de Jesús. *No es posible creer en la victoria sobre Satanás por la sangre sin estar yo mismo completamente bajo su poder .*

La creencia en el poder de la sangre despierta en mí el deseo de experimentar su poder en mí mismo; cada experiencia de su poder hace más fuerte la creencia en la victoria.

Procurad entrar más profundamente en la perfecta *reconciliación con Dios* que es vuestra. Vivid constantemente ejercitando la fe en la seguridad de que "la sangre limpia de todo pecado"; entrégate a ser santificado y acercado a Dios por medio de la sangre; dejad que ella sea vuestro alimento vivificante y vuestra dote. De este modo tendréis una experiencia ininterrumpida de victoria sobre Satanás y sus tentaciones. El que, como sacerdote consagrado, camina con Dios, gobernará como rey conquistador sobre Satanás.

Creyentes, nuestro Señor Jesús por su sangre nos ha hecho no sólo sacerdotes sino reyes para Dios, para que podamos acercarnos a Dios no sólo en pureza y ministerio sacerdotal, sino también para que con poder real podamos gobernar a Dios. Un espíritu real debe inspirarnos; un valor real para gobernar a nuestros enemigos. La

sangre del Cordero debe ser cada vez más una señal y un sello, no sólo de *reconciliación* por toda culpa, sino de victoria sobre todo el poder del pecado.

La resurrección y ascensión de Jesús, y la expulsión de Satanás, fueron el resultado del derramamiento de su sangre. En ti también, la aspersion de la sangre —abrirá el camino para el pleno goce de la resurrección con Jesús, y de estar sentado con Él en los lugares celestiales.

Os ruego, pues, una vez más que abráis todo vuestro ser a la entrada del poder de la sangre de Jesús, para que vuestra vida se convierta en una continua observancia de la Resurrección y Ascensión de nuestro Señor, y en una continua victoria sobre todos los poderes del infierno. Vuestro corazón también se unirá constantemente al canto del cielo: «Ahora ha venido la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de los hermanos... Lo han vencido por la sangre del Cordero» (Ap. 11, 10, 11).

Gozo celestial a través de la sangre

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar . . . que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero . . . y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Estos son los que han venido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” —Apocalipsis 7:9-24.

Estas palabras aparecen en la conocida visión de la gran multitud en la gloria celestial, que nadie podía contar. En espíritu, el Apóstol los vio de pie ante el trono de Dios y del Cordero, vestidos con largas vestiduras blancas y con palmas en sus manos; y cantaban en voz alta: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Todos los ángeles respondieron a este cántico postrándose sobre sus rostros ante el trono, para adorar a Dios y ofrecerle alabanza y gloria eternas.

Entonces uno de los ancianos, señalando la gran multitud y la vestimenta que los distinguía, preguntó a Juan: «Éstos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?» Juan respondió: «Señor, tú lo sabes». Entonces el anciano dijo: «Éstos son los que han salido de la gran tribulación y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo».

Esta explicación, dada por uno de los ancianos que estaban alrededor del trono, acerca del estado de los redimidos en su gloria celestial, es de gran valor.

Nos revela el hecho de que no sólo en este mundo de pecado y de lucha la sangre de Jesús es la única esperanza del pecador, sino que en el cielo, cuando todo enemigo haya sido dominado, esa preciosa sangre será reconocida para siempre como la base de nuestra salvación. Y aprendemos que la sangre debe ejercer su poder con Dios en el cielo, no sólo mientras el pecado todavía tenga que ser tratado aquí abajo, sino que por toda la eternidad cada uno de los redimidos, para alabanza y gloria de la sangre, llevará la señal de cómo la sangre le ha servido y de que debe su salvación enteramente a ella.

Si tenemos una visión clara de esto, entenderemos mejor qué conexión verdadera y vital hay entre “la aspersion de la sangre” y los gozos del cielo; y que una conexión íntima y verdadera con la sangre en la tierra, permitirá al creyente, mientras todavía está en la tierra, compartir el gozo y la gloria del cielo.

La alegría en el Cielo a través de la Sangre, es porque es la sangre la que:

I. Otorga el derecho a un lugar en el cielo.

II. Nos hace aptos para los placeres del Cielo.

III. Lo que proporciona el tema y la materia para el canto del cielo.

I. Es la Sangre la que nos otorga el derecho a un lugar en el Cielo

Es evidente que éste es el pensamiento principal del texto. En la pregunta: “¿Quiénes son estos que están vestidos de ropas blancas y de dónde vienen?”, el Anciano desea despertar la atención y la investigación sobre quiénes son realmente estas personas favorecidas, que están de pie delante del trono y del Cordero, con palmas en sus manos. Y, como él mismo da la respuesta, esperamos que seguramente mencione lo que podría considerarse como lo más notable de su apariencia. Responde a la pregunta: “¿De dónde vienen?” diciendo que “vienen de la gran tribulación”. A la pregunta: “¿Quiénes son estos?”, responde que han lavado sus largas vestiduras blancas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.

Esto es lo único a lo que, como su marca distintiva, llama la atención. Esto solo, les da el derecho al lugar que ocupan en la gloria. Esto se hace claramente evidente, si notamos las palabras que siguen inmediatamente: “Por esto están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono tenderá su tabernáculo entre ellos”. “Por lo tanto” —es por esa sangre que están delante del trono. Le deben a la sangre del Cordero, que ocupan ese lugar tan alto en la gloria. La sangre les da el derecho a ser salvos.

Derecho al cielo 1 ¿Puede hablarse de algo así en relación con un pecador condenado? ¿No sería mejor gloriarse sólo en la misericordia de Dios, quien, por gracia gratuita, admite a un pecador al cielo, que hablar de un *derecho* al cielo? No, no sería mejor, porque entonces no entenderíamos el valor de la sangre, o por qué tuvo que ser derramada. También tendríamos conceptos falsos tanto de nuestro pecado como de la gracia de Dios, y permaneceríamos incapaces de disfrutar plenamente de la gloriosa Redención que el Salvador ha realizado por nosotros.

Ya hemos hablado de la “expulsión de Satanás del cielo”, y hemos demostrado con este incidente que un Dios santo actúa siempre según la ley. Así como el diablo no fue “expulsado” de otro modo que según la ley y el derecho, así el pecador no puede ser admitido de ninguna otra manera. El profeta dijo: “Sión será redimida con juicio y sus convertidos con justicia” (Isaías 1:27). San Pablo nos dice que “la gracia reina *por la justicia*” (Romanos 5:21). Este fue el propósito por el cual Dios envió a su Hijo al mundo. En lugar de tener miedo de que hablar de tener derecho a entrar en el cielo pueda menospreciar la gracia, se verá que la mayor gloria de la gracia consiste en otorgar ese *derecho*.

La falta de esta percepción se encuentra a veces en la iglesia, donde menos se esperaría. Hace poco le pregunté a un hombre que hablaba de la esperanza que tenía de ir al cielo cuando muriera, en qué fundamento basaba su esperanza. No era en absoluto un hombre descuidado, ni confiaba en su propia justicia, y sin embargo respondió: “Bueno, creo que me esfuerzo al máximo por buscar al Señor y hacer Su voluntad”. Cuando le dije que ésa no era una base para comparecer ante el tribunal

de un Dios santo, apeló a la misericordia de Dios. Cuando le dije, de nuevo, que necesitaba algo más que misericordia, le pareció algo nuevo oír que era sólo la justicia de Dios la que podía concederle la entrada al cielo. Es de temer que haya muchos que escuchan la predicación de la “justificación por la fe”, pero que no tienen idea de que no pueden tener parte en la bienaventuranza eterna a menos que sean declarados legalmente justos.

Completamente diferente fue el testimonio de un muchacho que no estaba en pleno uso de sus facultades intelectuales, pero cuyo corazón el Espíritu de Dios había iluminado para comprender el significado de la crucifixión de Jesús.

Cuando en su lecho de muerte le preguntaron acerca de su esperanza, dio a entender que había un gran libro, en una de cuyas páginas estaban escritos sus muchos, muchísimos pecados. Entonces, con el dedo de su mano derecha, señaló la palma de su mano izquierda, indicando allí la huella del clavo. Tomando, por así decirlo, algo de la mano traspasada (estaba pensando en la sangre que la marcaba), mostró cómo todo lo que estaba escrito en esa página ahora estaba borrado. La sangre del Cordero era la base de su esperanza.

La sangre del Cordero da al pecador creyente el *derecho* al cielo. “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Al derramar Su sangre, Él realmente llevó el castigo del pecado. Se entregó a la muerte realmente en nuestro lugar. Dio Su vida en rescate por muchos. Ahora que el castigo ha sido llevado, y la sangre de nuestro Señor realmente ha sido derramada como rescate, y aparece ante el trono de Dios en el cielo, ahora la justicia de Dios declara que, como la Fianza del pecador había cumplido todos los requisitos de la ley, tanto en lo que respecta al castigo como a la obediencia, Dios declara justo al pecador que cree en Cristo. La fe es simplemente el reconocimiento de que Cristo realmente ha hecho todo por mí; que la declaración de justicia de Dios es simplemente Su declaración de que, de acuerdo con la ley y el derecho, tengo derecho a la salvación. La gracia de Dios me otorga el *derecho* al cielo. La sangre del Cordero es la evidencia de este *derecho*. Si he sido limpiado por esa sangre, puedo afrontar la muerte con plena confianza: tengo *derecho* al cielo.

Ustedes desean y esperan llegar al cielo. Escuchen entonces la respuesta dada a la pregunta: ¿Quiénes son los que hallarán un lugar delante del trono de Dios? “Han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”. Ese lavamiento tiene lugar, no en el cielo, ni al morir, sino aquí, durante nuestra vida en la tierra. No se engañen con la esperanza del cielo, si no han sido limpiados, realmente limpiados, por esa sangre preciosa. No se atrevan a encontrarse con la muerte sin saber que Jesús mismo los ha limpiado con Su sangre.

II. La sangre también otorga la idoneidad para el cielo

De poco sirve que los hombres tengan derecho a algo si no están preparados para disfrutarlo. Por muy costoso que sea el don, de poco sirve si falta la disposición interior necesaria para disfrutarlo. Conceder el derecho al cielo a quienes no están preparados para ello en ese momento no les causaría ningún placer, sino que estaría en conflicto con la perfección de todas las obras de Dios.

El poder de la sangre de Jesús no sólo abre la puerta del cielo para el pecador, sino que actúa en él de una manera tan divina que, al entrar en el cielo, parecerá que la bienaventuranza del cielo y él han sido realmente hechos uno para el otro.

En qué consiste la bienaventuranza del cielo y cuál es la disposición que la hace apta para recibirla, se nos dice mediante palabras relacionadas con nuestro texto: “Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono tenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de agua de vida, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”.

La cercanía y la comunión con Dios y el Cordero constituyen la bienaventuranza del cielo. Estar delante del trono de Dios y ver su rostro; servirle día y noche en su templo; ser protegidos por Aquel que está sentado en el trono; ser alimentados y guiados por el Cordero; todas estas expresiones indican cuán poco depende la bienaventuranza del cielo de algo más que de *Dios y del Cordero*. Verlos, tener trato con ellos, ser reconocidos, amados y cuidados por ellos, eso es la bienaventuranza.

¿Qué preparación se necesita para tener tal relación con Dios y el Cordero? Consiste en dos cosas:

i) Acuerdo interno en mente y voluntad, y

ii. Deléitese en Su cercanía y comunión, y ambas son compradas por la sangre.

i. No puede haber ningún pensamiento de idoneidad para el cielo aparte de la unidad con la voluntad de Dios. ¿Cómo podrían dos vivir juntos si no estuvieran de acuerdo? Y porque Dios es el Santo, el pecador debe ser limpiado de su pecado y santificado, de lo contrario sigue siendo totalmente inepto para lo que constituye la felicidad del cielo. “Sin santidad nadie puede ver al Señor”. La naturaleza entera del hombre debe ser renovada, para que pueda pensar, desear, querer y hacer lo que agrada a Dios; no como una cuestión de mera obediencia, al guardar un mandamiento, sino por placer natural, y porque no puede hacer ni querer de otra manera. La santidad debe convertirse en su naturaleza.

¿No es esto precisamente lo que hemos visto que hace la sangre del Cordero? “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. Cuando la reconciliación y el perdón son aplicados por el Espíritu Santo y retenidos por una fe viva, allí la sangre opera con un poder divino, matando los deseos y las pasiones pecaminosas; la sangre ejerce constantemente un maravilloso poder limpiador. En la sangre, opera el poder de la muerte de Jesús; morimos con Él al pecado; a través de una relación de fe con la sangre, el poder de la muerte de Jesús penetra en las partes más íntimas de nuestra vida oculta. La sangre rompe el poder del pecado y limpia de todo pecado.

La sangre también santifica. Hemos visto que la purificación es sólo una parte de la salvación, la eliminación del pecado. La sangre hace más que eso; toma posesión de nosotros para Dios, y nos otorga interiormente la misma disposición que había en Jesús cuando derramó Su sangre. Al derramar esa sangre, Él se santificó a Sí mismo por nosotros, para que también nosotros fuéramos santificados por la verdad. Al deleitarnos y perdernos en esa sangre santa, el poder de la entrega total a la voluntad y gloria de Dios, el poder de sacrificarlo todo, para permanecer en el amor de Dios, que inspiró al Señor Jesús, es eficaz en nosotros.

La sangre nos santifica para que nos vaciemos y nos entreguemos a Dios, para que Él pueda tomar posesión de nosotros y llenarnos de Sí mismo. Esta es la verdadera santidad: ser poseídos por Dios y llenos de Él. Esto se logra mediante la sangre del Cordero, y así estamos preparados aquí en la tierra para encontrarnos con Dios en el cielo con un gozo inefable.

ii. Además de tener una voluntad con Dios, dijimos que la aptitud para el cielo consistía en el deseo y la capacidad de disfrutar de la comunión con Dios. En esto, también, la sangre confiere, aquí, en la tierra, la verdadera preparación para el cielo. Hemos visto cómo la sangre nos acerca a Dios; conduciendo a un acercamiento sacerdotal, sí, tenemos libertad, por la sangre, para entrar en el “Lugar Santísimo” de la presencia de Dios, y hacer allí nuestra morada. Hemos visto que Dios atribuye a la sangre un valor tan incomprensible, que donde se rocía la sangre, allí está su trono de gracia. Cuando un corazón se pone bajo la plena operación de la sangre, allí mora Dios, y allí se experimenta su salvación. *La sangre hace posible la práctica de la comunión con Dios*, y no menos con el Cordero, con el Señor Jesús mismo. ¿Hemos olvidado su palabra: “el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”? La bendición plena del poder de la sangre, en su efecto más elevado, es *la unión plena y permanente con Jesús*. Es solamente nuestra incredulidad la que separa la obra de la persona, y la sangre del Señor Jesús. Es *Él mismo* quien limpia por medio de Su sangre, nos acerca y nos hace beber. Es solamente por medio de la sangre que somos aptos para la comunión plena con Jesús en el cielo, tal como lo somos con el Padre.

Vosotros que sois redimidos 3 Aquí podéis ver lo que se necesita para moldearos para el cielo; para haceros, incluso aquí, de mente celestial. Procurad que la sangre, que siempre tiene un lugar en el trono de la gracia arriba, manifieste su poder,

siempre, también en vuestros corazones; y vuestras vidas se convertirán en una comunión ininterrumpida con Dios y el Cordero: el anticipo de la vida en la gloria eterna. Dejad que el pensamiento entre profundamente en vuestra alma: la sangre otorga ya en el corazón, aquí en la tierra, la bienaventuranza del cielo. La preciosa sangre hace que la vida en la tierra y la vida en el cielo sean una sola.

III. La sangre proporciona el tema para el canto del cielo

Lo que hemos dicho hasta ahora se ha tomado de lo que el élder declaró acerca de los redimidos. Pero, ¿hasta qué punto es esto su experiencia y testimonio? ¿Tenemos algo que haya salido de sus propias bocas al respecto? Sí, ellos mismos dan testimonio. En el cántico, contenido en nuestro texto, se les oyó clamar a gran voz: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Es como el Cordero inmolado que el Señor Jesús está en medio del trono, como un Cordero cuya sangre había sido derramada. Como tal, Él es el objeto de la adoración de los redimidos.

Esto aparece aún más claramente en el cántico nuevo que cantan: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque *con tu sangre nos has redimido para Dios*, de todo linaje y lengua y nación, y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes” (Ap. 5:9 y 10).

O en palabras algo diferentes, usadas por el Apóstol al principio del libro, donde él, bajo la impresión de todo lo que había visto y oído en el cielo concerniente al lugar que ocupaba el Cordero, a la primera mención del nombre del Señor Jesús, clamó: “Al que nos amó, y *nos lavó de nuestros pecados con su sangre*, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Ap. 1:5 y 6).

Sin cesar, la sangre del Cordero sigue siendo fuerza para despertar a los salvados, a su canto de alegría y de acción de gracias; porque en la muerte de la cruz se realizó el sacrificio en el que Él se entregó por ellos, y los ganó para Sí; porque, además, la sangre es el sello eterno de lo que Él hizo, y del amor que lo movió a hacerlo, sigue siendo también fuente inagotable, desbordante de bienaventuranza celestial.

Para que podamos entender esto mejor, observemos la expresión: “El que nos amó y nos lavó de nuestros pecados *con su sangre*”. En toda nuestra consideración acerca de la sangre de Jesús, hasta ahora no hemos tenido ocasión de detenernos intencionalmente allí. Y de todas las cosas gloriosas que significa la sangre, ésta es una de las más gloriosas: Su sangre es la señal, la medida, sí, la impartición de Su amor. Cada aplicación de Su sangre, cada vez que hace que el alma experimente su poder, es un nuevo fluir de Su maravilloso amor. La experiencia completa del poder de la sangre en la eternidad no será otra cosa que la revelación completa de cómo Él se entregó por nosotros, y se nos da a nosotros, en un amor eterno, sin fin, incomprensible, como Dios mismo.

“El que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. Este amor es, en verdad, incomprensible. ¿Qué no lo ha movido a hacer ese amor? Se entregó a sí mismo por nosotros; se hizo pecado por nosotros; se hizo maldición por nosotros. ¿Quién se atrevería a usar semejante lenguaje, quién se hubiera atrevido a pensar

algo así si Dios no nos lo hubiera revelado por medio de su Espíritu? Que realmente se entregó a sí mismo por nosotros, no porque le fuera impuesto hacerlo, sino por el impulso de un amor que realmente anhelaba por nosotros, para que pudiéramos ser identificados para siempre con él. Como es una maravilla tan divina, por eso la sentimos tan poco. Pero, ¡bendito sea el Señor!, llegará un tiempo en que lo sentiremos, cuando bajo el amor incesante e inmediato, al compartir la vida celestial, seremos llenos y satisfechos con ese amor. Sí, ¡alabado sea el Señor! Incluso aquí en la tierra hay esperanza de que mediante un mejor conocimiento y una confianza más perfecta en la sangre, el Espíritu derramará con más poder “el amor de Dios en nuestros corazones”. No hay nada que impida que nuestros corazones se llenen del amor del Cordero y nuestras bocas de su alabanza aquí en la tierra, por la fe, como se hace en el cielo por la vista. Cada experiencia del poder de la sangre se convertirá cada vez más en una experiencia del amor de Jesús.

Se ha dicho que no es conveniente poner demasiado énfasis en la palabra “sangre”; que suena grosera y el pensamiento expresado por ella puede transmitirse de una manera más acorde con nuestro moderno hábito de hablar o pensar.

Debo reconocer que no comparto esta opinión. Recibo esa palabra como viniendo, no sólo de Juan, sino del Señor mismo. Estoy profundamente convencido de que la palabra escogida por el Espíritu de Dios, y por Él hecha viviente y llena del poder de esa vida eterna de la que nos llega el cántico que la contiene, lleva en sí misma un poder de bendición que sobrepasa nuestro entendimiento. Cambiar la expresión a nuestra manera de pensar tiene toda la imperfección de una traducción humana. El que desea saber y experimentar “lo que el Espíritu dice a las iglesias” aceptará la palabra por fe, como viniendo del cielo, como la palabra en la que se envuelven de una manera muy peculiar el gozo y el poder de la vida eterna. Esas expresiones, “ *tu Sangre* ” y “ *La Sangre del Cordero* ” harán que “ *el Lugar Santísimo* ”, el lugar de la gloria de Dios, resuene eternamente con las notas gozosas del “Cántico Nuevo”.

Gozo celestial por *la Sangre del Cordero* : esa será la porción de todos, aquí en la tierra, quienes con corazón indiviso se sometan a su poder; y de todos arriba, en el cielo, quienes han llegado a ser dignos de tomar un lugar entre la multitud alrededor del trono.

Compañeros míos en la Redención, hemos aprendido lo que dicen los que están en el cielo y cómo cantan acerca de la sangre. Oremos fervientemente para que estas nuevas tengan en nosotros el efecto que nuestro Señor quiso. Hemos visto que para vivir una verdadera vida celestial es necesario permanecer en el pleno poder de la sangre. La sangre otorga el derecho a entrar en el cielo.

Como sangre de *reconciliación*, obra en el alma la conciencia plena y viva que corresponde a quienes están en casa en el cielo. Nos lleva realmente al “ *lugar santísimo* ”, cerca de Dios. Nos hace aptos para el cielo.

Como la *Sangre purificadora*, nos libera de la lujuria y del poder del pecado, y nos preserva en la comunión de la luz y de la vida del Dios Santo. La Sangre inspira el canto de alabanza en el cielo. Como la sangre del Cordero “que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros”, no sólo habla de *lo que* Él ha hecho por nosotros, sino principalmente de Aquel que lo ha hecho todo. En la Sangre, tenemos la más perfecta impartición de Sí mismo. El que por la fe se entrega a experimentar, al máximo, lo que la Sangre es capaz de hacer, pronto encontrará una entrada a una vida de cantos felices de alabanza y amor, que sólo el cielo mismo puede superar.

¡Mis camaradas en la Redención! Esta vida es para vosotros y para mí. Que *la Sangre sea toda nuestra gloria*, no sólo en la Cruz con sus terribles maravillas, sino también en el Trono. Sumerjámonos profundamente, y cada vez más profundamente, en la fuente viva de la sangre del Cordero. Abramos nuestros corazones de par en par, y cada vez más, para su operación. Creamos firmemente, y cada vez más firmemente, en la *limpieza incesante* por la que el Gran Sacerdote Eterno mismo aplicará esa sangre en nosotros. Oremos con ardiente, y cada vez más ardiente deseo, que nada, sí, nada, pueda haber en nuestro corazón que no experimente el poder de la sangre. Unámonos con alegría, y cada vez más alegría, en el canto de la gran multitud, que no sabe de nada tan glorioso como esto: "Nos has redimido para Dios, con tu sangre".

Que nuestra vida en la tierra sea lo que debe ser, *oh nuestro amado Señor*. Un canto incesante para alabar a Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre “y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”.

“A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.” Amén.

Tabla de contenido

Cubrir

Página de título

Página de derechos de autor

Contenido

Lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre

I. Aprendamos lo que enseña el Antiguo Testamento. Su relato sobre la Sangre comienza en las puertas del Edén.

II. Lo que Nuestro Señor Jesús Mismo Enseña Sobre la Sangre

III. La enseñanza de los Apóstoles bajo la inspiración del Espíritu Santo

IV. Pero quizás esto sea meramente un lenguaje terrenal. ¿Qué tiene que decir el Cielo? ¿Qué aprendemos del libro del Apocalipsis acerca de la gloria futura y de la sangre?

Redención por sangre

El Espíritu y la Sangre

Conocimientos necesarios

Necesidad y deseo

Expectativa

Reconciliación a través de la sangre

I. El pecado, que hizo necesaria la reconciliación

II. La santidad de Dios que predestinó la reconciliación

III. La sangre que obró la reconciliación

IV. El perdón que sigue a la reconciliación

Limpieza a través de la sangre

I. La purificación en el Antiguo Testamento

II. La bendición indicada en el Nuevo Testamento por la purificación

III. ¿Cómo podemos experimentar el pleno goce de esta bendición?

Santificación por medio de la sangre

I. Qué es la santificación

II. Esta santificación fue el objeto por el cual Cristo sufrió

III. Cómo se obtiene la santificación por la sangre

Limpiados por la Sangre para Servir al Dios Vivo

I. El derecho a morar en la presencia de Dios

II. La vocación de ofrecer sacrificios espirituales a Dios

III. El poder de procurar bendición para los demás es lo que da a la cercanía a Dios su gloria plena

Habitar en el “Lugar Santísimo” a través de la Sangre

I. Lo que Dios tiene preparado para nosotros

II. Cómo estamos preparados.

La vida en la sangre

I. ¿Qué es la bendición que se describe como “beber la sangre”?

II. Cómo se obra en nosotros esta bendición: o qué es realmente “beber la sangre de Jesús”

III. ¿Cuál debe ser nuestra actitud ante esta bebida?

Victoria a través de la sangre

I. La victoria que se obtuvo de una vez por todas

II. Hay una victoria progresiva: que sigue a esta primera victoria

III. También nosotros odiamos tener parte en esta victoria, si somos contados entre aquellos que han sido limpiados “en la sangre del Cordero”.

Gozo celestial a través de la sangre

I. Es la Sangre la que nos otorga el derecho a un lugar en el Cielo

II. La sangre también otorga la idoneidad para el cielo

III. La sangre proporciona el tema para el canto del cielo